GONZALO GARCÉS

El miedo



LITERATURA MONDADORI

Gonzalo Garcés

El miedo

Mondadori

a Hernán Casciari

Estas novelas darán paso
a diarios o autobiografías.

EMERSON

PRIMERA PARTE

1

Es raro: en la literatura moderna, la amistad no aparece mucho. Supongo que se pueden arriesgar algunas razones: el amigo es aquel a quien creemos conocer, y que nos conoce, los amigos son espejo uno del otro y es probable que su cometido más importante sea recordarnos quiénes fuimos y quiénes somos. Pero en la literatura que empieza a mediados del siglo diecinueve y que llega hasta estos años, con su introspección, con sus postulados del sujeto como máquina o como sucesión de estados discretos, ¿qué lugar puede haber para la amistad? ¿Cómo van a haber amigos, si ni siquiera es seguro que haya individuos?

Esto me recuerda una escena de Milan Kundera, un escritor que no me gusta mucho, pero esa escena me quedó grabada. Un tipo se encuentra con un amigo de la adolescencia y se empeña en recordarle algo que el otro decía cuando tenían dieciocho años: que no soportaba mirar de cerca un ojo, el párpado que humecta el ojo, que si miraba a una mujer hacer eso, aunque esa mujer fuera hermosa, en ese momento se le volvía repelente. Y el amigo lo escucha y piensa: ¿no ves que me importa un carajo el espejo que me ofrecés? ¿Que esas cosas que hicimos a los dieciocho años no significan más nada? Esto es lo que recuerdo de la escena, pero ahora se me ocurre algo: ese rechazo no invalida la función del amigo, al contrario, a veces hay que aniquilar el pasado y no podríamos hacerlo si no hubiera un amigo al que decirle: entendelo, ahora ese pasado que compartimos me importa un carajo.

Supongo que no es casual que me ronden estas cuestiones. Hace seis meses me separé de mi mujer, y desde entonces vengo pasando por

esa sucesión de avatares que, según los psicólogos y las revistas especializadas, son etapas que el divorciado debe soportar con estoicismo: ratón, mono que pela bananas en la jaula, piedra, charco, heladera descompuesta, pozo con tortuga en el fondo. Hace un año regábamos juntos las plantas del jardín; ahora ella vive con nuestros dos hijos en Saint Nazaire y yo me instalé en Barcelona. En teoría, el arreglo es ideal, tan ideal como pueden serlo estas cosas, como les gusta decir a los imbéciles: ella goza de los derechos de una francesa en su propio país, nuestros hijos se benefician de la buena escuela pública, yo tengo un buen trabajo y viajo a verlos dos veces por mes. En la práctica, es el limbo de Dante. No el fuego del infierno, sino ese frío lento que te va calando y que se supone que es la progresiva pérdida de la esperanza de ver a Dios. Por supuesto, le doy vueltas al asunto. Busco, no voy a decir un sentido, pero al menos una forma de encararlo que se parezca a un sentido.

El problema es que desconfío de los sentidos y los significados y los relatos bien atados como un paquete de masitas. No es digno de ningún dolor verdadero aliviarse con paños calientes. Mi historia con Cora es una serie de escenas que no siempre encajan, o son siquiera remotamente compatibles. Por un lado, si no puedo hacer algo con todo eso, voy a seguir en el purgatorio; pero si lo deformo para convertirlo en una historia ejemplar me estafo a mí mismo. En otras palabras: vamos bien. Tal vez lo primero sea perder el miedo. Quizá en el origen de este atolladero, en realidad, esté el miedo.

Lo primero que hay que decir sobre el miedo es que disuelve el tiempo. Ya no estás más protegido por la lejanía de lo pasado, en realidad no hay sensación de un presente netamente distinto del pasado. Por ejemplo, ahora estoy en la casa donde crecí, en Buenos Aires. Una casa que siempre me pareció demasiado grande para los que vivían ahí, como si estuviera pensada para contener a varias familias, no sólo la nuestra con sus ramificaciones, que eran múltiples gracias a los múltiples divorcios y los múltiples casamientos, sino también a familias virtuales que se armaban y desarmaban según el tránsito de los huéspedes por la casa, o flotaban como pura posibilidad

entre las pilas de platos que mi madre llevaba a la mesa, en ese momento prometedor en que los platos, por estar apilados y en movimiento, no se pueden contar. En navidad, mi padre venía a visitarme desde Madrid y entonces él y el marido de mi madre clavaban cañitas voladoras en el jardín. En la mesa, la mujer de mi padre, mi madre, la mujer de mi abuelo, y no sé cuántas mujeres más se tiraban las cartas. “Pero por supuesto que es científico”, me retaba mi tía Alba, si yo cuestionaba la deplorable presencia de la superstición en ese círculo de médicas, psicólogas, arquitectas. Y mi madre me guiñaba un ojo, como diciendo: Dios no existe, pero por si acaso…

Pero el miedo ya era el miedo de ahora. Unos días antes Mori me había pedido que subiera a hacerle un té y mientras yo no estaba aprovechó para revisarme el escritorio y confirmar lo que sospechaba, que yo mantenía una correspondencia apasionada con una chica del Chaco. “Yo no lo quise”, traté de explicarle más tarde. “Son cosas que pasan, Mori, tus viejos te llevan al Chaco, vos estás ahí aburrido silbando por los palmares y de golpe encontrás un ideal, alguien que te convierte en un tipo cinco pesos mejor de lo que sos, pero eso no es el amor, y si me das un poco de tiempo vas a ver que no es el amor.” Con el tiempo Mori me perdonó, nunca me preguntó qué cosa entonces sí era el amor, y fue mi novia por cinco o seis años más. Pero esa noche, cuando bajé con el té, me pegó con un paraguas y salió como una tromba a la calle. Veo todavía la espalda de Mori que se aleja, a paso de renga, por la plaza, y hasta yo me daba cuenta de que Mori no pensaba permitir que yo no la alcanzara, y hasta yo podía ver la comedia que en el fondo es el dolor, la potencia sobreabundante de vida que hay en cada ruptura, como la energía que libera la fisión del átomo, salvo que en la física de las relaciones amorosas está estipulado que esa energía *no podrá* en ningún caso encauzarse, utilizarse, registrarse o medirse bajo ninguna forma, y en eso consiste la comedia. Mori volvió a mi casa llorando, llorando se puso el camisón agujereado de Mickey que traía siempre que se quedaba a dormir, se metió en mi cama y se puso a roncar.

Yo subí a despertar a mi madre y le conté lo que había pasado.

Balanceaba la cabeza adelante y atrás, como los judíos cuando rezan. “Y por todo esto, me voy a quedar solo”, dije. “Igual que mi padre.” A mi madre eso le pareció lo más estúpido de todo lo que yo llevaba dicho. “Primero, que tu viejo *no se quedó solo*”, dijo levantando el dedo gordo, y después dijo cosas hasta que usó todos los dedos, pero esa primera frase me dejó clavado como un sapo en una clase de anatomía. Pero claro, mi padre no estaba solo, estaba casado y muy casado, de hecho no había estado un solo día sin mujer desde que tenía ocho años, pero para mí las cosas eran de esa forma. La soledad es un mito del origen que inventamos para que después, cuando el miedo dé forma y estructura a tu historia, puedas recordar siempre por qué es así, y por qué no puede ser de otra forma.

A esa escena contrapongo ahora otra. Es verano, estamos en Madrid. Dentro de un momento voy a presentar un libro. A cada rato hago arcadas y amenazo vomitar, pero Cora está ahí, con una botellita de agua que me pasa, con gesto rápido y tranquilo, cada vez que sorprende en mi cara el peligro de que lance. Flashes, el editor que agradece a todos por venir, y chau. ¿Cómo estuve? Bueno, mira, como editor puedo decirte que, bueno, lo que Miguel Ángel acá te quiere señalar, retoma Jorge Vasconcelos, es que tienes que congeniar, no regañarles a cada pregunta. Yo me quedo alelado: a mí me parece que fui amabilísimo. Me vuelvo hacia Cora para que me apoye. Cora busca las palabras, bueno, quizá sí estuviste un poco, ¿un poco qué?, agresivo. “No mucho, ¿eh? Pero es que yo te conozco tan gentil…” Pronuncia gentil medio a la francesa, *yentil*. Bueno, me digo, entonces que me la soben todos, y si ni siquiera puedo contar con vos, Cora, acabáramos. En el viaje de vuelta miro por la ventanilla, ofuscado. Cora está triste. Cora me toma la mano. ¿Te enojaste? Pero no, Cora, cómo me voy a enojar si tenés razón, no en lo que decís, aunque en eso también, tenés razón en pronunciar *yentil*, en haber nacido en la isla de la Reunión hace veintitrés años, en usar esa gorra marrón tipo *El pibe* de Chaplin, tenés razón en dormir con las manos apoyadas en la cara, una en cada mejilla, de un modo que me hace preguntarme siempre a qué animalito tibio y redondo me hacés acordar, un topo es

lo más aproximado, aunque algún día voy a dar con el marsupial correcto, en usar esos anteojitos y hablar bien de las *Memorias de Adriano* como otros hablan bien de un faro en la niebla y tener miedo de sentarte, lo juro, en cualquier asiento vacío de cualquier bus, porque algún otro, no importa cuántas paradas más adelante, lo podría querer, y tenés razón en hablar pestes de Francia y de los franceses y confiar siempre más en los extranjeros aunque los extranjeros también a veces te lastimaron, y claro que tenés razón y por suerte yo estoy equivocado, aunque por supuesto no digo nada. Sin embargo, al día siguiente estamos en el centro, y en toda la mañana no paramos de reírnos. Una llamada telefónica. Yo camino, excitado, con el celular en la oreja, y de puro excitado me pongo a caminar sin darme cuenta por la cornisa de la entrada del subte. Cora, a medida que yo avanzo por la cornisa, bajo las escaleras del subte, alarmada pero discreta, y desde ahí me sostiene los tobillos para que no me caiga.

¿Cómo conocí a Cora? Seguro que tiene su peso, aunque en este momento no puedo discernir en qué consiste, el hecho de que, por así decirlo, ella me conoció a mí. Joven sudaca en su segundo año en París baja las escaleras de la facultad para procurarse una ensalada de papas. Pido la ensalada, me doy vuelta y ahí está, casi me la llevo por delante. *“Je t’avais suivi en descendant l’escalier, j’essayais d’attirer ton attention, mais tu me voyais pas...”* Es la única vez que te voy a citar en tu lengua, Cora, porque creo que con esto alcanza. Aunque eso Cora no lo dirá ese día sino unas semanas más tarde, después de una caminata que empezó en alguna esquina mugrienta del barrio de Gare du Nord, donde estaba la casa de su madre, y terminó a altas horas de la madrugada, comiendo seudo torta de manzana en un Kentucky Fried Chicken, único lugar abierto las veinticuatro horas, con los negros que hasta dormidos comen pollo y las migas en las mesas que nadie limpia, sin habernos tocado. Muchas noches, incluida alguna que se quedó a dormir en mi pieza, estuvimos así, sin tocarnos. Otra vez, en la casa de una amiga, nos dormimos tirados en la alfombra, mirando una película, y toda la noche hubo entre los dos una caja de

galletas Chamonix. "La espada en el lecho", dirá Cora, a quien le gustaba desconcertar a su madre, y poner de un humor de mierda a su padrastro, con sus conocimientos de literatura medieval.

Pero ese primer día, lo único que pasa es que Cora ha decidido ser sociable. "Yo no conocía a nadie, había llegado hacía poco de las Antillas, tenía la idea de empezar una vida nueva, había decidido que iba a desconfiar menos de la gente, que me iba a hacer amigos, y escuché un acento extranjero y me dije: qué bien, empecemos por ahí." Cuando supo que yo quería dedicarme a escribir se puso muy contenta. Le pregunté si ella escribía también y se sonrojó. "Me preguntás eso con tanta naturalidad, casi me hacés sentir que podría..." Media hora sentados en esa cafetería, el tiempo de terminarme las papas, y me quedo con ganas de más. Dos horas más en un lugar que ahora no recuerdo, pero que habrá sido el café en la esquina, y por qué será que me encuentro, apenas un rato después, preguntándome qué estarás haciendo, qué pensarás de esto o aquello. Y después, el gran shock: una tarde la encuentro de nuevo en la facultad y me dice que el café mejor lo tomamos otro día, porque esa tarde ayuda a su madre en la tienda y después tiene reunión "en la asociación". "¿La asociación?" "Claro, la asociación de jóvenes gays y lesbianas." Y yo, el zapato mayor: "¿Qué, tenés amigos ahí?" "Ah, no, disculpame", dice Cora, "yo creía que habías entendido que era lesbiana..." Gorra, pelo cortito, ojitos tímidos y claros como un escalpelo.

"Es la noción de lo *irremediable.* ¿Se entiende?", le explico esa noche a un amigo argentino, por teléfono y a gritos, con un entusiasmo raro, descoyuntado, que amenaza en cualquier momento convertirse en llanto. "No es que yo tuviera intenciones con esta chica, pero cada vez que te topás con algo que no tiene vuelta atrás, eso tiene que pegarte. ¿Se entiende? Nunca más. Nunca más tener de nuevo diecinueve años. Nunca más irse de Buenos Aires a estudiar afuera, nunca más no saber hablar francés, nunca ganar Wimbledon, porque aunque empiece a entrenar ahora ya no llego. Y nunca tener algo con Cora. ¿Se entiende?" Y ni lo escuché a mi amigo decirme que a mí nunca me había interesado el tenis, lo que me importaba era esta cosa que me

afligía y me exaltaba, y que yo no podía saber que era apenas la primera ronda de un juego que iba a practicar por años, una y otra vez, como un jugador que prueba diferentes golpes pero siempre con el mismo envión, la misma exhalación en el momento del impacto, y cuya sola fuerza iba a alcanzar para llevarnos muy lejos, a Cora y a mí: me estaba contando a mí mismo la historia.

¿Y qué hice, con esa historia a la que llamaba lo irremediable? Decidí que lo irremediable no existía, que yo iba a ser el aliado impecable, el que iba a entenderlo todo, hasta lo que no se puede entender porque no hay nada que entender, que iba a hablar el lenguaje de Cora como si nunca hubiera conocido otro, ese lenguaje obcecado y extrañamente frágil que me hablaba de ofensas perdonadas, pero recordadas siempre, de un abuelo luminoso, de malestares físicos que de algún modo la volvían heroica (de chica, su madre había sido demasiado negligente para comprarle un colchón y Cora había dormido medio doblada en una combinación de elásticos y un atisbo de colchoneta, escuchando en la oscuridad un programa de radio donde se contaban cuentos, para que los monstruos se distrajeran y la dejaran dormir), de saltos al vacío (cuando llegaron los exámenes finales en el colegio, en el examen de filosofía leyó la pregunta, que era: *¿Es posible justificarlo todo?*, y entonces algo hizo crac y Cora rompió la hoja en pedazos y se fue a trabajar de recepcionista en un hotel de las Antillas), un lenguaje con extrañas inhibiciones (¿podía *ella* entrar a la librería norteamericana, o sólo podían los que estaban en la pomada? ¿Pero qué pomada, Cora? No sé, yo siempre pienso que adonde otros entran a mí no se me permite entrar), donde los hombres eran seres dudosos, en ocasiones capaces de amistad, pero demasiado peludos (yo estaba de acuerdo) y las mujeres figuraban, sí, como objetos de deseo, aunque de una manera un tanto teórica: en efecto, pronto me pareció que Cora no era una lesbiana muy buena. Había dormido con la gorda Martine, en las Antillas, era cierto, pero no había querido repetir, y después con una flaquita de nombre Patricia, pero no se habían tocado, y había estado enamorada de Véra hasta que fueron a bailar y le enganchó el bretel del vestido con la pulsera y se lo rompió y Véra la cagó a puteadas.

Últimamente se le había roto el corazón porque Yasmina, una árabe lindísima, la había dejado.

“Me dijo que nunca me quiso”, me informó Cora, presentándome su pena como si fuera un documento importante que yo tenía que cuidarle. Yo respiré hondo, tomé esa pena y le agradecí la confianza con una inclinación de cabeza, aunque no sabía muy bien qué hacer con ella, pero calculé que algo se me iba a ocurrir. Nuestro plan, aquella semana, era conquistar para Cora a una pintora, de la asociación, que se hacía la difícil, pero Cora pensaba que no era una empresa imposible. ¿O el que lo pensaba era yo? Ya era difícil decirlo, tan compenetrados éstabamos en nuestro papel de mosqueteros de juguete, de gemelos monocigóticos que sólo por casualidad no se embutían los dos en el mismo pantalón para salir a la calle, algo que empezaba a dar que hablar en la facultad. “¿Buscando a Cora, Gonz*aaaaaa*lo?”, me preguntaba, apenas me veía llegar, Noel, un gordito que jamás iba a lograr pronunciar una palabra con acento agudo pero en cambio sí que iba a lograr con plenitud hacerse romper el orto, a tres semanas de empezados los cursos, ingresando de cabeza en la asociación, donde pienso que habrá perdurado más de lo que Cora, en el fondo de su corazón, sabía que iba a perdurar nunca. “No, mi hermana no está”, me decía en el teléfono Mathilde, para agregar enseguida: “¿Le dejo muchos *muchos* besitos de tu parte?”

Pero cuando emprendimos el acecho de la pintora, para lo cual nos entonamos primero con un vasito de vino, en un bistró de la isla Saint-Louis, un manto de seriedad nueva descendió sobre los intercambios, hasta entonces eferverscentes, entre Cora y yo.

Pronto Mori iba a llegar a París, donde habíamos previsto vivir juntos. Cuando le comenté esto a Cora, pareció apesadumbrada. “¿Y si ustedes alquilan una casa”, se animó de golpe, “y la pintora y yo otra casa justo al lado, y vivimos así los cuatro para siempre?” A mí me pareció perfecto. Colgado de la barra del bus, que iba casi vacío, medio bailando lancé ideas para nuestro futuro. “¿Y tu madre con las mujeres nada? Mi madre tampoco, aunque mirá si en realidad nuestras madres fueron pareja y eso explica que nosotros seamos como hermanos.” Y así, una pavada, y otra pavada, y Cora se divertía, pero

en el fondo estaba seria. La vez que le mostré la gran foto de Mori que tenía en mi pared, supe a qué se parece una mujer que se queda sin aliento: "Es-la-mujer-más-hermosaque-vi-en-mi-vida". Era verdad, Mori no estaba mal, tenía ancestros de Cabo Verde y rasgos de mulata, con pómulos potentes, y usaba aros grandes de bronce, con piedras de colores suspendidas en el centro. Ahora, en el bus, solemnemente le presenté a Cora la cabeza de Mori en una bandeja, acompañada con un poco de laurel y unas flores como adorno. Ya antes le había dicho, ridículamente, que si Mori alguna vez me dejaba, me gustaría que fuera por ella. Pero no hay regalo, en esta fase de la comedia amorosa, que sea demasiado absurdo para hacer, al revés, mejor cuanto más absurdo. "Pero, para volver al tema de los hombres..." "Bueno, vos tampoco sos *tan* hombre", me interrumpió Cora, indulgente. Y yo: "Aduladora, a cuántos les dirá lo mismo".

En cuanto a la pintora, fue un *bluff*. Palabra que los argentinos siempre usan mal, dicho sea de paso, como si quisiera decir decepción o estafa, pero yo ahora necesito introducir un poco de facundia argentina en esta noche, para quitarle hierro: esta noche, cuando se decidió todo. En realidad nada se decidió esa noche, por lo menos no si atiendo a los hechos, eso sería más adelante, cuando Mori por fin llegó y tuvo un ataque de depresión aguda, y la noche de año nuevo yo la pasé caminando por los Campos Elíseos con Cora y algunos amigos mientras Mori se desangraba, metafóricamente hablando, sola en mi pieza, y culminó cuando fue el cumpleaños de Cora, el número veintiuno, la mayoría de edad, y en la isla Saint-Louis, en el mismo lugar de donde había partido nuestro peregrinaje para echarle la red a la pintora, en la parte de la isla que parece una proa de barco, yo la esperé con mi impermeable y dos copas de champagne (qué cursi, quizá por eso no quiero creer que eso fue el comienzo) y ahí nos besamos, con las caras muy mojadas, porque Cora lloraba de un modo que jamás le he visto hacer a nadie, lloraba y se reía, con una sonrisa que le ocupaba toda la cara y que me hacía reír y llorar a mí también, pegajosas lágrimas que se me confundían con otras emanaciones, con líquido amniótico, con la viscosidad del sexo, con saliva y mocos que prometían ¿qué? ¿Voy a ser tu padre, el descastado, el marinero

medio loco, pero sin irme nunca? Sí. ¿El primero que tome partido a tu favor, no como moneda de cambio para pedirte otra cosa, sino porque no hay cosa más justa que tomar partido a tu favor? Sí. ¿Y yo tu madre, la triste, la que va a predecir una vez y otra vez que tu misión va a ser victoriosa, para que tu misión pueda ser victoriosa? Sí. ¿Y yo nunca más sola? ¿Afuera del orden establecido, afuera de la casa de mi madre, escapada del imperio de mi padrastro, pero nunca más sola? Sí. ¿Y yo, nunca más obligado a mirarle la cara a la muerte de mi madre, nunca más el aliento de esa hija de puta en el cuello, sino por el contrario la luminosidad del jardín de mi madre estirándose hasta formar un puente y aterrizar justo acá, en la proa de este barco? Sí. ¿Para que nada sea irremediable, aunque sea irremediable, y para que nada nunca vuelva a ser irremediable? Sí, calculo que algo de eso había, y lloramos una barbaridad, insisto en eso, porque fue como un fenómeno climático que se repitió por varias semanas más, cada vez que nos juntábamos, en cualquier café nos tomábamos las manos y venga llorar, y en lo que me concierne eso convirtió a nuestro amor en una cosa no dependiente de nuestra opinión o siquiera nuestras personas, una cosa objetiva como un promontorio o una garúa, esa garúa de París que tanto te puede joder una tarde y que tan poco importa cuando estás besando por primera vez a tu mujer, aunque al final hayamos entrado igual al bistró porque nos estaba liquidando el frío, y ahí nos tomamos las manos, que estaban mojadas también.

Pero esta otra noche, que ahora para mí contiene o encapsula a aquella, subimos bordeando el canal Saint-Martin y cuando llegamos al bar en cuestión el *vernissage* de la pintora básicamente había terminado; quedaban sandwichitos y vino. Yo miré un rato los cuadros y volví al grupete para encontrar a Cora hablando, como de a picotazos tentativos, con la pintora. No sé qué me pasó; sé que crucé —¿quizá porque había llegado el momento de cambiar, de agregar un elemento a la historia?— el límite de la alianza, la solidaridad, la compadría o lo que sea, y di un paso en dirección a la *ventaja.* Porque el miedo necesita que haya un poco de ventaja siempre, sacarle un par de cabezas a la persona amada, no para calmarse, ya que el miedo lo

último que quiere es calmarse, sino al contrario para perpetuarse y prosperar y ser siempre miedo. Entonces, ya que Cora no las tenía todas consigo en la conversación, desenrollé mi lengua y le ofrecí a la pintora una apreciación rimbombante de sus cuadros, en la que entraba Paul Klee, el simbolismo de las runas del Eustaquio, la espada desnuda de Tristán y un par de metafísicos rosarinos que inventé para la ocasión. No vale la pena despreciarse en retrospectiva; en rigor, había una cierta belleza en mi estupidez de ese instante; al menos, sé que nunca tuve el pelo tan largo ni fui tan joven. Pero cuando la pintora se fue (menos impresionada por mi tirada que si hubiera escuchado el viento) yo me volví sonriendo hacia Cora y encontré en su boca —y era la primera vez— una mueca de disgusto, el disgusto más pudoroso, más dolido, más discreto que yo había visto nunca: “¿Qué te dio, de repente, por mostrarnos tu ciencia?”

2

Procuro reproducir una discusión:

—Porque no quiero que sea obligatorio, porque quiero saber que si no quiero, no lo tengo que hacer —dice ella.

—Por supuesto que si no querés no lo *tenés* que hacer —dice él.

—Pero vos me hacés sentir que lo *tengo* que hacer —dice ella.

—Porque si querés a alguien, lo *querés* hacer —dice él.

—Eso no es verdad, a mí no me gusta hacerlo tanto, no me importa tanto como a otros, prefiero que el deseo me agarre por sorpresa, no que esté previsto que cada día, a las nueve de la noche, como la res que va al matadero... —dice ella.

—Qué imágenes —dice él.

—¿Te enojaste? —dice ella.

—No, cómo se te ocurre que me voy a enojar, te creés que soy un monstruo, que no entiendo, yo entiendo mejor que nadie, yo nunca te obligaría, más tierno y comprensivo que yo no vas a encontrar, yo si vos lo necesitás puedo pasarme un año sin hacerlo, pero lo que pasa es que no me querés —dice él.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo! —dice ella.

—Che, qué lindo día —dice él.

—Sí, me gusta que te levantes a la misma hora que yo, entiendo que te gusta escribir de noche, pero cuando empezamos el día juntos, me gusta —dice ella.

—Además, hace un montón de tiempo que no nos peleamos, ¿te diste cuenta? —dice él.

—No nos vamos a pelear nunca más —dice ella.

—A mí se me ocurrió, es una fantasía que tuve hoy, ¿no?, que vos te

podrías dejar, quedarte toda pasiva como una odalisca y yo, tipo sultán, vengo y te lo hago —dice él

—Mi amor... —dice ella.

—Qué, es sólo una idea, no me mires como con pena, eso es lo que más me jode de todo, que me mires con pena.

—Qué cagada, hoy llueve —dice ella.

—Podemos ir al cine —dice él.

—¿Hoy le das clase a Sophie? —dice ella.

—Suspendió, yo creo que aprender castellano le importa un pomo —dice él.

—Es linda, Sophie —dice ella.

—No lo voy a negar, es bastante linda —dice él.

—¡Picarón! ¿Quién anda coqueteando con su alumna...? —dice ella.

—¿A vos no te dan celos? No me hagas cosquillas. Casi me jode, no entiendo que no te den celos —dice él.

—¿Por qué me van a dar celos? Al contrario, me gusta que andes como... —dice ella.

—¿Como qué? —dice él.

—Como libre —dice ella.

—Estuviste increíble —dice él.

—¿En serio? ¿Te gustó? —dice ella.

—Increíble. Me mataste. Ves, vos dirás lo que quieras, pero los últimos serán los primeros, y vos en realidad sos muy sensual, mucho más que cualquiera —dice él.

—Sí, mi amor —dice ella.

—Todo es cuestión de dejarse llevar, yo tengo una teoría, es el miedo a salir al ruedo, a arriesgarse, a participar en las cosas, como tu miedo a trabajar, tu miedo a hablar con la gente, tu miedo a salir a la calle, en realidad es lo mismo, ¿entendés? —dice él.

—Sí, mi amor —dice ella.

—Pero yo te digo: veo muy claro cómo te vas soltando, es cada vez mejor, es increíble el progreso desde que nos conocimos, yo creo que cada vez va a ser mejor, para mí nuestra historia va a ser así, otros empiezan muy ardientes y se van apagando, en cambio nosotros al revés, vamos cada vez mejor y dentro de uno o dos años vamos a estar

en la cima, ¿no te parece? —dice él.

—Sí, mi amor —dice ella.

—Cora —dice él.

—¿Qué, mi amor? —dice ella.

—¿Por qué siempre hablás de la libertad? —dice él.

—Mirá, ya se hizo de noche —dice ella.

—A lo mejor es que no me querés —dice él.

—¡Te quiero más que a nada en el mundo! —dice ella.

—Se me ocurrió una idea, que podríamos, yo podría estar muy pasivo y no hacer nada y vos vendrías como una amazona y tendrías todo el poder —dice él.

—¡Las once! Despertate, mi amor, que no llegás al examen —dice ella.

—Pero, qué pasa. Otra vez que no. No es *normal,* Cora —dice él.

—Lo siento, mi amor —dice ella.

—Lo que pasa es que no me querés —dice él.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo! —dice ella.

—Me estás haciendo mal, Cora, esto me hace mal. Siento que todo lo mejor ya pasó, que tuvimos un paraíso pero lo perdimos, que antes me querías pero ya no tanto, que hubo una aventura pero yo no estoy más dentro de la aventura, que el mundo se está apagando, a lo mejor soy yo, a lo mejor tengo agujeros que ni Dios podría tapar, por ahí te pido demasiado, ¿será que te pido demasiado? —dice él.

—Hoy está nublado de nuevo —dice ella.

Será que todavía conozco a poca gente en Barcelona, que paso demasiado tiempo solo en este departamento amueblado, pero no me saco de la cabeza la cuestión de la amistad en la literatura. ¿Qué pasa con ese tema a partir de, digamos, Maupassant o Proust? Yo creo que la amistad no desaparece, sino que se produce un desplazamiento. La amistad es el lugar donde las identidades revelan su forma, por ejemplo cuando Frédéric y Deslauriers al final de *La educación sentimental* se dan cuenta de quiénes son, gracias al juego de los espejos enfrentados; pero ahora ese lugar es ocupado por un tipo de relación diferente. De un mundo de esencias pasamos a una idea de la

identidad como estado relativo. Lo que el observador percibe como sólido depende de la velocidad a la que la identidad se desplaza. Sólo cuando hay proyección hacia adelante, cuando una insatisfacción vertiginosa produce la aceleración suficiente, observamos cómo la identidad se solidifica en *personaje*.

Lo que a mí me jodía más de mis problemas con Cora en la cama no era el hecho de andar caliente o carenciado, sino que me costaba horrores hacer encajar ese elemento en la historia que había imaginado con ella. Me recuerdo subiendo por la escalera mecánica, en la estación Château-Rouge, con las estrellas que iban apareciendo a medida que yo emergía, y pensar con desaliento, como quien se resigna a medias a colocar una columna de concreto en medio del living, que quizá con el tiempo yo iba a tener que tener *amantes*. De poco me servía recordar, para levantarme la moral como cualquier macho castigado, que con mis novias anteriores, con Mori, con Silvia, con la loca de Laura, en realidad con todas salvo con Jimena que me tapaba las orejas con los muslos cuando le chupaba la concha y me causaba la impresión de respirar con snorkel bajo el agua, el sexo siempre había sido una fuente de gran felicidad para ambas partes. Pero con ellas no había historia, o había apenas esbozos que no llegaban a ningún lado. Nunca nadie me había repetido que yo podía cambiarlo todo, remediar lo irremediable, ninguna me había tomado la cara con las manos, la primera vez que la penetré, y me había hablado de *lo que nunca antes sentí,* de *la primera vez que,* de *milagro*, y por eso ahora, cuando me decía que no tenía ganas, o si mientras lo hacíamos se quedaba inerme como una gacela que acaba de recibir un dardo tranquilizante, y la mitad de las veces a mitad de camino me pedía que parara, sólo eso era capaz de hacer surgir el miedo.

Por esos días Cora repartía su tiempo entre la traducción al francés moderno de un texto intragable de la tradición artúrica, trabajo que tenía que hacer para obtener su maestría, y las clases particulares de inglés, castellano y matemáticas que daba. Yo hacía los primeros pinitos como columnista en una revista venezolana frívolo-chic, tipo *Esquire*, adonde mandaba una vez por mes unos textos horribles, que me tranquilizaba pensar que nadie iba a leer, pero sobre todo

aprovechaba la plata que había quedado de un premio para escribir otra novela, de manera que pasaba la mayor parte del día solo. Mi personaje, en nuestra historia, había cambiado. En parte era todavía el aliado de pelo largo, el salvador con el abrigo raído, el que tomaba partido por ella contra el mundo, igual de incomprendido que ella pero que a diferencia de ella sí que se animaba a cruzar la calle sin zozobra, sí que hablaba con la gente, sí que obtenía cierta satisfacción del trabajo que hacía. Pero a esto se había agregado, sin que yo me diera demasiada cuenta, una figura cuyo germen yo traía desde la cuna, pero que, igual que ciertas enfermedades que sólo se manifiestan bajo ciertos climas, se activó al calor de la convivencia con Cora: el *conservador*.

Qué rara es la mímesis de los recién casados, y en qué niveles tan diversos opera: por esa misma época, a Cora le dio por vestirse con faldas largas, usar el pelo en rodete, y se compró un sobretodo marrón de anciana, que le hacía parecer cuadrados los hombros y le bajaba hasta los tobillos. Con las medibachas negras, gruesas, y los zapatos negros de taco bajo, el disfraz estaba completo. A mí se me encogía el corazón con sólo ver ese sobretodo, y desde mi escritorio, cuando lo veía colgado de la puerta, le mandaba llamaradas invisibles para quemarlo; pero la verdad era que mis opiniones, por aquellos días, pegaban bastante bien con el sobretodo odiado. A un amigo chileno lo horroricé defendiendo tesis cercanas a la extrema derecha sobre la inmigración magrebí y la seguridad urbana. A Mathilde —que se descolgó por nuestra casa, una tarde, muy triste porque la había dejado su novio— la dejé con los ojos como platos cuando dije que si pudiera votar en Francia, votaría por Bayrou, “porque la grisura es el menor de los males posibles”. “Tenés veinticinco años, Gonzalo”, se enojó Mathilde. “No ciento cuarenta y ocho.” Parecía que me hubiera dado un enema con las obras completas de Mariano Grondona. ¿Y Cora? Yo en el fondo no creía una palabra de todo ese polvo rancio que salía de mi boca. Pero Cora (¡Cora, la anarquista que le había tirado el examen por la cabeza a los profesores! ¡Cora, la lesbiana flamígera que escribía libelos contra la Iglesia!) se había vuelto conservadora de un modo visceral, porque era su forma de encontrar

el evasivo equilibrio entre estar y no estar conmigo, gozar de mi amistad y evitar ser devorada por el caníbal que yo también era, y que amenazaba con privarla de aire tanto como la casa de su madre, de la que había escapado para venirse conmigo. Cora se hacía la vieja para alejarse un poco de mí, yo me hacía el viejo para volver a acercarme a ella, y así nos desplazábamos los dos: yo de frente, ella de espaldas.

Este festival de sombreros grises o este desfile de cangrejos fue turbado apenas por las visitas, sucesivas, de dos primas de Cora. La prima Renate era una parienta alemana, de la Sarre, de la que Cora me había hablado algunas veces, y de la que yo me había hecho la imagen de una especie de santa. No me decepcionó. Era delgada, hablaba muy suavecito y los colores de su ropa, su pelo y su piel iban del crema al blanco, pero no un blanco frío sino tibio, y eso no porque a Renate le faltara calor, al contrario, uno percibía muy bien que en algún lugar de ella había un núcleo candente, algo hecho de llamaradas negruzcas, como de incendio; lo que pasaba era que ese núcleo estaba demasiado alejado de la superficie y así el calor llegaba ya debilitado, apenas una fracción de lo que era. Después me di cuenta, y esa intuición me dejó perplejo, de que esto estaba ligado al hecho de que Renate había sido violada. Se habrá quedado dos, tres días. Dormía en una especie de futón en miniatura que plegaba y desplegaba en silencio, como un gato, y después hacía desaparecer, aunque era imposible que se lo metiera en el bolsillo. Había viajado bastante, y mientras yo simulaba leer o revisar cedés me quedaba escuchando las historias que le contaba a Cora sobre Nepal, sobre la India, sobre trucos de magia que había aprendido con un juglar callejero en Vancouver, cuando trabajaba de planchadora, sobre recetas de cocina taoísta que te purificaban el cuerpo, y sobre los jaguares que los zoológicos devuelven a la selva porque no se adaptaron al cautiverio, sólo que entonces tampoco están ya adapatados a la libertad, y por eso hay oenegés y voluntarios que les hacen terapia para que pasen la transición y se adapten de nuevo a la jungla, trabajo que Renate esperaba hacer a partir de junio, gracias a una amiga colombiana que le había facilitado el contacto. Una noche,

muy tarde, yo estaba con la cabeza en la almohada apretando los ojos y poniendo toda mi concentración en captar el murmullo, como una lejanísima transmisión de radio, de Cora y Renate que hablaban en la cocina, y entendí que Renate le hablaba de la violación. Entendí, y eso por un segundo me hizo enamorarme de Renate, y enseguida sentir un poco de horror y desear que se fuera de nuestra casa, que ella sentía mucha, pero mucha compasión por el violador, que era un pobre hombre que esa noche andaba por el parque con uniforme militar, un uniforme raído de coronel, que tal vez hubiera alquilado en una tienda de disfraces, y sin duda estaba muy confuso. Después oí el silencio de Cora, que se limitó a decirle cosas como "ajá" o "entiendo", para que Renate siguiera, y me enfureció esa actitud, la cosa de "te entiendo, me lo puedo imaginar", me pareció no tanto deshonesto sino sobre todo poco valiente, una forma de quedarse en la torre de marfil, que en realidad cualquiera podía ver que era una torre de torta de crema pastelera que se iba a venir abajo en cualquier momento, en lugar de bajar y navegar con todos, arriesgarse y participar y perder o ganar como cualquiera.

Muy diferente, pero en el fondo muy similar en los ecos y las marcas que dejó, era la prima Claudine. Claudine era una rea que yo, en mis mejores tiempos, me habría llevado al altillo con alegría, o ésa fue la impresión que me dio la primera vez que la vi, en la casa de la madre de Cora. Más probable es que Claudine me habría llevado a mí. ¿Alguien recuerda *Atracción fatal*? ¿La mirada burlona de Glenn Close en la escena de la fiesta? Bueno, para ubicarla a Claudine hay que imaginarse a una Glenn Close que no fuera fea sino linda, un poco alta la frente y un poco grandes los ojos, pero linda, con un cuello largo y manos largas, de atleta, y la otra diferencia es que en Claudine no había nada de maldad, sólo mucha energía y mucha imprudencia. Hay que ser un poco bestia para tirarle a un tipo la mirada que me tiró Claudine, delante mismo de mi suegra y medio segundo antes de que Cora entrara en el living. Después creo que Claudine le confesó esto a Cora y le explicó que era porque todavía no la conocía a ella, que no lo tomara a mal, que yo era más "su tipo" que el novio que tenía entonces, eso era cierto, y felicidades, prima, pero que en su listín

telefónico no figuraba la posibilidad de cogerse al macho de una amiga. O bueno, no figuraba *más*, porque cuando Claudine subió a París y se quedó unos días con nosotros, nos regaló una sucesión de relatos desvergonzados y más divertidos que la mierda, que siempre la tenían a ella como protagonista infiel, una serie de desplazamientos veloces que tenían el ritmo de *El superagente 86*: de un bote de pesca, con un novio, Claudine repentimamente desaparecía para surgir en una cabina telefónica, donde había otro macho, que todavía con el tubo en la mano la miraba sorprendido; de esa cabina, con el macho convertido en nuevo novio, Claudine de golpe era eyectada y caía —ups— en la bañadera de un sultán de la droga, con copas de martini y patas de dragón enchapadas en oro, de donde salía despatarrada y chorreando agua para saltar por la ventana y caer en un camión arenero donde cantaba un gondolero musculoso. Y así, de camión en avión y de caja fuerte en submarino, Claudine nos armaba un relato de escapismo que hasta ahora le había salido bien, aunque para llamarse un poco al orden nos explicaba que sus días con licencia para matar estaban contados: “Tengo treinta y cinco años, chicos”. De paso: todo esto no le impedía haber tocado también la cuerda progre o alternativa, ya que, en esto sí parecida a Renate, se había comido un viaje al polo sur en un barco de Greenpeace, que no es que no hubiera habido ahí también sus chupadas o apretones en bodegas, pero las incomodidades y el frío la habían llevado a cuestionar, en definitiva, la utilidad real y hasta la autenticidad de instituciones como Greenpeace, que ahora Claudine sospechaba eran funcionales, en el fondo, al capitalismo avanzado.

Lo que a mí me dejó vibrando como una cuerda de arpa, después de la partida de Claudine, y con la vaga sensación de haber recibido una golpiza sostenida, de esas que dejan al protagonista en coma, estado del cual despertará diez años más tarde en el hospital, fue el hecho de que en todo el tiempo, y a pesar de la simpatía que Claudine nos mostraba —llegó a decir que “vernos juntos daba alegría”—, yo no pude articular una sola frase. Dije cosas, cositas, pero que salían estranguladas y sin cuerpo y no se parecían ni por asomo a lo que me habría gustado decir. Y lo más penoso fue darme cuenta de que una de

esas cosas que me habría gustado decir era: no somos así, Claudine, yo no soy así, te lo juro, y creeme que Cora tampoco es así, aunque en el fondo de los fondos yo tenía miedo de que Cora *realmente* fuera así. Pero ¿cómo hacés para ver con lucidez el disfraz que se embute tu mujer, cuando hace tiempo que optaste, por amor justamente, o por algo que creías que era el amor, por hacerte solidario de todos sus disfraces?

Todo ese experimento —no sé por qué lo llamo experimento, quizá porque con los días tuve la sensación de haber sido sometido a una experiencia de laboratorio, de esas donde se ata al sujeto a una silla y se le pasan imágenes de barcos de guerra o bebés llorando o luces que trazan elipses velocísimas, a ver qué cambios sutiles de personalidad le causan— hizo que a mí me diera, en los meses que siguieron, por cavilar sobre la hombría. Anduve por la calle esperando y por supuesto temiendo la ocasión de meterme en una pelea. Adrede me metía en callejones oscuros, de donde salía con una moderada sensación de victoria, salvo que algún cuzco de mierda me hubiera ladrado y hecho sobresaltar. Un día me crucé con unos tipos que estaban molestando a una chica. La chica estaba sentada en la placita, a dos cuadras de nuestro departamento, y yo me acerqué y le pregunté si tenía algún problema. Los tipos se burlaron de esta caballerosidad mía, y como eran cinco y tampoco las ansias de poner a prueba mi hombría daban para tanto, di toda la vuelta al Sagrado Corazón y les avisé a los canas que hay siempre ahí, haciendo facha en la puerta, que en la placita estaban agrediendo a alguien. Después volví a ver cómo seguían las cosas. La chica había desaparecido y los tipos se tomaban unas cervezas, en realidad eran pibes de barrio que hacían tiempo, nada más. Pero yo tenía los cables cruzados por el experimento y cuando me hicieron el gesto de una especie de golpecito de ninja en el aire, como diciendo ¿quién sos, boludo, D'Artagnan?, yo les contesté en mi mejor francés que me los culeaba a todos. Ahí sí fue demasiado y se me vinieron encima. Más de una palmada en la cabeza no había recibido cuando llegó, con las ruedas estirándose al tomar la curva, el furgón de los canas, nos pusieron contra la verja, a dos de los pibes los pusieron cuerpo a tierra, y

cuando uno de los canas llamó por walkie-talkie y dijo que acá tenían a la víctima, ahora les faltaba el denunciante, yo levanté la mano. “No, usted es la víctima”, me corrigió el cana. “Buscamos al denunciante.” “Yo también soy el denunciante”, dije.

En estas cosas pensaba, mientras masticaba sombríamente un Snickers, por la calle Ramey, la calle Norvins, la calle Lepic, la calle Saint-Vincent con la mini reserva natural y los pececitos en la charca, la avenida Junot con la curva espectacular que siempre me daba ganas de saber andar en skate, la plaza Abbesses, el pasaje Cottin, esas calles del barrio con las escaleritas para arriba, las escaleritas para abajo, los flashes de sobreexplotación turística que enseguida desaparecían y te dejaban de nuevo en una callecita apagada, buena para pensar. Yo usaba ese recorrido para despejarme la cabeza y pescar ideas para escribir. ¿Y en qué pensaba esta tarde? En mi amigo Patricio Lester, aunque qué venía a hacer Lester en una reflexión sobre la hombría no me lo habría podido explicar. Con Lester, en segundo grado, nos escapamos de un acto del colegio y nos escondimos en el baño, y desde entonces fue mi mejor amigo. Pero lo que yo tenía en la cabeza era algo que nos había pasado años más tarde, cuando yo ya vivía en Francia. Al terminar mi primer año allá, volví a Buenos Aires de visita y encontré a Lester tratando de sacar adelante a su grupo de música. El grupo no terminaba de despegar, él no tenía un mango, yo tampoco estaba como para descorchar champagne. Así que se nos ocurrió la idea, sufrida y varonil, de comprar el Clarín y revisar los clasificados. “Mirá esto, boludo: ochocientos dólares por tres días.” Estábamos en un café medio muerto de Callao, serían las tres de la tarde, y creo que de todos los ancianos naufragados ahí nosotros éramos los únicos que no sabíamos reconocer un cuento del tío. Así que nos presentamos en la consabida oficina sin cuadros, alquilada por la semana, que pretendía ser una agencia de publicidad, muy esperanzados y nerviosos esperamos nuestro turno, y pasamos al plató dispuestos a encarar con serenidad una carrera como actores de éxito, en caso de que la música y la literatura tardaran en traernos fortuna y gloria. El curro consistía en que te proponían un casting para una publicidad de una nueva golosina, un chicle brasilero cuyo nombre todavía no podía

ser revelado. Yo vi cómo Lester avanzaba, con su paso igual a la Pantera Rosa, encaraba la cámara y escandía las palabras previstas: "¡Uh! ¡Es re bueno!" Sentí envidia. Yo también caminé hacia la cámara y dije: "¡Uh! ¡Es re bueno!", y me dije que si Lester obtenía el trabajo y yo no, era sólo porque mi arte era más complejo, más intelectual, no accesible a todo quisque. Pasaron unos días y nos llamaron a los dos: la cosa había quedado entre nosotros y un tercero. Volvimos al bar muerto de Callao y calculamos nuestras chances. Fue entonces cuando nos agarró la duda: el hombre había dicho que ahora teníamos que llevar fotos profesionales, y nos había dado la dirección del estudio. Yo miraba la dirección en el papelito. "Che, ¿y esto cuánto cuesta?" La cifra nos desanimó. "¿Y si nos están cagando?" Nos prometimos reflexionar, y cuando llegué a casa mi padrastro dijo: "Qué estudio profesional, esto lo hacemos acá mismo y vas a quedar como un duque". Colgó una sábana blanca para que hiciera de fondo, me prestó un jean (yo no tenía ninguno), me lo prendió por atrás con un broche de ropa para que no se me cayera, y así fui inmortalizado para el mundo de la publicidad. Valió la pena sólo para ver la cara del ratero cuando sacó las fotos del sobre. "Pero esto qué es... Pero vos estás loco..." Las palabras le faltaban. El hombre tenía su orgullo: que le propusieran unas fotos semejantes, aunque el chicle brasilero no existiera, lo mortificaba realmente. Todo quedó en anécdota para los asados, pero ahora, mientras emprendía la vuelta por la calle del Mont Cenis, reconocí en esa historia algo opresivo, entre la mala digestión y el trabajo de un animal muy frío que te come el calor desde adentro. ¿Cuándo había sentido yo eso?

Para aumentar mi desconcierto, la imagen evocó otra. Yo, mi jeta enjabonada en el espejo, afeitándome para abajo y para arriba. Cuando Cora y yo empezamos a salir, en una de esas caminatas que duraban toda la noche, antes de besarnos por primera vez, ella me decía que un hombre nunca huele como una mujer, algo un poco más que evidente, pero que en esas circunstancias a mí me afligió. "¿Ni recién duchado?" "Ni siquiera *debajo de la ducha* un hombre huele como una mujer", me aseguró Cora con una sonrisa. Entonces yo empecé a hacer cosas raras en el baño. Me afeité los sobacos. Me

miraba en el espejo con ojos de cierva asustada. Lo de afeitarme en los dos sentidos era lo que me había dado los resultados más convincentes: uno se arranca la piel cuando hace eso, pero por un rato, antes de que te empiecen a salir ronchas y se te ponga todo como si fueras la víctima de un incendio, la piel queda perfectamente lisa, o eso me parecía —calculé, mientras me volvía a sobar la pera, con un último vistazo al espejo—, a menos que después Cora me fuera a salir con que un hombre bajo la ducha tampoco tiene la piel de una mujer. El momento más intenso de esa locura leve fue cuando vino Mori y una de las veces que hicimos el amor yo me puse abajo y rodeé la cintura de Mori con mis piernas y le presioné el culo para que me penetrara con fuerza, mientras soltaba gemiditos con voz de flauta, algo que Mori no cuestionó porque, supongo, a esas alturas ya estaba resignada a lo peor. Sin embargo —y yo creo que en cierta forma todo lo torcido de mi matrimonio se definió ahí—, cuando con Cora empezamos a coger, yo por varias semanas hice un poco eso. En un arranque lírico, la primera vez que estuvimos juntos en una cama, Cora me había dicho: "¡Pero vos sos como un dios!", declaración que me pareció ingenua, un intento de decir lo que ella suponía que un hombre querrá siempre oír, pero que en cualquier caso habría debido indicarme que Cora con las cualidades propiamente masculinas tampoco tenía *tanto* problema. Pero daba lo mismo, porque mi misión, mucho antes de llegar a esa cama, para mí estaba definida: se trataba de exculpar a mi sexo, de liberar a Cora de la herencia aborrecida del miedo, mostrarle que los hombres, o al menos este hombre, no era lo que ella creía, encarnar lo inofensivo a un grado que habría requerido ser una pura ausencia, convertirse en el pasado y en la ausencia de algo en ese pasado, y por eso las caricias blandas, la actitud de ostentosa vulnerabilidad, la pretensión de ser tan frágil como ella. Más tarde Cora me dio a entender que todo eso no era necesario, pero da lo mismo: sea para hacerme el sultán, para proponer juegos tipo decatlón, para apagar la luz y jugar a los fantasmas, para derretirme como miel y hacer de latin lover impalpable, o incluso para bajarme el pantalón y hacerlo a lo bruto, yo siempre estuve al acecho de las miradas de Cora, sus deseos, sus puntos ciegos, tratando de adivinar

cómo me veía, tratando de diseñar cada detalle de esa visión para ella, eso las pocas veces que no frenaba la calesita, paraba la música, y apelando al poder de la razón y las luces de la democracia, le preguntaba: *¿Qué es lo que querés, Cora?*

¿Qué es la hombría? Vuelvo a preguntarme esto, ahora que el oleaje de las emociones reales y los procesos reales de los cuerpos me ha dejado desposeído de todos los atributos que alguna vez pensé que eran los de un hombre: familia, sentido del deber recompensado, resistencia, coraje frente a la violencia, sacrificio, remordimiento, insomnio. La respuesta quiere salir, pero todavía no puedo aferrarla y vuelvo a caer en la perplejidad que sentía por esos días. La hombría —temí entonces— requería prescindir de algo que yo no podía permitirme perder, porque era el lenguaje en el que mi vida ahora se contaba, y yo había olvidado hasta la existencia de cualquier otro. Si el verbo se hizo carne y descendió hasta el sufrimiento de los hombres para quedar bien con los hombres, entonces Cristo no era un hombre. El metódico pigmeo de los arbustos que acecha a su venado, lanza en mano, con su estratagema calibrada de principio a fin, no es un hombre. El padre de familia que se revienta el lomo de sol a sol y entra, con paso desmejorado y virtuoso, a su casa a oscuras, no es un hombre. El cogedor compulsivo no es un hombre, como tampoco lo es el santo que se masturba por cortesía. El escritor argentino que mueve con cuidado sus piezas por el damero, sin desatender el reloj que hace tic tac en la pared, y se pregunta qué habrían opinado Lamborghini o Walsh, no es un hombre. El visigodo que empuña la espada por su jefe, el hombre de tal y tal, el que perfora con paciencia la pared para meter el tarugo, el montonero arrepentido, el que no se arrepentirá, el acordeonista de barrio que se vigila los dedos, el adúltero que busca en el cielo raso del telo un espejo para mirarse el pito, el chequeador compulsivo de emails, el impaciente, el sordo, el creador de sitios web para fanáticos del pingpong, el afilador de cuchillos que bendice cada noche la foto de su padre, no son hombres. Yo creo que esto es así. Pero qué cosa es un hombre era un problema que en nuestra vida de la rue du Chevalier de la Barre había quedado para otra vuelta.

El edificio era compacto: de acuerdo. Pero a veces igual se escapaban efluvios por las grietas. Ya que mencioné que nos casamos, puedo contar cómo fue. En el avión de vuelta de nuestro primer viaje a Buenos Aires, yo le dije a Cora que lo mejor sería casarnos. Así lo dije, como una cuestión de conveniencia, forma de pudor que quería ocultar otra verdad: el viaje había sido bastante menos que exitoso, yo sentía que Cora se enfriaba, y quise redoblar la apuesta. Cora dijo que sí, y yo me junté con su madre para seleccionar las verduras crudas, baby carrots, tomatitos cereza y endivias para comer con salsa bearnesa que se iban a ofrecer en la fiesta.

El cinco de febrero desembarcó en París el primer contingente de mis familiares. Casi al mismo tiempo llegó Patricio Lester, que quería sondear las posibilidades de tocar con su grupo en París, y lo primero que hice fue salir con él al Marais y armar un duelo, como si tuviéramos otra vez quince años, que consistía en parar en cada restaurante chino, kiosko de falafel o boliche de comida judía que encontráramos y en cada lugar comer al menos una cosa, a ver quién se llenaba primero. Lester, flaco capaz de tragar durante horas sin aburrirse, me derrotó, y todavía estaba trabajando un plato de esa cremita rosa con huevos de pescado cuando yo no podía ni terminar el café. Después, todo pasó muy rápido. Llegó de Inglaterra mi amiga Francesca, le conseguí un hotel a la vuelta de nuestra casa, tuve que llevar a mis hermanitos y primitos a Eurodisney, ese día Cora se enfermó y como yo no estaba Lester se pasó la tarde colocándole y volviéndole a sacar frazadas. De la noche antes de la boda, recuerdo esto: entro al baño sin avisar y encuentro a Cora desnuda, parada en la bañadera, con el duchador en la mano, como si fuera un objeto peligroso que no se decide a usar. Llora y llora. “Quiero ser feliz”, me dice. “Quiero sentir placer.”

El tema del sexo estaba en el aire. Cora había decidido que ninguna de sus amigas iba a ser su testigo de bodas; para eso eligió, en un gesto muy de ella, gran *fuck you* a su pasado, a Gloria, una amiga mía del colegio, que ahora estudiaba veterinaria en París. No recuerdo ya cómo salió el tema, pero Gloria quería tener una experiencia con una mujer y Cora una mañana me dijo: “Eso de que Gloria ponga un aviso

para conocer a una mujer... Si alguien tiene que iniciarla, quiero ser yo". En la fiesta, la histeria subió uno o dos grados. Reptaba sobre las baby carrots, entre las piernas de mis tías, incluso por la nuca de Lester que tocaba el piano, bajo la mirada estilo Jean Harlow de Francesca, que fumaba aposentada en el sillón, porque en esa época todavía se fumaba dentro de las casas. Sintiendo, sin duda, que las cosas necesitaban bajar dos cambios, Gloria se me acercó y me dijo: "No va a pasar nada que no quieras". Yo le contesté con una puteada.

Hay una foto de Cora y yo, muy tierna, donde estamos sentados en la escalera, ella con su traje rojo, yo con mi chaleco amarillo y mi levita, con lo justo de fuerza para sostener nuestras copas de helado. Creo que sentíamos cariño y pena uno por el otro. Creo que, a través de toda la mierda que hubo en nuestro matrimonio, parte de nosotros siempre sintió por el otro una genuina *amistad*. Creo que esa amistad nos mantuvo juntos. Esa amistad y el miedo, pero la amistad también, y por eso (y por algo que voy a decir más adelante) no lamento el viaje que empezó en la isla Saint-Louis. Después nos escabullimos en el vestíbulo y nos dormimos una siesta, apretados como cachorros, sobre la pila de abrigos.

Pero a la noche la histeria latía otra vez, como un ritual con tam-tams. Un gas verdoso, eso parecía flotar en nuestro departamentito, algo que ocupaba todos los rincones y desplazaba el aire, a la hora en que llegaron los amigos para lo que debía ser la segunda fiesta, la única que Cora y yo habíamos querido, antes de que las familias nos convencieran de que un matrimonio se celebra para el entorno, no para los casados, concepto que todavía estoy esperando que alguien me explique. Y pasó esto: fuimos a la cocina, Cora y yo, para buscar las bebidas, y yo de repente dije: "¿Dale que nos desnudamos y volvemos en bolas?" Cora se despojó de su traje rojo entre risitas, yo me saqué la levita por arriba de la cabeza como si fuera un suéter, e hicimos la ronda con las bandejas así, bajo las miradas demudadas (y en el caso de Dante Rosiecki, reprobadoras) de los amigos. Y pasó esto otro: cuando todos se fueron, Cora dijo que quería saber si Lester tenía el pito grande. Muchas veces he tratado de recordarle esta escena y ella jura que para ella no sucedió; le creo. Pero yo nos veo acostados

en el piso, los codos apoyados sobre almohadones, arengando a Lester para que salga del baño. Y Lester, abochornado, que trata de poner a mal tiempo buena cara (a fin de cuentas, era mi testigo de bodas), da una vueltita como en la pasarela, su poronga (que era bastante grande, debo reconocerlo) se levanta un poquito con el envión y le rebota en el muslo. Y después, Lester y yo desnudos frente al espejo, mientras Cora nos contempla afiebrada, como de muy lejos, como si otra Cora, desde el año 7345, usara a la Cora presente como transmisor para averiguar qué cosas chanchas o insensatas hacemos en nuestro planeta, y yo que le digo a Cora que se la agarre, y Lester que dice "Epa, epa, no, no", y Cora también que no y nos vamos a dormir todos. Algo puedo decir en favor de mi tenacidad: yo estaba decidido a que en la noche de bodas cogiéramos al menos una vez, y eso sucedió de madrugada, tratando de no hacer ruido para que no se despertara Lester, que dormía al pie de nuestra cama, y para mí que nos oyó pero se hizo el sordo. A propósito, Lester, si leés esto: felicidades por tu nuevo disco. Y gracias por la paciencia.

Del viaje de bodas no voy a hablar. La escritura tiene cualidades curativas innegables, cuya primera causa es su capacidad para poner orden en una experiencia cuya acción, aun después de concluida, sigue amenazando destejerte las tripas, pero algunas cosas no son necesarias, o bien hay dolores que de momento prefiero no poner a prueba.

Una cosa más sobre el personaje que quiero apuntar: esa cualidad dinámica que hay en la identidad del enamorado (Proust, el Henry James de *Daisy Miller*, el Borges de *El Zahir*, Faulkner, el Sabato de *El Túnel*) se manifiesta como ansia de conocimiento. Swann quiere saber qué hace Odette cuando no está con él. Castel interroga a María hasta desesperarla para que le explique qué quiso decir con la expresión *Te quiero*. La pregunta es: ¿hablamos de una búsqueda real, de un deseo real de encontrar una respuesta? Enfoque preciso, análisis, tenacidad: si de esto está hecha la obsesión amorosa, y la empresa del conocimiento en general, no deja de ser sugerente recordar que tanto de uno como del otro se ha puesto en duda que aporten algo nuevo a

la conciencia, porque en definitiva se busca sólo para encontrar lo que de antemano quería encontrarse. En el fondo sabemos que la búsqueda es una tautología. Y sin embargo, la búsqueda persiste. Pero para el enamorado, lo mismo que para el divorciado reciente que todavía se agarra los intestinos para que no se le salgan, la pregunta es: ¿existe *otra* forma de conocimiento? No llegó todavía el momento en que me anime a especular que sí.

3

Aunque pensándolo bien, ¿por qué no contar también el viaje? Después de todo cualquier escena, sin faltar a la verdad, puede ser contada como comedia o como pesadilla, o tal vez no cualquiera, pero en el caso de Cora y yo sin duda sí, y en rigor el de cualquier matrimonio que no haya sido contraído entre un ratón de laboratorio y una araña pollito, y ni siquiera estoy seguro de que el ratón, mientras va siendo masticado por la araña, no pueda encontrar una ironía o dos para hacer sonreír al auditorio. La verdad es que Cora y yo, seres torpes por naturaleza e ineficaces por vocación, mal que mal encontrábamos en los días suficiente comedia de *stand-up* para compensarnos por el café concert medio vacío que solían ser nuestras noches. Valía a pena, verbigracia, perderse caminando por Brooklyn (la siempre fiel familia nos había regalado cinco días en Nueva York) con Cora que tenía que sentarse porque le dolía la panza, o cambiar de dirección porque no resistía el sol de frente, o me pedía que cambiáramos de barrio porque esa calle le daba miedo, y yo que la calificaba amorosamente de producto de *outlet*. Y nos reíamos, y no éramos nosotros sino otra pareja igual a nosotros, en la vereda de enfrente, la que arrastraba los pies, mientras ella le pedía perdón por haberlo dejado solo en la cama otra vez y con tono fúnebre le decía que esperaba algún día "ser digna" del anillo que llevaba puesto. Nosotros no: nosotros a la noche mirábamos una película que habíamos visto varias veces, hasta que yo me daba cuenta de que Cora la había olvidado por completo y entonces le informaba que tenía el cerebro poroso (*Gracias,* se acurrucaba ella contra mi pecho, *eso me hace sentir amada*), o bajábamos al buffet del desayuno y yendo hacia

nuestra mesa con el vaso de jugo y el cuchillo en la misma mano, yo sentía el súbito deseo de tomar un trago de jugo y entonces veía de golpe cómo un cuchillo se aproximaba a alarmante velocidad hacia mi ojo, pero tenía suficientes reflejos para esquivarlo, de modo que el cuchillo, y el vaso, y el jugo, pasaban por encima de mi hombro para ir a dar sobre los zapatos blancos de un armenio. Y de nuevo, no era yo, era otro el que se masturbaba en la ducha, llorando y abriendo el agua al máximo para que Cora no escuchara nada. Aunque la comedia interior de una pareja, por supuesto, es difícil de traducir, porque se basa en pequeñas transgresiones al lenguaje que ellos mismos han elaborado, de modo que sería necesaria una traducción doble a partir de esas expresiones que ahora son como un poema etrusco, exhumado de alguna necrópolis subterránea, que el arqueólogo puede pasar décadas tratando de descifrar:

Hacer un calino,
hacer wah-wah-wah,
Tengo un golpe de pompa,
¿Esto es verdad,
o es sólo información?
Mi pequeño paquete,
Mi pequeño budú,
Mi pequeño tiburón (apodo que le di a Cora debido a su perfil remotamente reminiscente de Jacques Cousteau, y que ella, con nuestro acuerdo de que sus chistes eran malos y ésa era su forma de ser buenos, empleaba a veces como *ton petit* burón),
¿Puedo decirte algo
que no tiene el menor interés?
¿Puedo pedirte un abrazo
que no hice nada para merecer?
¿Te importa que diga una cosa
probablemente banal
y decididamente irritante?

Parodias de nuestra propia cortesía, de nuestra absurdamente excesiva sensibilidad, incluso de nuestra propia condición de niños

grandes, parodias en fin de ese Edén o esa prolongación de la infancia que no llega a ser paradisíaca sólo porque los interesados ignoran a qué se parece vivir en la tierra, pero que constituye la juventud de los hijos de la clase acomodada que se han dedicado a una actividad artística o vinculada a la erudición; y que como todo humor, por supuesto, tiene la ambigua función de hacer tolerable lo que de otro modo podría revelarse como pernicioso o estéril o destinado a derrotarse a sí mismo.

De vuelta en París, decidimos que en un departamento tan chiquito como el nuestro era sobre todo una molestia que la cocina tuviera puerta. "¿Qué hacemos? ¿Llamamos a la dueña para pedirle permiso?" "No, para qué, saquémosla y tirémosla nomás." Mientras desencajábamos la puerta de sus goznes, y entre risas la bajábamos a la calle y la dejábamos tirada ahí, yo dije: "Vamos todavía, vivamos peligrosamente", ironía que tenía por objeto el hecho de que, en el interior de nuestro Edén matizado por la frigidez, Cora y yo quizá hubiéramos fallado en muchas cosas, pero habíamos tenido un éxito rotundo en el empeño de evitar, costara lo que costara, *vivir peligrosamente*; o bien nos advertía que eliminar una de las últimas puertas que compartimentaban nuestra vida y separaban una habitación de otra era de hecho, y sin ironía alguna, un peligro que no iba a dejar de estallar en crisis.

La crisis estalló promediando el cuarto año. Cora, después de un par de meses tormentosos, se fue una semana a la casa de su abuela, en el sur. La noche anterior, como tantas veces, yo había intentado que la despedida fuera dulcificada, o matizada de promesa, con un poco de sexo, pero Cora entendía las cosas de otro modo. Durante la semana que pasé solo me golpeé el pecho como Tarzán, me dije que en adelante iba a ser implacable, que mucho mejor que me dejara un poco tranquilo, así yo podía traerme una o dos minitas a casa, aunque a la hora de hacer las cuentas no pasé de relojear de lejos a dos gordas que cargaban sus bolsas con verdura por la calle Clignancourt. Es que no había manera: no era en momentos así, cuando mi historia con Cora vacilaba, cuando aparecía un párrafo con palabras borradas o

mal impresas, cuando se manifestaba mi avatar de buitre; al contrario, en estos casos yo era fiel hasta el misticismo, aunque me diera en las bolas.

Pero el buitre existía, aunque yo todavía no sepa cuándo tomó forma y comenzó a hacer las cosas que yo —el yo que imaginaba mi historia con Cora— nunca me habría permitido hacer. Era un buitre huérfano, de esos que hasta mientras arrancan un buen pedazo de venado atisban de reojo el cielo, a ver si de casualidad encuentran de nuevo a su mamá. Durante los primeros años, a pesar de todo, yo no había engañado a Cora. Después, uno de esos días en que nuestras peleas no parecían peleas sino que tomaban la forma de intercambios teóricos, monólogos a dúo donde exponíamos nuestra concepción del mundo natural, Cora me dijo que le parecería muy bien que yo me acostara con otras, que no por eso yo la querría menos, aunque era preferible que ella no lo supiera. No acepté su oferta en aquel momento, pero algo habrá quedado debajo de mi almohada, porque no mucho más tarde asistí a la primera acción del buitre. Yo tenía una alumna, Rita, una peruana muy linda. A mí me gustaba, aunque como historia se me quedaba trabada en los primeros párrafos: algo oscuro y pasivo, como un lago de noche, una conversación vivaracha que ocultaba una conciencia de sí misma apenas larvaria, como si para hablar con soltura de política o de cine, Rita hubiera debido pagar el precio de amputarse una parte del corazón, quizá justo el área que permite hacerse una idea del lugar real que uno ocupa en el mundo. Después de leer una carta suya, una vez que se disipaba la agradable sensación de ser deseado, pensaba: ¿cómo puede pretender compararse con Cora? ¿Cómo se le puede ocurrir que yo, nada menos que a Cora, la engañaría con ella? El caso es que se fue a proseguir sus estudios en La Coruña, y desde ahí me mandaba cartas que durante un año o dos traté con cariño y complacencia; pero a principios de marzo, mientras Cora recibía con desaliento su diploma de maestría y emprendía con más desaliento aún la traducción de una colección de cuentos chilenos, bruscamente le escribí a Rita que viniera a verme.

En el Montmartre 52, ese extraño cine subterráneo que combina el aire iniciático de una sala de proyecciones privada con las lamparitas

y los bronces de un café concert, la besé. No dije agua va, no hubo una lenta seducción de ojos candentes o afinidades descifradas; el buitre huérfano se la llevó a un hotel y sólo porque además de huérfano era un buitre ineficaz no pudo penetrarla ya que había olvidado comprar preservativos, así que levantó las piernas de Rita hasta doblarla en dos y le lamió la concha hasta que ella (¡con qué facilidad!) se vino con un grito seco. Mejor fue la segunda vez, en un hotel aun peor, cuando abrió la puerta y encontró a Rita dándome la espalda, con un camisón que flameaba como la vela de un barco, y esta vez el orgasmo vino más rápido todavía y Rita se tapó la risita con la mano, como abochornada de gozar con una facilidad tan grande. Después hablaron de sus escritores favoritos y Rita dijo que ella con Tolstoi mucho no se enganchaba. "¿Con Tolstoi mucho no te enganchás?", le preguntó, sorprendido, el buitre huérfano. "¿Por qué?" "Porque es como una telenovela", dijo Rita mientras buscaba algo en su neceser, y no le dio más explicaciones, como si diera por sentado que ellos sólo podían estar de acuerdo. Y el buitre huérfano entonces pensó que Rita no tenía la más puta idea de quién era él, de sus aspiraciones y sus desvelos, que el amor que Rita parecía sentir por él, ese amor obsesivo que electrificaba cada una de las cartas que le había mandado, era una historia que Rita se contaba a sí misma, como lo hacíamos todos, claro, salvo que Rita no había aprendido a manejar la ilusión de complicidad con su lector, en su relato faltaba información y faltaba ese equilibrio entre lo autista y lo comunicable, entre lo ensimismado y lo compartido, sin lo cual una vida con Rita —tal como la imaginé, por un segundo, mientras encargaba unos gin tonics a la recepción— me resultaría de una soledad insoportable. De repente sentí mucha impaciencia por salir de ese hotel. ¡Cuánto mejores eran los relatos de Cora! Incluso cuando lo que tenía para decir era frustrante o desconcertante, incluso cuando no quería acostarse conmigo, o cuando decía que le daba miedo ir a comprar lechuga porque le parecía que la verdulera miraba con desdén su anillo ("Como si pensara que no tengo derecho a estar casada", decía Cora), sus explicaciones estaban bien construidas, eran sólidas, se sostenían. En los relatos de Cora, lo irracional se reconocía como tal, y

lograba articularse dentro de una lógica más amplia. Con elocuencia, con buenas frases, Cora me contaba quién era, qué abusos o qué sórdidas desconsideraciones la habían golpeado, y de modo no menos persuasivo me daba a entender que la regeneración estaba en marcha. Lo hacía, además, con muchos pasajes interrogativos ("¿Habré entendido realmente, Gonzalo, lo que pasó aquel día? ¿A vos te parece de verdad que yo valgo? ¿Vos no vas a dejar de quererme nunca?"), que me invitaban a intervenir en la historia. Eran relatos hospitalarios, no me dejaban afuera. ¡Cora narraba tan bien! Y si las explicaciones cambiaban, como a veces ocurría, Cora se las arreglaba para mantener la coherencia. Si por ejemplo dejaba de evocar su infancia desgraciada a la sombra de su padrastro y pasaba a concentrar su animadversión en Francia, entonces se molestaba en explicarme también esa transición. ¿Cómo no iba a amarla? ¿Cómo no iba a querer vivir con ella, por frustrante que fuera a veces? Que Cora pudiera ser víctima de su propia elocuencia, que la precocidad de su talento para construir discursos ocultara a una niña que no tenía demasiada idea de lo que quería, que quizás incluso su secreta esperanza fuera que yo *no le comprara* sus discursos y fuera capaz de ver lo que ella, sin saberlo, necesitaba realmente, era una posibilidad que yo me negaba a tener en cuenta. No, yo prefería acompañar a Rita a la estación, apretar una vez más su cuerpo caliente, regalarle un libro con una dedicatoria inane y volver reconfortado porque aquella tarde en ese hotel estaba al servicio de una buena causa, que era mi historia con Cora, y que cualquier acto estaba justificado para hacer prevalecer.

Pienso en el desorden. Pienso en el hecho de que Cora siempre tuvo su escritorio hecho un baldío. A mí, que para hacer cualquier cosa necesito un entorno impecable, verlo me ponía mal. Cajas, papeles sueltos, tarjetitas sucias, lápices y lapiceras tirados, piecitas de no sé qué desperdigadas sobre otras piezas más grandes. ¡Hasta libros con el lomo hacia la pared y las páginas hacia afuera! Ese escritorio estaba enfrente del mío, dado que vivíamos en un solo ambiente, pero cuando más tarde Cora tuvo su propia pieza de trabajo también la tuvo siempre hecha un caos. Se quejaba de que todos arrumbaban sus

cosas ahí, lo cual no es falso, pero hasta cierto punto era también su culpa, yo creo, porque el caos llama al caos, y de cualquier forma la lucha contra la entropía es condición de *todas* las piezas, todos los escritorios, un esfuerzo para el que todos nos arremangamos cada día. A mí me dejaba perplejo que eso le pasara justo a Cora, que vivía dibujando su casa ideal, su escritorio ideal, su cocina perfecta, y criticaba sin piedad lo irracional de las casas de otra gente.

Ahora creo que había una lógica en esto, aunque fuera una lógica que patinaba sobre hielo. Creo que Cora tenía un miedo profundo a realizar cualquier cosa, porque todo proyecto personal que se lleva a cabo es un avatar de tu propio cuerpo, y la convicción íntima de Cora era que todo cuerpo que ella expusiera al mundo, el mundo no podía sino lacerarlo, envilecerlo, violarlo. De modo que Cora dejaba siempre para más adelante ordenar su escritorio, empezar su proyecto. El proyecto de Cora estaba siempre en el futuro, en un punto del horizonte hacia el cual ella se dirigía a alta velocidad, pero sin llegar nunca, y ella daba a entender que tenía que actuar así para escapar de aquellos que le impedían construir su proyecto. Esto a veces me enfurece. Otras veces me ofende. Otras veces me da ganas de abrazarla y consolarla. A veces me da miedo, como si yo me hubiera asomado a la velocidad de Cora como a un espejo y ahora no pudiera reconocer más mi propia cara. Dicho de otro modo: yo sé que Cora diría que no, que el desordenado soy yo, que ella tiene su propio orden. Pero yo creo que el suyo era un orden inestable por naturaleza, un orden que sólo podía apoyarse en la fuga.

Pero, para volver a la crisis: Cora me llamó para avisarme que volvía del sur al día siguiente, y como yo estaba resentido no le contesté nada cuando me dijo que me quedara tranquilo, que todo estaba bien. Llegué con retraso a buscarla a la estación: fue el encuentro de una cara que quería parecer amarga, a ver si Cora se asustaba por fin un poco, con una cara desconcertada por mi grosería. Cuando estábamos sentados esperando el metro, un borracho se

acercó y se puso a hablarle a Cora. En un arranque de caballerosidad, o de remordimiento, yo me levanté y lo encaré. El borracho se alejó con la cabeza baja.

Cuando llegamos a casa hice sentar a Cora en el silloncito blanco de Ikea y le dije que había reflexionado mucho estos días, y me había dado cuenta de que nuestra historia no era *inevitable*, y que si llegaba un momento en que las alegrías no dieran el peso frente a las frustraciones, no era necesario seguir. "¿De qué hablás?", preguntó Cora. "Vos sabés de qué hablo", dije. "Si no hacemos el amor, por ahí yo no quiero seguir." Cora se mordió el labio. "Claro que", dije, empezando a asustarme, "nada de esto tiene por qué decidirse ahora. Podemos tomarnos un tiempo..." "No hace falta", dijo Cora. "Yo me voy a separar de vos ahora."

El efecto que tuvieron esas palabras debe haber sobresaltado a Cora, y ni que decirlo a mí, que vi cómo el departamento se ponía a girar y cómo en su centro se abría un agujero negro, y como dicen que ocurre en el borde de los agujeros negros, en el llamado horizonte de sucesos, toda nuestra historia se extendió de golpe, elocuente hasta el espanto. Nos vi en Buenos Aires, de noche, en la terraza del Náutica, dándonos vuelta al mismo tiempo para descubrir la pantalla gigante que transmitía, en ese instante, el gol que consagraba a Francia como campeón del mundo, buscándonos las miradas para largar la risa —risa que era de nuevo el futuro entero escrito para nosotros, la renovación de un voto de confianza— porque de todo ese bar, y de todos los bares de mi país, y de todos los bares del país de Cora, sólo a nosotros dos nos importaba un carajo. Nos vi remoloneando, a lo largo de una mañana eterna, en la cama, rodeados de libros y galletas Chamonix. Nos vi, hipócritas y felices, yendo a la Universidad Americana para ver si conseguíamos los datos de mi amiga Karin, que estaba desaparecida, y torciendo de golpe el rumbo para entrar en un fotomatón de esos digitales, que te dejan elegir tu mejor cara. Vi la sonrisa de Cora, vi mi perfil y mis dientes, y las fotos idénticas que habíamos tomado desde entonces, cada año, con diferentes abrigos y peinados, para conmemorar aquel día. Vi a Cora atareada en sacarme

puntos negros de la espalda, con respingos de entusiasmo cada vez que encontraba uno grande. Me vi planchar sus bombachas sobre una mesa plegable, que era en realidad una mesa de bridge encontrada en la calle que ella había pintado de blanco y que cuando no usábamos colgábamos en la pared como un cuadro, mientras en el equipo sonaba *Total interferencia.*

Vi a Cora una noche, la de su vigésimo segundo cumpleaños, sentada solita en el laverap, tan humilde que me habría puesto a llorar ahí mismo, esperando que acabara de lavarse nuestra ropa. Vi su sorpresa ante mi sorpresa de que hubiera podido creer, aunque fuera por un segundo, que yo iba a permitir que pasara su cumpleaños lavando ropa. Vi su risa al descubrir que yo había logrado llevarla, sin que se diera cuenta, de vuelta a la proa de la isla Saint-Louis, y que sacaba de mi sobretodo, igual que un año antes, otra botella de champagne y otras copas. Vi a Cora dormida, las manos apoyadas en las mejillas, como un topo. Vi a Cora que lloraba, y se disculpaba por llorar, porque en una macetita con flores que había comprado había encontrado una babosa. Vi las cosas de Cora: libros de texto, guantes, medias blancas hechas bola, camiseta marinera a rayas, cuadernos, la foto con su abuelo —ella con flequillo, él que la llevaba sobre la espalda en la pileta—, sus casetes con canciones grabadas de la radio, su caballete, la foto con la que había ganado aquel concurso ("La ciudad le pertenece a Pauline"), los cuadros que pintaba y después quería romper. Vi a Cora desnuda, en los primeros días, mostrándome los pechos, desvalida, esperanzada, con un gesto no tan diferente de aquel con el que poco antes me había presentado su pena: *¿Pero a vos te parece que son lindos, no?* Vi a una mujer que no era Cora, en el fondo de la oscuridad de un dormitorio, mientras todos salían con la cabeza baja, repitiendo que no estaba derrotada todavía. Vi la mueca de Cora, dolida pero dispuesta a presentar batalla, cuando recordaba las palabras que un patán le había dicho en Guadalupe: "Yo creía que eras alegre y fuerte, pero sos triste y débil".

Volví a ver cartas de Cora, los papelitos que me dejaba sobre la almohada, cada mañana, antes de salir a dar clases. “Mi amor, vas a estar contento de mí, hoy me animé a telefonear tres veces.” “Vas a decir que exagero, mi amor, pero hoy te extrañé tanto, mi madre no entiende nada, mis amigas tampoco entienden nada, en realidad no tengo amigos salvo vos, cuando vos no estás no sé qué hacer, me parece que estoy encerrada dentro de mi piel y el día se pasa forzándome a comer, a hacer compras, a ponerme o sacarme los zapatos.” “Sabés, mi amor, creo que la cena de navidad hasta podría ser entretenida.” “Me aguanté la tentación de saltarte encima: cuando estás dormido es cuando más te deseo.” “Mi amor, cómo lamento haberte pedido tanto, haberme apoyado tanto en vos, no sabés cómo te agradezco tu devoción, tu comprensión, no quiero que esto vuelva a pasar nunca más, porque te quiero.” “Por favor, Gonzalo, por favor, ponete enfermo para que pueda cuidarte.” “Mi amor, ¿le mandaste la carta al editor? ¿Me prometés que no vas a aceptar esa tapa?” “Hoy me acordaba, mi amor, de ese café adonde mi mamá me llevaba algunos días, al salir del colegio, esa época cuando cumplí diecisiete y mi madre se decidió a contarme cosas de su matrimonio con mi padre, y comíamos estrúdel y a mí me habría gustado no volver nunca a casa, quedarnos sentadas ahí, solas las dos, y me dije que me gustaría darte eso, esa sensación de que el tiempo dejó de pasar, de que no hace falta más preocuparse.” “Mi amor, ¿compro sandía?”

Yo adoraba a Cora como una joya, la odiaba como un ancla, quería salvarla y que me salvara, me exasperaba que me hubiera elegido para defenderla del miedo y sin embargo el miedo siguiera ahí, como si Cora al tiempo que me pedía que la protegiera me tuviera miedo a mí también, como si yo tuviera que ser el machete y al mismo tiempo la cosa que hay que cortar con ese machete, hasta volverme loco; pero cuando me hablaba de la vida en el barco que compartió durante unas vacaciones con su padre, del agua tan fría en la que el padre la hacía zambullirse cada mañana para que se despertara, cuando me contaba las vendimias en el Loira y cómo después de un día entero arrancando racimos les daban una cena con huevos frescos, panceta, cordero,

puré, cebollines, bife de ternera con salsa bearnesa, pollo asado con rodajas gruesas de pan de campo, vino, cerveza, tarta Tatin, Gorgonzola, Pont-l'evêque, Reblochon, Coulommiers, Valençay, Ossau Traty, Bleu d'Auvergne, Camambert, Livarot, Mimolette, Roquefort y hasta Edam, y vos te lo tragabas todo y además limpiabas el plato porque no hay hambre que pueda compararse con eso, cuando me hablaba del hotel donde había trabajado en Port-au-Prince, aquel año de fuga y desastre, y cómo había inventado un método más eficaz para llevar las cuentas, y de los tres hermanos propietarios el mayor lo aprobó con regocijo, el del medio se encargó de que nunca se aplicara y el menor hizo una pataleta aunque ya tenía más de cuarenta años: "¡A mí nadie me escucha nunca!...", cuando me hablaba de la ruta nocturna que bordeaba el mar y de la playa donde se había torcido todo, cuando me criticaba la estructura de un capítulo que acababa de pasarle para que leyera, y mientras hablaba yo podía ver cómo se proyectaba, en la pared a su espalda, el mapa de la Forma con sus avenidas y puentes, sus callejones sin salida y sus buzones, sus indicaciones cifradas y sus latitudes en griego, y me maravillaba que Cora (la indecisa Cora, que podía hacerlo todo y que no hacía nada) encontrara su camino en ese dédalo sin perderse nunca, y cuando se hacía su té y lo llevaba a su escritorio yo juraba que nada malo te iba a pasar, que yo iba a servir para cuidarte, para reconocerte, no estás derrotada, nada es irremediable, los demás están equivocados y vos tenés razón, mi Cora.

Palabras. Algunas palabras están olvidadas y otras me abochornan. Yo estaba tirado en la cama, boca abajo. Había estado así durante la última media hora. Yo había dicho: "En nombre de", "te lo pido", "no quise". Ella había dicho que no, que si era débil y se quedaba conmigo, lo iba a lamentar más tarde. Y enseguida, poniéndose igual a llorar: "Si por lo menos me prometieras que vas a ser mi mejor amigo". Después nos veo de nuevo sentados, ella en el silloncito, yo en una silla que acerqué, y en esa actitud deliberativa, cosa que me desconcertó aún más, Cora que intentaba (¿pero para qué? ¿Para demostrarme que nos *convenía* separarnos? ¿Para plantear un acuerdo

nuevo? ¿Para qué?) hacer un inventario de las cosas que no nos gustaban del otro. “Por ejemplo, a mí no me gusta tu manera de viajar”, me dijo, y me tomó la mano. “¿A vos no te molestan cosas mías?”

No conservé ni un resto de orgullo: le pedí llanamente que no me dejara, y Cora terminó por quedarse. Creo que realmente no sabía qué hacer. Desde ese día ya no imaginé nuestra historia ni traté de retener a Cora o arengarla o persuadirla movido por el miedo; desde ese día, el miedo habló por sí solo. Fuga hacia adelante, lo llaman. Cuando oscureció afuera, y adentro también porque ni se nos había ocurrido prender las luces, nos encontramos tomando té sobre la mesita de bridge y pelando nueces para aguantar el hambre, sentados uno al lado del otro, muy juntos, y sobre las ocho saqué solemnemente sus anticonceptivos de la caja y los tiré, uno por uno, empujando las ampolletas con el pulgar para hacer salir cada pastilla, al inodoro. Nada se había acordado, nada se había resuelto; pero más o menos cinco semanas después de esa pelea, yo le sentí gusto a metal en la boca al besarla y de esa manera supe que íbamos a tener un hijo.

4

Finale con brio para nuestra vida parisina: con la llegada del otoño, las autoridades de la Administración del Orden Celestial han decidido mandarnos un ángel auxiliador, encargado de desalojarnos del Edén, a fin de que podamos conocer la vida. Ese ángel se llama Emmanuel Barbet y quiero que sepa, si por casualidad llega a leer esto, que si alguna vez me lo encuentro por la calle le voy a romper la cara.

Este hombre excelente nos privó del salvavidas, el tubo que les lleva el oxígeno a los astronautas, el cordón umbilical que nos conectaba con nuestra clase de origen, y de esta manera, a mediano plazo, me hizo experimentar esa muerte del alma que se llama trabajar de lo que venga para ganarse la vida. La muerte del alma es necesaria para que el alma pueda resucitar, momento en el cual se convierte en alma verdadera (Jakob Boehme, *Escritos*, II), pero el que acepta esa operación espiritual sin oponerle al menos alguna resistencia es porque come vidrio. Nosotros redondeábamos nuestros ingresos gracias a una piecita, en un entrepiso de Opéra-Comique, que teníamos en alquiler. La pieza yo la había comprado con una plata que dejó al morir mi madre, y que mi padre reforzó cuando las cosas le iban bien. Cuando en la inmobiliaria me recomendaron a Barbet, que era un ex empleado de ellos, me dijeron que no necesitaba garantes porque lo conocían de siempre. Hasta tiene plata, me dijeron. Era como explicarle a Adán, en el jardín de las delicias, la conveniencia de invertir en Bonex 89. No lo pensé dos veces y en el camino de vuelta a casa compré un pan flauta.

Cora entraba en el séptimo mes de embarazo y parecía, la mayor parte del tiempo, un lirón visto con lente de aumento, y otros días la

primera ministra de alguna república pequeña y ecológica, algún ex principado de esos que no tienen ejército y en los que nadie piensa mucho en tiempos normales, pero que si les toca en la ronda presidir la ONU causan una muy buena impresión. El mundo, de golpe, le había quedado muy lejos, y ella administraba la socialdemocracia bien consensuada de su panza y miraba el mundo de las guerras y las pasiones con benevolencia; fundamentalmente, le chupaba todo un huevo. Estaba muy linda, con el pelo que le había crecido mucho y estaba muy lustroso, y para mí verla peinarse era mejor que el sexo. Tengo fotos de ella, de perfil, con la panza que le estira hasta el límite la polera blanca, que todavía me parecen mejores que visitar el Louvre. Había empezado, además, a hacer dos cosas que la volvían muy encantadora: se permitía pedirme cosas, sobre todo cosas un poco ridículas, como que le alquilara películas de Bruce Willis, la serie *Duro de matar*, porque decía que eso le hacía salir el calostro, y ahora cuando pedía una cosa no se disculpaba ni se arrepentía después, como si hubiera decidido que ahora tenía piedra libre para ser la mujer con plenos derechos que antes, por habérselo prohibido la gemela imaginaria de su madrastra, que a su vez también era una madrastra imaginaria, le parecía demasiado peligroso ser. La otra cosa que hacía, y que me gustaba mucho, era quedarse dormida en cualquier momento y en ese estado de duermevela decir boludeces: "¿Ya estamos en América?", me preguntó una vez, con los ojos cerrados, cuando quise despertarla para bajar del bus.

A mí me hacía feliz, desde ya, haberme convertido en un Pastor Alemán o un Golden Retriever que se tiraba al río, le ladraba a los extraños y podía dormir tranquilo porque tener contenta a su ama por fin era una tarea sin vueltas: realizable. Cora aceptaba con una sonrisa los huesos que yo le traía, me daba una palmadita y seguía tomando notas para su parto. Había reservado fecha en la clínica Les Bleuets porque ahí tenían métodos avanzados, no te encajaban la peridural de entrada, te dejaban parir en la posición que vos quieras, que en general es en cuclillas, no patas arriba como el típico parto de las películas donde los familiares o el marido con el ridículo gorrito blanco te gritan puje puje, que es algo ofensivo para todas las mujeres

además de aberrante desde el punto de vista de la salud. En suma, tomaba nota yo, que obstetricia tradicional y patas para arriba *niente*. También con la familia las cosas andaban bien. En el segundo mes, Cora había tenido unas pérdidas y por un momento creímos que se nos descarrilaba el Eurostar. Entonces fuimos a hacer otra ecografía y la nazi hija de puta dijo: “Señora, esto está muerto, no se mueve”, pero después levantó el volumen y empezamos a escuchar tutún, tutún, tutún, y el fantasmita iridiscente ya lo creo que bailaba como loco, rebotaba contra las paredes del útero como la pelota de un flipper, para decepción del doctor Mengele que comentó: “Ah no, está lo más bien, qué raro”. Cuando pasó esto, yo llamé a Barbara y le dije que se quedara tranquila, que iba a tener un nieto. Se lo dije, eso sí, con tantas vueltas —“Barbara, no se asuste, la llamo por algo que no es malo, al contrario, es bueno”— que casi se me infarta antes, pero creo que después esto le causó ternura. Había un lugar en el corazón de Barbara para los varones excitables, inútiles y tiernos, después de todo se había casado con el padre de Cora. A mí siempre me gustó mucho Barbara y muchas veces pensé en el hecho de que una mujer alegre, buena amiga de su cuerpo, buena amiga de su ropa, que jamás había pedido disculpas por buscar el placer como otro derecho republicano, bendecida además con un sentido de lo posible que la hacía aguantar con buena cara las manías de su segundo marido —manías que ella todavía no sabía que eran simple e irremediable falta de luces— porque había sacado las cuentas y para ella cerraban, hubiera engendrado a una chica como Cora, mucho más penetrante, con antenas que captaban transmisiones interestelares que Barbara jamás sospechará siquiera que existen, pero también mucho más frágil. Los físicos señalan que el universo tiende al desorden de la entropía, pero también, curiosa contradicción, a crear estructuras cada vez más complejas, aunque esas estructuras también sean cada vez más quebradizas, más efímeras, más dependientes de artificios como el lenguaje para vincularse entre sí y con el futuro. Lo cierto es que por esos días disfrutábamos un montón las cenas en lo de Barbara: las lindas servilletas bien dobladas, la araña de cristal con las velas, las copitas de oporto en el living para después pasar al curry de cordero

con yogurt, la ensalada que Mathilde me pasaba para que yo se la pasara a Cora, y después teníamos la excusa perfecta para no caminar y volver a casa en taxi.

Pero esa noche, al llegar y barajar un poco la correspondencia antes de sacarse los lentes de contacto, Cora me preguntó: “Che, y a todo esto, de Barbet no hay noticias, ¿no?”

¿Por qué me iba a preocupar Barbet? Desde marzo no teníamos noticias del alquiler, y en un arranque de responsabilidad, promediando junio, yo había hablado con un *huissier* para que le mandara una carta documento intimándolo a pagar o rajar, pero todavía quedaba plata del premio y además yo muy pronto iba a entregar otra novela, así que ¿por qué sufrir? Sin embargo, a la mañana siguiente me levanté menos tranquilo, miré cuánto nos quedaba, me di cuenta de que daba para un mes con suerte. Cora ya no daba clases, yo daba un tallercito literario, pero eso terminaba el treinta de octubre y estábamos a veintidós. Quedaba la familia, ellos iban a saber qué se hace en estos casos.

Pero la familia no sabía un carajo. Me entrevisté con Édouard, el padrastro de Cora, en su oficina, y estuvo una hora tirándome estadísticas y reflexionando sobre la legislación actual, tan diferente de la Cuarta República, hasta que me di cuenta de que no tenía idea de lo que decía y tenía la bragueta abierta y no había entendido mi pregunta. Un alumno de mi taller, un chileno muy alto y muy concheto que salía con una francesa de armas tomar, me informó que la comunidad yugoslava se especializaba en cobrar deudas sin dejar marcas en el cuerpo, pero después de sopesar los pros y los contras de esa opción nos dijimos con Cora que entrar en esos pajonales sólo podía empeorar las cosas. Desde Chile, mi padre me ofreció las habituales sugerencias que más bien daban cuenta de su propia lucha de sesenta años para acceder a la ferocidad y la hombría: que me comprara un machete y le cortara los brazos, que le prendiera fuego a la piecita, que me despreocupara y me fuera a vivir con Cora en una cabaña en Papeete, donde nos alimentaríamos de bayas y almejas. Cuando se serenó un poco, me dijo que él mismo llevaba un año sin trabajo y si la cosa seguía así iba a tener que vender su casa, o sea que

en caso de apuro tampoco podía ayudarnos. Igual el pasaje para venir a vernos ya lo tenía, así que unos quesitos y unos paseos por el Sena nos íbamos a poder pegar.

No recuerdo haber pensado en lo ridículo de todo el trance. Pensé, en todo caso, en los Eloi, esos boludos pálidos y blandos en *La máquina del tiempo*, que creen que tienen domados a los problemas de la subsistencia, que el pacto con la naturaleza ya es irrevocable, y no se dan cuenta de que los Morlocks, esos proletarios que sólo les inspiran cierta mala conciencia, suben cada noche para carnearse a alguno. Hasta consulté mi biblioteca: ¿qué hacían, en estos casos, mis héroes? Hemingway tuvo rentas, a Flaubert lo cagó con unas hipotecas el marido de la sobrina, hasta Rimbaud habrá tenido que pulsear con algún negro que quería ratearle un cargamento de armas, pero los escritores no escriben sobre esto. La propiedad, que tanto si es tuya como si figura a nombre de quien te publica, te subviene o te compra, es lo que vuelve posible esa plusvalía que se llama literatura, es tema al que la literatura le hace asquitos. Yo conozco escritores que hacen rentar plata en el banco, viven de la herencia de su mujer o son dueños de canchas de paddle, pero cuando se sientan a escribir son Dantón. Como gremio, los escritores son unos confirmados Eloi con complejo de Morlock, unos Eloi que se meten a chatear con el seudónimo Morlock124, motivo por el cual un boludo de la pequeña burguesía ilustrada, en mi situación, sólo encontrará en ellos eso que un crítico argentino llamó, con inspirado lirismo, "vigías silenciosos, objetos generadores de culpa". Cosa que por mí estaba bien: con la culpa yo podía negociar, porque de antemano era parte de mi relato.

De vuelta en la oficina del *huissier* obtuve una sonrisa, un suspiro por lo difícil que era en efecto la vida y un consejo que esta vez me pareció más realizable:

—Sígalo, trate de averiguar dónde trabaja, y si se demuestra que está en condiciones de pagar se le podría embargar el sueldo.

—¿Pero cómo lo voy a seguir? Me conoce.

—Disfrácese. ¿No tiene un gorro, unos anteojos oscuros? Es la única chance que tiene. Sacarlo, legalmente, no lo va a sacar.

El tiempo empezaba a jugarnos en contra. En Francia no se desaloja

a nadie después del diez de noviembre, cuando empieza en los papeles el invierno, así el tipo veranee en el Club Mediterrané. El veintisiete de octubre llegó mi padre de Chile y procedió a agarrarse una gripe que lo inmovilizó como un mazazo en la cama. Yo le llevaba devedés de Fellini a su hotelito para que se entretuviera. A la vuelta, Cora me pasaba los datos que había podido juntar: en suma, no se podía hacer nada. Que podríamos haber dejado de pagar nuestro propio alquiler, habernos desclasado un poco, haber agarrado yo un trabajo de mozo o, ya de plano, haber pasado a vivir del Estado francés, que aquel percance antiheróico por antonomasia, el pequeño propietario que pierde la capacidad de usufructuar lo suyo, daba para la comedia, incluso la comedia metafísica, pero no para el drama, no entraba en nuestro horizonte: lo que estaba en juego era el relato de nuestra historia, y en este sentido yo entreveía una coherencia: en nuestra historia había un punto flaco, ¿no era así? Un miedo, un no al riesgo que era como un pecado de origen, entonces enfrentar a Barbet era el rito de pasaje que nos iba a redimir. De esto no le dije nada a Cora, me limitaba a ponerle la mano en la panza, comprobar que el nene se movía y prometerle que todo nos iba a salir bien. También le hacía algo que se llamaba "hacer rollos", y que consistía en pellizcar entre el pulgar y el índice un poco de piel de la panza, empezando por el costado, y hacer rodar ese rollo de piel por toda la circunferencia hasta llegar al otro lado, mientras ella, acostada boca arriba, se dejaba hacer. Esto ayuda a estirar la piel para que duela menos.

Pero de hecho a Barbet sí que lo enfrenté. Literalmente: una tarde, en una de mis excursiones a la piecita de Opéra-Comique, me lo crucé en la escalera. Yo había arrancado del buzón la etiqueta con su nombre, que era toda la represalia que esperaba poder tomar ese día, en parte porque sospechaba que Barbet ya ni vivía en la pieza; después subí y estaba tratando de instalar un ingenioso mecanismo, a base de pajitas de coca, para poder después averiguar si alguien había abierto esa puerta, cuando me doy vuelta y ahí está. "Señor Barbet", le dije, con el corazón latiendo a full, "tanto tiempo sin saber de usted."

—¿Usted me arrancó el nombre del buzón? —me preguntó indignado el punga. En castellano suena muy ridículo que nos

tratáramos de usted, pero en francés ni los hermanos incestuosos se tutean.

"Lo voy a denunciar en la comisaría, esto es un abuso", dijo y se dio vuelta para salir, pero yo le dije que me parecía perfecto, que fuéramos nomás juntos, que yo también tenía cosas para contarle a la cana. Eso lo inmovilizó. Por un segundo, ahí, tuve toda la ventaja. "¿Qué quiere decir?", me preguntó, y noté muy bien que tenía miedo. "¿Qué pasa, qué tiene para decirles de mí?" Pero ahí me traicionó el Bambi que llevo adentro, que cree que vivimos en una novela del marqués de Ouida, donde todo se resuelve con un cigarro y una excursión a cazar codornices, juro que verlo asustado me dio pena y me salió pensar que yo lo iba a invitar a tomar algo y el tipo no iba a poder sino entender que lo suyo era una tropelía y se iba a hacer la mochila esa misma noche. ¡Hasta nos íbamos a hacer amigos! Así que lo invité a un café. Y ahí el tipo, ya calmado, me empezó a verduguear. Con ese aire ocupadísimo que ponen los ministros de economía en sus apariciones televisivas, me dijo que él todavía no tenía un lugar nuevo de residencia y que por lo tanto "estaba fuera de cuestión" que se fuera antes de marzo o abril; en cuanto a la plata, era el menor de sus problemas —y sacó un fajo tipo narco mexicano, que me pasó por la nariz para que lo oliera—, pero él no iba a pagar mientras no lo estimara conveniente.

—Yo podría contratar a un yugoslavo para que le rompa las piernas —arriesgué con dulzura, tomando otro sorbito de oporto.

—No, porque en ese caso yo incendio la pieza —me explicó impasible el ministro.

A la vuelta de ese encuentro pasé por el hotel de mi padre, que me dijo que Fellini había envejecido muy mal, que *La dolce vita* estaba lastrada con unos simbolismos de lo más infantiles y lo que es peor, con una moralina que él, cosa rara, no había notado cuando la vio a principios de los sesenta, quizá porque en aquel entonces la moralina estaba en el aire, ¿no?, o quizá porque *toda* juventud es idiota siempre, ¿no? Como se sentía mejor, lo llevé a ver a la médica de cabecera de Cora para que terminara de curarlo, y mientras lo revisaban salí a buscar un teléfono y llamé a nuestra abogada a ver si

había noticias: no había noticias, en realidad nunca había habido ni las condiciones básicas para que hubiera la posibilidad de que hubiera noticias, sobre nuestro asunto o cualquier otro, pero igual había que presentarse mañana ante la jueza. Mi padre salió de la consulta resentido con la médica porque, según ésta, ese tipo de gripe no era propia de París en esta estación; la insinuación de la médica, según el parecer de mi padre, era que se había traído la gripe de Chile, lo cual era una acusación repugnante y digna de los peores sentimientos xenófobos que los europeos, décadas después del fin de los imperios coloniales, todavía arrastran, ¿me daba cuenta?

Creo que por esos días me dio por jugar al ajedrez. Jugaba contra la computadora, mientras Cora dormía, en el nivel más bajo, le tiraba con todo lo que tenía y cuando la máquina me estaba por dar jaque mate yo daba vuelta el tablero y asumía la posición de ella, que me daba jaque mate igual. La jueza nos hizo saber que con el tema Barbet estábamos para el cachetazo. Yo sé lo que quería decirnos entre líneas: chicos, el combate es con el ángel, todavía no terminó la noche en que el ángel les va a desencajar la cadera y ustedes le van a pedir que los bendiga y él les va a preguntar su nombre y los va a liberar del Edén agonizante de los niños tardíos, pero cuando la pregunta llegue, no importa si no saben la respuesta: cuando se despierten y vean el desierto, ahí está la respuesta. Al día siguiente puse en marcha la estratagema sugerida por el *huissier*. Fue así: el hermanito de Cora me prestó unos jeans, unas zapatillas, yo me puse un gorro de lana del mismo color, me dejé crecer una barbita candado, me puse anteojos oscuros, y con ese disfraz fui a apostarme en la puerta del edificio. Estuve ahí cada mañana a las siete, a ver si veía salir al tipo y lo podía seguir hasta el lugar donde trabajaba. Era gracioso, ése era ahora *mi* trabajo, un trabajo regular, de ocho a cinco, no era gracioso para nada. Pero quiero detenerme en ese momento, porque yo para entonces no recordaba haberme disfrazado, exactamente igual, unos años antes, pero creo que mi cuerpo sí lo recordaba y me parece que en ese punto se apagó, bajó persiana, como cuando alguien no quiere que sepan que está en casa o cuando hay alerta antiaérea y todos deben hacer *blackout* por su propio bien. Quiero recordar ese

momento porque una de esas mañanas, mientras vigilaba la ventana de la pieza desde la esquina, ahogándome de infelicidad detrás de mi barbita falsa y mis anteojos falsos y el celular verdadero por el que simulaba hablar, de algún modo todo ese mundo de París al que había tenido el privilegio de acceder se plegó como un folleto y se vino a meter solo en mi bolsillo: noches y noches que gasté los zapatos caminando junto al río, las veces que pesqué una charla irónica o humorosa en algún bar, y que sólo entendí a medias porque no me daba el idioma, las expediciones a esa calle o esa fuente, y los verdes y grises y los putos balcones tan hermosos que te hacen llorar, y los álamos de hojas color plata vieja que también te hacen llorar, y ese olor a pan fresco y el hedor indescriptible de la carne humana en los andenes del metro Saint-Michel, y los amigos que me hice, y las palomas que levantaron el vuelo tipo evacuación de Dunkerque la primera vez que puse el pie en la Place de la Concorde, y esas cúpulas que brillan en la estratósfera como un espejismo y esos días y esos años que son como aprenderse el mejor libro del mundo, la mejor aritmética, el mejor derecho, los cuentos más inquietantes, la mejor sociología y la mejor pornografía del mundo, por no decir nada de las recetas culinarias, en fin, toda esa inteligencia y esa ternura que no son del todo humanos y que alguien, en algún momento, fue capaz de transmutar en un parque con senderos en forma de estrella o una combinación de avenidas y álamos y basílica al fondo.

Pero yo sé que hubo una culminación: un momento en el que la verdad de la experiencia surgió de repente y quedó ahí, como un mojón o un marcapáginas para cuando necesitara orientarme de nuevo. ¿Cuándo fue eso? Hice un esfuerzo y saqué de la memoria un pescado que no esperaba. Yo creía que sería otra clase de momento, algo más literario, más apolíneo. Pero lo que recordé fue esto: había en mi clase de francés para extranjeros, un año o dos antes de que yo conociera a Cora, una chica que se llamaba Martha. Era canadiense, tenía el pelo rubio y muy cortito, una carita tirando a redonda, y a mí me parecía lo más sexy que había pisado ese aula. Una tarde me animé a invitarla a comer un sandwich después de clase. Y después

paseamos junto al río y de algún modo terminamos dando vueltas por una parte de Saint-Germain por donde yo no andaba mucho, y pasó que descubrimos un mini museo que se llamaba fundación Dina Vierny, donde no entramos, y después dos o tres placas que decían que Dina Vierny había vivido ahí, o que había inspirado a tal o cual artista, un montón de pintores y escultores parecían haberle dedicado obras a Dina Vierny, que ni Martha ni yo sabíamos quién carajo era, pero eso nos hizo gracia. *"Lucky Dina"*, se rió Martha, y después me miró con sus ojitos pícaros, azules al mango, y dijo que ésa, después de todo, había sido una tarde muy agradable, ¿no me parecía? Después dudó un segundo y me dijo que si quería fumar un poco de porro, en su casa tenía. Martha salía con un colombiano que por esos días estaba en Bruselas. Y esto es lo que recordé: cuando Martha, después de fumar un rato en su pieza, me acompañó al ascensor, yo la besé. Quiero recordarlo bien. Estaba abierta la ventana del pasillo y entraba luz de luna. Una luz que en sí misma era como una erección, esas erecciones que tenés a los catorce, quince años y que nunca vas a volver a tener. Y yo le toqué la cadera a Martha, que estaba bañada en esa luz de luna, una carne viva, cálida y un poco fría al mismo tiempo, por el frío que entraba por la ventana. Y Martha gimió y me besó muy fuerte, y me dijo que mejor me fuera. Yo le propuse que volviéramos a su pieza y nos durmiéramos juntos. Y Martha se rió de nuevo, con esa cosa pícara y ligera que me gustaba tanto, y me dijo: "¿Qué te creés, que tengo catorce años? Si volvemos a esa pieza, ni loca me voy a dormir". Yo entonces le pedí que me dijera, una sola vez, que de verdad prefería dejarlo ahí. Y Martha cerró los ojos y me dijo que sí, que prefería eso, y me dio un beso más y yo apreté el botón del ascensor. ¿Por qué ese momento banal nunca dejó de emanar calor y luz? ¿Por qué fue tan potente, si al final no pasó nada? ¿Fue porque ninguno de los cables de mi tablero mental tuvo tiempo de planear o entender? ¿Porque en esas pocas horas no hubo intento alguno de vencer lo irremediable, porque lo irremediable en esas horas no fue nuestro enemigo sino nuestra fuerza? ¿Y por qué ahora, parado en esta esquina de dolor, me parece que hasta las piedras hermosas de París, las catedrales y toda la pelota, quedaron como encriptadas en

esa llama fría, en la luz de la luna, en la cadera de Martha, en lo inagotable de esos cinco o seis minutos?

Pero éstas son las cosas que se te meten en el cuerpo, aunque vos te rías y digas que París esto o lo otro, y Europa esto o lo otro, pero no te equivoques, el hecho es que estuviste en uno de los lugares de la tierra que dan la medida de lo posible, y en los años que van a venir, aunque te hayas olvidado y prefieras decirte que todo es apariencia y disfraz y facha, y prefieras asustarte con el horror del tiempo que se va como agua sucia de la bañadera, sin haber significado nada ni enseñado nada, no es así, y en el fondo sabés que no es así, porque estuviste ahí y supiste lo que es posible cuando los ángeles mandan, por más que ahora, y eso lo sabés también, haya llegado el momento de plegar ese folleto y esa luz y bancarte el paseo por otros subsuelos que se vienen.

—¿Por qué no nos vamos de esta ciudad y nos vamos a vivir a otra parte?

Fue idea de Cora. Antes de que la panza le creciera hasta adormecer sus inquietudes, una noche, hacía meses, se había sentado en la cama con una animación inusual y me había dicho: “Acá no estamos bien, esta ciudad no se portó bien con vos ni conmigo, ¿por qué no nos vamos a España?” Sobre la forma en que París se había portado con nosotros, y en general sobre la idea de que una ciudad se porta o no se porta bien con uno, yo habría tenido matices que aportar, pero era verdad que había un agotamiento en el aire, y además me gustó ese entusiasmo de Cora: cuando se trataba de cortar amarras, era como soplarle la brasa a un cigarrillo, se iluminaba entera, y yo quería eso.

Así que cuando pasó la semana y aparte de congelarme el culo no logré sacar nada en limpio sobre Barbet, y me afeité la barbita candado y decidí que así me matara yo iba a recuperar esa pieza y la iba a vender por lo que me dieran y con eso nos íbamos a ir lejos, la mudanza quedó decidida. Me puse las pilas. Hablé con la jueza otra vez. Hablé con el alcalde. Hablé con el comisario. Alegué el embarazo de Cora, la hospitalidad debida a los extranjeros, la conmiseración debida a los ineptos. Mi padre me llamó para anunciarme que salía de parranda con un amigo chileno, yo lo felicité, él agregó que en el

fondo nadie crece nunca y yo dije que eso era probable, a la mañana siguiente me llamó para decirme que se había emborrachado por dolor, porque el dolor a veces es demasiado grande, pero eso no era lo peor, lo peor era que había perdido el tornillito que unía la patilla de sus anteojos con el marco y no lo podía encontrar.

—Y tú sabes lo que significa, en español, perder un tornillo —precisó con un sollozo.

—No te preocupes, papá, yo me encargo también del tornillo —dije.

Y el once de noviembre, horas antes de que se cumpliera el plazo fatídico, una comitiva con fanfarria partió de la comisaría número treinta y cuatro, del distrito segundo, encabezada por el señor comisario y seguida por Cora, por mí, por Édouard y Barbara que iban tomados del brazo, por mi padre que llevaba sus anteojos sólidamente fijados con cinta scotch, por dos o tres amigos de la facultad y un vecino nuestro colombiano que no tenía nada que ver pero a quien le gustaban los desfiles, y con una llave maestra fue abierta la puerta para descubrir una pieza abandonada horas antes, sin duda, y donde el regalo de despedida, unas bolsas de basura transparentes y llenas de papeles, botellas de Evian vacías, forros usados y revistas *Penthouse*, nos recibieron con banderines y papel picado y nos cantaron una canción con ritmo de rumba que decía: esto es posible, esto es posible, y nunca olvides la medida de lo posible, pero nunca dejes de estar preparado para perderla, para perderla.

La escena del final sería él, que vengo a ser yo, pero ya que cometí el furcio lo voy a dejar así escrito, él entonces que sale de casa a la mañana, mira el agüita que corre por los adoquines, mira el cielo despejado, saluda a los pájaros y emprende, cuesta arriba, un último paseo. Las valijas están hechas. Siempre le gustó cerrar bien las cosas. Cuando en el colegio terminaban las clases, le gustaba sentir todo a lo largo del acto de fin de año, con cada canción boba y cada discurso bienpensante, cómo aumentaba una tensión parecida a la fuerza de la vida misma, hasta que se prendían las luces y el portón de metal se abría y los chicos se dispersaban por la avenida Cabildo, momento en que él podía cantar: ¡adiós a todos, adiós! ¡Adiós, hermanos, enemigos, adiós! ¡Sigan enarbolando la glicina!

Era cada vez la promesa de la vida verdadera, la vida de hombre que se acercaba retumbando de lustro en lustro, como una tormenta de verano. Y ahora él subió por la calle Lamarck, pasó por la terraza famosa que domina la ciudad sin fijarse en los turistas, dio la vueltita por la plaza Saint-Vincent para despedirse de esa viña, la última viña de París que sigue dando frutos, que también le gustaba mucho. Cuando estuvo en lo más alto de la avenida Junot, sintió de nuevo que era una pena no saber andar en skate. Empezó a bajar la curva, buscando la potencia de la despedida, y recién por la mitad se dio cuenta de que era otra cosa lo que buscaba, que en realidad había estado buscando en cada calle algo que se le había perdido, y que por más que se esforzara no podía recordar qué era.

5

¿Y Cora, entretanto? Cora baja unas cajas del estante, las coloca junto a otras cajas, tira papeles viejos, agrega otra bombacha a la valija. ¿Me olvido de algo? Se habla a sí misma y se increpa a sí misma. ¿Te estás olvidando de algo, Cora? Se acusa de ser débil, qué va a decir Gonzalo, seguro que vuelve y me reta por estar regando plantas y por sentarme a llorar sólo porque tengo que llamar a la gente de Ruano para ver cuánto cuesta, al final, el seguro de los muebles y no me animo. ¿Por qué el teléfono me da tanto miedo? ¡Vamos, Cora, vamos! Me tomo de la mano y llamo. ¿Viste que no era tan difícil? ¿Por qué, entonces, llorás de nuevo? Cómo me gustaría estar ya ahí, ojalá sea un departamento alto, con mucha luz, estar acostada en una hamaca con un té y no hacer nada de nada, ¿pero dónde apoyaría el té? ¿Se puede armar una mesa con patas como para alcanzar el té desde la hamaca? ¿Dónde quedó mi cuaderno de dibujo? Ya son las cuatro, Gonzalo va a volver, cómo le digo que de golpe no quiero ir a España, no quiero ir a ninguna parte, sólo quiero quedarme quieta y haber hecho ya todo y que me dejen todos en paz, Gonzalo entendería, siempre entiende, aunque siempre no, hay cosas que... ¿Pero adónde voy a ir si no? ¿Quién más me va a querer, quién me va a apreciar tanto como él? Vamos, Cora, una caja más, pasar el plumero por el estante para que no digan que dejamos todo sucio, y estos libros los dejo, y esta caja con cartas también, y el caballete lo dejaría si no fuera que Gonzalo dice que estoy loca y cómo voy a tirar todo, si fuera por mí dejo todo, les pido a todos que borren mi número de su lista, que olviden que alguna vez estuve acá, pero ya llega el camión, ahora ya estoy contenta de nuevo, es hora de irnos, ya nos

vamos, me voy.

INTERLUDIO

¿Estas estupideces me pasaron sólo a mí, o también a otros? ¿Hay una tara fundamental en mí, que me hizo pasar todos esos años persiguiendo la imagen imposible de una mujer? De acuerdo, el personaje se construye en la fuga. O en la persecución, que viene a ser lo mismo. Porque el perseguidor, claro, también se escapa de algo. La persecución amorosa es un intento de recuperar, mediante la acción, una identidad que ha quedado anegada. El perseguidor escapa de ese conocimiento terrible que le dice: "No tenés cara", en pos de la persona amada, que a su vez se escapa de él. Narcisista, decimos; sí, pero el perseguidor no persigue porque encuentre, en el espejo que representa el otro, una cara que lo complace, sino al contrario porque no la encuentra. La persecución parece compensar esa ausencia de identidad porque la aceleración produce sólidos, crea la ilusión de lo tangible: construye *historia*.

Proust muestra esto en la historia de Swann. Swann en principio no quiere tener una historia con Odette, ella no le gusta mucho, su cara podría ser linda pero le falta un poco, en realidad le da un poco de pena Odette, y esa pena se confunde con la pena que le causa no poder enamorarse de ella; entonces, cuando los dos escuchan la melodía del compositor Vinteuil, y esa melodía le recuerda a Swann días mejores, aspiraciones más altas, algo que alguna vez él fue y que no sabe bien cómo ha dejado de ser, todo se amalgama y se resuelve en la persecución a Odette. No hay un punto de equilibrio, en el que Swann y Odette se desean del mismo modo; no, desde el instante en que Swann deja de esquivar a Odette, empieza a perseguirla, y entonces Odette empieza a esquivarlo. No hay idilio, no hay instante de encuentro. Y no puede haberlo, porque lo que Swann realmente necesita, por supuesto, es la búsqueda y no la satisfacción. La aceleración de la búsqueda produce sólidos, esto es, produce una identidad que el enamorado puede reconocer, una identidad que cree

poder controlar también. ¿Quién soy? Soy el que te busca. Por lo tanto soy lo que *quiero* ser. Esto es reconfortante, pero por supuesto tiene un precio: que el rostro se convierte en una máscara. Detrás de esta máscara el enamorado se ahoga, pero como ya no sabe si detrás de la máscara hay todavía un rostro real, redobla la apuesta y se aboca al perfeccionamiento de la máscara, la obsesión por mejorar la pareja, vivir en una casa mejor, enriquecerse con un perro, hijos, casa con pileta, amantes, libros nuevos. Tal vez este año no, tal vez el próximo año tampoco, pero juro que la máscara terminará por hacerse carne, por *convertirse* en rostro. No es tan raro que Odette termine por quejarse de que Swann la ahoga y la desmoraliza. Por lo demás, la imagen definitiva para el amor obsesivo la aportó Kafka: un tipo que excava en la persona amada como un perro que cree haber enterrado ahí, alguna vez, un hueso. ¿Pero qué es, realmente, el hueso?

Lo curioso es que la eclosión de la obsesión amorosa, en la novela, coincide históricamente con el comienzo de un acartonamiento formal del género, que después de Proust empieza a tener algo de deber cumplido, de esfuerzo cuyo placer está sobre todo en la gloria olímpica de correr una carrera de fondo, o incluso en la ausencia misma de placer, como si fuera otra forma de postergar la satisfacción a cambio de beneficios mayores más tarde, lo que es por supuesto el fundamento de la civilización. La novela, a veces, parece un acopio de capital simbólico, encarnado en el número de páginas o el desarrollo sostenido de una idea, antes que en el goce más primitivo, digamos precapitalista, de la fabulación. Washington Cucurto, buen escritor argentino, dice que el género novela es una mierda. Ya sabemos que Borges pensaba igual, y se refiere a ese costado sufrido y cumplidor cuando dice que a García Márquez le habría alcanzado con cincuenta o sesenta años de soledad, pero se había fijado la cifra cien y no había tu tía. *Acumulación*, de eso hablamos. Y digo que esto es curioso porque la obsesión amorosa, que vista de lejos puede parecer pura irracionalidad, puro capricho, en realidad opera en estrecha colaboración con el sentido del ahorro. No hay nada más metódico, más apegado a la idea de acumular, reinvertir, amortizar, porque el obseso ha sustituido el amor por *la historia del esfuerzo* por conseguir

ese amor. El esfuerzo es la cosa que ahora él es, aunque sea un esfuerzo que desde el vamos, y por su propia naturaleza, no puede traer fruto.

¿Será por eso que leída desde el dolor, cuando uno lo perdió todo, la novela es una cosa tan desesperante? Las convenciones que antes te parecían inteligentes o ingeniosas o tranquilizadoras, ahora son una forma de comer vidrio. Que en argentino básico significa aceptar lo que nadie en su sano juicio aceptaría. Alguien levanta un edificio de treinta plantas con cimientos en la arena y en un barrio donde cada fin de semana hay un terremoto de grado siete. ¿No ves que vas al muere, animal? ¿Qué hacés, acumulás para cuando vengan días peores? ¿Y nadie te explicó que los días peores vendrán justamente cuando ese edificio se te venga abajo? ¿Toda esa disciplina, todo ese alinear ladrillos como un esclavo egipcio, toda esa poda brutal, para dar lugar a qué? ¿La ficción? ¿La elegante transmutación de la experiencia en ficción? ¿Pero de verdad hay transmutación en esos *ella dijo* y *él pensó*, en el reemplazo de un sentimiento de abyección por la imagen de un tipo que una mañana se despierta convertido en bicho bolita, en ese descartar elementos para que la identidad del personaje resulte consistente? ¿Hay una alquimia ahí, hay una reacción que nos dispare hacia algo más alto? ¿O hay castración solamente? Voy a contestar yo, hay castración. ¿Pero para qué?

Y ahora que lo pienso, no sólo el que está dolorido siente estas cosas. ¿En qué otra época, además de ahora, me parecieron esta lacra las novelas? ¡Cuando era chico! De chico, las primeras novelas que me hicieron leer me resultaron un castigo. Otra cosa era un libro con dibujos como Sven Svenson. No, con Sven Svenson nadie te daba gato por liebre, era un dibujo, y además un dibujo hermoso. Nunca habrá nada parecido a Sven Svenson, que nunca supe bien si era un puercoespín o un topo o qué, pero eso era lo de menos, Sven Svenson con su chaleco rojo, que descubría a un agente del Imperio Otomano escondido atrás del tapiz, que se sentaba con su amigo Couscous a tomar una sopa verde con cuchara de madera. ¡Esa sopa! No hay en toda la historia del arte occidental una sola cosa que sea más intrigante, más alimenticia, más importante que esa sopa verde. Qué

pérdida, qué caída, cuando me dijeron que ya estaba grande para libros con dibujos y me encajaron novelas tipo *El club de los cinco*. Si no llego a descubrir a los poetas surrealistas, unos años después, dejo de leer para siempre. Con *El club de los cinco*, con *Un yanqui en la corte del rey Arturo* o *Veinte mil leguas de viaje submarino*, ya entramos en el orbe miserable del deber. A Emilio Salgari ni lo terminé, mi viejo durante años me suplicó que leyera *El Oro, o la maravillosa historia del general Johann August Suter*, pero yo leía la primera frase, que decía algo así como que en el camino de tierra, a mediodía, jugaba un niño, y ahí quedaba como paralizado por un rayo. Otras veces, creyendo tal vez que cierto lado pop o beatnik me resultaría más seductor, me pasaba la novela que escribió Leonard Cohen, *Hermosos perdedores*, con el mismo resultado. Hubieras empezado por las canciones, papá. Me hubieras pasado al Cohen que decía:

Hay una guerra entre ricos y pobres
Una guerra entre el hombre y la mujer.
Hay una guerra entre los que dicen que hay una guerra
Y los que dicen que no.
¿Por qué no vuelves a la guerra?
No te portes como un turista.
¿Por qué no vuelves a la guerra,
antes que nos lastime?

y ahí sí, yo largo sin dudar al Hombre Araña.

Qué raro: de chico uno sabe, sin que nadie se lo explique, que la abnegación no conduce a nada. Que se puede estar dentro de la guerra o fuera de la guerra, pero no se puede acabar con la guerra a fuerza de agradar para que nos quieran. Al mismo tiempo, hay un momento de la infancia en el que uno vacila: está sentado sobre la verja que separa la no guerra de la guerra, puede caer para un lado o para el otro. Me acuerdo de que mi madre, después de un exilio de un año en París, volvió a Buenos Aires y entonces me llevó al almacén de Pérez, y Pérez me ofreció una galletita. O una nuez, o alguna boludez así. Yo me escondí atrás de unas bolsas y le gruñí. Se llegaba a acercar y le arrancaba la mano. Estaba preocupada porque yo no hablaba, mi

madre, supongo que mi padre también, aunque para entonces ya vivía en España. Yo había dejado de hablar cuando ellos se separaron y pensaban que era el trauma y bla bla bla, pero lo que yo recuerdo es la prescindencia. Una prescindencia benévola, de vivir y dejar vivir. Si no hablaba, era porque realmente no sentía necesidad de hablar. Me gustaba tener cosas *de reserva*. Me gustaba tener siempre algún juguete que a propósito nunca usaba. Me gustaba, en el tablero de indicadores del auto, la franja roja que indicaba el tanque de nafta de reserva, me gustaba mucho pensar que si era necesario el auto podía, por un tiempo, andar sólo con eso. Me gustaba la idea de quedarme atrapado en un ascensor, con un paquete de galletas Criollitas y una botellita de agua: me quedaba a vivir ahí y el ascensor terminaba sirviendo de casa, con un rincón para pensar, otro para hacer ejercicio, otro para dormir. ¡El ascensor se convertía en un mundo! Y comiendo a razón de una miguita por día, y tomando apenas una gota del agua, yo lograba sobrevivir por años sólo con esas provisiones. Otras veces me metía debajo de los almohadones del sofá y jugaba a estar enterrado bajo placas tectónicas. Cuatrocientos sesenta y siete años había estado sepultado ahí, en completa paz con el mundo, y tenía la intención de seguir otros doscientos treinta y uno antes de levantarme. Porque levantarse era romper la paz, eso no había que ser un genio para saberlo. Y cómo no, una tarde en el colegio salí al patio, busqué a Dante Rosiecki y le apreté el cuello hasta ponerlo de rodillas (la lengua de Rosiecki, muy larga, la recuerdo bien) porque quería ser el novio de Fabiana Mucci. Fabiana Mucci fue mi novia hasta sexto grado y a los treinta y cuatro años tuvo un accidente de coche y se murió y está claro que la guerra tampoco conduce a nada, pero ése es otro asunto. Mejor, en cualquier caso, no romper la paz, mejor quedarse debajo de los almohadones tectónicos. Pero el hecho es que la paz se rompe.

Me pregunto: ¿fueron menos difíciles las cosas en el amor para mis amigos? Al comienzo, por supuesto, nos parecíamos mucho. Rosiecki era casi mi doble, pero siempre uno o dos casilleros por delante de mí: mejor que yo en el colegio, más avanzadas sus deformaciones de nene meón demasiado mimado por una madre sin embargo extrañamente

distante, más judío el ambiente de su casa, las uñas más mordisqueadas, más tempranamente asustado, más prematuramente irónico que yo. Había demasiada competencia para que pudiéramos jugar de veras, pero igual con Rosiecki supimos compartir secretos: por ejemplo, el truco para hacer que el pito haga un ruido que parece un grito de papagayo. Es así: se estira el prepucio para que entre aire, se apreta la abertura entre el índice y el pulgar para aprisionarlo, luego se presiona sobre la burbuja que quedó adentro, y se oye un scuajjjjj. A Patricio Lester esto le parecía repugnante. Todo lo que en Rosiecki era ansiedad, espalda encorvada, autoconciencia y drama, en Lester era *swing*, flema de joven londinense de los sesenta, siestas voluptuosas de verano, manos con dedos larguísimos, saber cuándo dejar de insistir, indiferencia que de algún modo lograba siempre parecer simpatía. Mirar a Lester ya era empezar a sentirse bien. Lo que Patricio irradiaba era un goce sibarítico de las cosas, o por lo menos de ciertas cosas: una pizzería de Cabildo, un pantalón a rayas amarillas, un disco de los Doors, el Wincofón de su padre, el hecho de que en la India hay faquires que no levitan propiamente pero sí que son capaces de elevarse en el aire, en la posición del Loto, desplazarse unos centímetros hacia la derecha o hacia la izquierda, y volver a aterrizar suevamente: salto kármico que nos fascinaba porque parecía la cosa más inútil jamás lograda, y por eso mismo un signo de santidad.

A los quince años, para Patricio Lester el mundo era una feria con curiosidades puestas en las mesas sólo para deleitarlo, mantener a su cuerpo sano y equilibrado o divertirlo. Si Lester era un artista, no era un artista que quisiera incendiar el mundo; quería simplificar el mundo, descartar molestias hasta convertirlo en lo que debía ser, es decir una playa donde él pudiera tomar Martinis por toda la eternidad. Creo que por eso nunca entendió muy bien mi noviazgo con Mori. Cuando yo le contaba que Mori me metía dedos en el culo, me llamaba "mi putito" y yo la llamaba mamá, le parecía que eso era complicar las cosas innecesariamente; tuve que dorarle la píldora aludiendo a la "etapa experimental" que toda pareja debe transitar, para que asintiera y empezara a sonreír de nuevo. Los dos, a nuestra

vez, quedamos estupefactos cuando nuestro amigo Arturo Dailoff se mandó una relación clandestina con Clara, la de Orientación Vocacional. Pero es que Arturo era mucho más loco que todos nosotros juntos. Más adelante, si puedo, tengo que decir otras cosas sobre él. Pero lo que necesito contar ahora es que un día el flaco, el nervioso Arturo, clavándonos los ojos negrísimos y moviendo la patita debajo de la mesa, nos dijo que esa mina lo tenía loco, la puta que la parió, y otro día desde mi pupitre pude ver cómo ella le prestaba un libro, que era *El libro de la risa y el olvido*, y al cabo de una semana Arturo avanzó desde el fondo del aula hacia el escritorio de Clara, con parsimonia asesina, y cuando ella levantó los ojos y le preguntó qué le había parecido el libro, él contestó, y fue como si le diera una cachetada: "Y sí: mucha risa y mucho olvido". "Boludo", me dijo después, siempre moviendo la patita, mientras le tiraba migas a las palomas en la Plaza Castelli, "estoy acostado con esta mina y está todo oscuro, boludo, y le toco la panza y pienso: qué flash, de acá adentro salió un chico. Eso me mata". Arturo fue claro con Clara: le advirtió que tenía sólo diecisiete años y que mejor no esperara mucho de él, y Clara le contestó: "Si esto dura un año, Arturo, para mí valió la pena". Se me olvidaba indicar que Clara era una mujer de treinta y dos años que parecía salida del Antiguo Testamento. Ojos de amalecita, pelo de nazarena, la lengua punzante del profeta Elías. Por esa historia abandonó a su marido y perdió la custodia de su hija, y aunque es casi nada lo que sé de ella, ahora siento curiosidad por esos días en que Clara, la de Orientación Vocacional, puesta a elegir entre la casa que había sido suya hasta entonces y el adolescente de la patita eléctrica, declaró: vale la pena, y declaró que el espejo que su marido le tendía ya no significaba nada, y como su ancestro del libro de los Reyes dijo: "¡Desde hoy no me llamen Noemí, llámenme Mara!"

¿Y después? Rosiecki, después de terminar el colegio, estuvo unos años en Polonia, y mire usted las vueltas que da esta calesita, después volvió a Buenos Aires y se casó con Verónica, una prima lejana mía. Por el mismo Rosiecki supe que el matrimonio había tomado un cariz fantasmal más o menos a partir del segundo año. Verónica tenía la voz y la mirada de la madre de Rosiecki; como ella, tenía una veta

melancólica y pasaba fácilmente de la alegría gratuita, de caminar con las bolsas del supermercado cantando por la vereda, a quedarse días sentada en la alfombra, incapaz de hacer frente al sol en la calle, pintando frasquitos de remedios. Pero a la mañana despertaba a Rosiecki con una sonrisa melodiosa y le decía, mientras le acariciaba el pelo: "Buenos días, mi *pan Lactecki*", y bueno, el pibe simplemente se meaba encima. El problema fue que Rosiecki era muy bueno en lo que hacía, que era programación informática para empresas. No es común que un tipo de veinticuatro años sea llamado por empresas de Ciudad del Cabo, San Pablo o Saigón para dar cursos a todo el personal y volverse con cincuenta mil, sesenta mil dólares en el bolsillo, pero Rosiecki tomaba esto como lo tomaba todo: con una mezcla de sorpresa, como si en el fondo hubiera esperado siempre terminar basureado por todos y durmiendo debajo de un puente, y de remordimiento, porque también de algún modo se sentía llamado a cosas más elevadas, aunque no supiera cuáles eran. Una o dos veces Verónica lo acompañó en esos viajes, y después dejó de hacerlo; al poco tiempo cesaron las caricias en el pelo y las bromas en seudo polaco. Rosiecki concluyó que debía ser culpa suya y le regaló unas sandalias y un viaje romántico a Escocia; Verónica se hundió más todavía en el mutismo. Desesperado, Rosiecki recordó entonces que Verónica aspiraba a ser escritora, aunque hasta entonces toda la manifestación de esta vocación había consistido en un blog en el que publicaba fragmentos, que podían ser notas para cuentos o relatos de sueños, cosas donde no faltaba la gracia, ciertamente, pero que a ojos de Rosiecki decían entre líneas justo lo contrario de lo que el blog (titulado "Campo de Pruebas para la Novela Equis") anunciaba como propósito manifiesto. *No* voy a escribir, leía ahí Rosiecki, *no* voy a salir a la calle, *no* voy a poner cortinas, *no* voy a escribir nada de nada y *no* lo va a leer nadie. No había espacio para comentarios, pero sí una dirección electrónica, y con eso Rosiecki concibió su brillante plan. Y mientras me contaba esto levantó una mano, como diciendo: no te molestes en decirme que estoy loco, si yo no hubiera sabido, incluso entonces, que estaba loco, no se lo habría ocultado a todos, incluso a mamá, para evitar que la gente de bien tratara de salvarme. Si

Verónica probaba el éxito, si llovían sobre ella la admiración y el amor de muchos, si el ventarrón de la confianza la elevaba por encima de su melancolía, entonces los ojos amorosos y las caricias iban a volver. ¡Pobre *pan* Rosiecki! No sabía que cierto tipo de mujer, al que Verónica correspondía, y ahora que lo pienso me pregunto si la madre de Rosiecki no habrá correspondido también, sólo permanece al lado de un hombre *mientras* la timidez y la falta de confianza la tienen postrada. En cualquier caso, Verónica empezó a recibir correo de fans. Había un estudiante de Santa Fe que decía haber usado dos fragmentos del blog de Verónica para conquistar a su novia, "porque nadie, ni Emmanuel Kant, escribió sobre el amor con fuego semejante". Había una parejita de Benidorm, España, que le daba las gracias por "esas joyas" que Verónica colgaba en su "atelier virtual", y que les alegraban las noches, pues se llevaban el ordenador a la cama y se leían mutuamente los fragmentos hasta dormirse abrazados. Había —y ahora Rosiecki, para variar los estilos, empezó a usar diccionarios de sinónimos y a fingir faltas de ortografía, ya que empezaba a temer que tanta diversidad geográfica levantara sospechas — un maduro caballero de Birmingham, argentino él, que se proponía poner en pie una editorial "pequeña, con títulos muy selectos" y le preguntaba a Verónica cuándo podrían leer un manuscrito completo para poder hacerle una oferta "a la altura de su genio". En fin, y acá la perversidad de Rosiecki ya es evidente, hubo dos o tres fans enamorados que se confesaban incapaces de dejar de pensar en Verónica, en su voz, en el olor de su piel, en cómo sería el sexo de la mujer que había escrito esos aforismos, esos comentarios de fotos de paisajes, esas listas de novelas a leer. Rosiecki notó que estos mails Verónica ya no se los leía en voz alta, como hacía con los otros, en realidad ni siquiera mencionaba su existencia; pero algunos días, en su nuevo departamento de la avenida Las Heras, le parecía sorprender en su cara algo así como una sonrisa de revancha.

Y ésta es otra cosa que me gustaría entender: por qué nos movimos tanto. Los desplazamientos por el mundo son algo que siempre di por sentado, y que ahora ya no estoy muy seguro de entender. Mucho tiempo creí que expatriarse era un acto liberador, una forma de

escapar al determinismo de la familia, el suelo, los relatos nacionales. Ahora me parece casi lo contrario: hay algo, en la migración de una pareja de un lugar a otro, que más que nada sugiere las estaciones que el subte de tu historia de amor tiene asignadas de antemano. Malabia, Congreso, Abasto, Mudanza, Intemperie, Clonazepam. Digo esto pensando en Rosiecki que, al igual que yo con Cora, tuvo con Verónica una cantidad sorprendente de domicilios, primero en Buenos Aires, después en Roma, por un tiempo en Valencia, después otra vez en Buenos Aires. Cada uno una corrección del anterior, con más espacio o con estudios separados o con jardín para que jugara el nene o más en el centro para que Verónica pudiera ver seguido a sus amigas, y que en realidad representaban otros tantos momentos de la fuga. Pero en realidad estoy pensando en Lester, porque su caso, que desde afuera parece más equilibrado que el de Rosiecki, en otro sentido me resulta más inquietante. Seis años después de que lo hiciera yo, Lester se decidió a expatriarse con su novia, Nataly. A mí me caía bien. A todo el mundo le caía bien. Yo la conocía desde la época de Buenos Aires: una australiana altísima, que usaba siempre un chalequito verde, y una camisa con puños tipo Louis XV, relajada, la mirada tolerantemente gris, escapada de un destino de hija de papá con Visa Gold y puesto preasignado en lo alto de la empresa, para viajar un año por el mundo como camarera en un barco, hasta recalar como un alga en el puerto de Buenos Aires donde, como una verdadera inmigrante del siglo XIX, no se molestó en ir mucho más tierra adentro que Montserrat, y Lester la conoció cuando ella, con un cigarrillo en la comisura de la boca, mezclaba tragos en un boliche de la calle 25 de Mayo. Cuando Lester se cansó de mover a su banda por Buenos Aires sin resultado, grabó en tres días un demo con música tocada por él solo, agarró del cuello a Nataly, se tragó su orgullo y le pidió un préstamo a su madre, y se tomaron el avión a Berlín. Ahí volví a verlo, después de varios años, cuando Cora y yo —en las postrimerías todavía temblorosas de nuestra cuasi ruptura, cuando ella estaba ya embarazada, pero ninguno de los dos lo sabía— fuimos a visitarlos, más que nada para tomar aire y descansar de nosotros mismos. Nataly tenía su taller de costura en el living del

departamento, Lester su sala de ensayo en una de la piezas. Parecían, en efecto, una pareja imbatible; pero ahora me pregunto si parte de ese efecto no venía del parecido físico, los dos altísimos y flaquísimos, los dos con esa frente tersa, sin líneas, propia de quien detesta el melodrama más que la enfermedad o la miseria. Nos pasearon por el barrio, elogiando el ambiente proletario, la verdulería del turco, las bicicletas omnipresentes, el olor a Kümmel, la charla de los italianos detrás de los puestos de pomelos, el hecho de que podías caminar tres cuadras y cansarte de tomar sol en el parque que bordea el río, y como de costumbre Lester me dijo que "la cosa anda mejor que nunca" y que "con Nataly encontramos *el* lugar". Más tarde, cuando con Cora ya vivíamos en Gerona, Lester y Nataly abandonaron su paraíso berlinés para trasladarse a Barcelona, y recién entonces supe que las cosas eran más complejas de lo que sugería el encomiable optimismo de Lester. Una noche caigo por su departamento, en la Plaza del Diamante, cuando Nataly no está, y Lester me cuenta entre dientes algo sobre la falta de deseo de Nataly en la cama. Otra vez, por teléfono, y con unos silencios y unas vacilaciones llenas de rencor que me sobresaltan, porque no se parecen en nada al Lester que yo conozco, me cuenta algo sobre el background de Nataly. Otra historia complicada. La familia de Nataly era una caterva de hippies de Sydney, que andaban todo el día en bolas por la casa y noche por medio les pedían a Nataly y a su hermana que no les tocaran la puerta, porque pensaban coger. Las hermanas entraban con toda libertad al dormitorio de los padres, jugaban con el látigo de tres puntas, ordenaban los consoladores de mayor a menor. Había un tío que vivía en Nueva Zelanda y cada tanto pasaba temporadas en la casa. "Y creo que ese tío la violó", me dice Lester. Le pregunto si lo cree o si sabe con seguridad que eso pasó. "*Creo* que pasó. No sé, boludo. Sé que ella tiene un rollo tremendo con eso. Yo antes fui egoísta, no la entendí, ahora me toca ser paciente." ¿Me toca ser paciente? ¿Fui egoísta? De golpe no reconocí más a Lester, el diseñador de playas, que ahora debía elegir entre mantener los pies en sus propios zapatos, al precio de perder a su mujer —la mujer a quien él había elegido, justamente, para que lo ayudara a conservar esos zapatos—, o bien perderse a sí mismo para conservarla

a ella. Prometió no presionarla; se fue a tocar en Oviedo y Santander, y cuando volvió la encontró encogida en el sillón, abrazada a sus largas piernas, y ella le preguntó con ojitos de convaleciente cómo le había ido. Lester al principio creyó que le estaba contando la gira, pero al rato se dio cuenta de que estaban repasando su vida juntos, replanteando sus problemas en la cama, acordando nuevas reglas, cambios de costumbres, necesarias restricciones, enmiendas a sus proyectos. Y aunque se oía a sí mismo ceder en todo, prometerle no insistir cuando ella estuviera en uno de sus eclipses, pasar más tiempo fuera de la ciudad para dejarle espacio y que ella viajara más seguido también, de repente sintió que se le formaba una sonrisa que no era suya, una especie de mueca obscena, y le dijo: “Bueno, y ahora sacate la ropa”. Nataly se encogió más todavía en el sillón, se abrazó todavía más las piernas. Lester salió dando un portazo y se fue a caminar por Barcelona, esa ciudad donde su música no tenía casi público y donde Nataly no tenía la menor conexión para vender su ropa, pero que los dos habían elegido sin dudar, como si supieran que sólo ahí podrían hacerse tan infelices como necesitaban llegar a ser.

Y claro, la gente escucha estas historias y pregunta: ¿pero *para qué*? ¿Por qué meterse en esos berenjenales? Pregunta que abre un abismo entre los están fuera del problema y los que están dentro. ¿Por qué, en efecto? ¿Para conseguir qué gracia o qué perdón, en el intento desquiciado de recuperar qué paraíso, perdimos lo que perdimos? Pienso en Lester a los ocho años. Lester escapándose conmigo del acto de fin de año en el colegio, los dos escondidos en el baño, Lester con su mirada transparente, Lester que canta: “Amor entero / con la hija del lechero”. Pienso en Lester a los quince años, la mirada igual de limpia, que sale del prostíbulo “Venus” con el cigarrillo en la comisura de la boca, como un rufián de historieta, y aprovecha para echarse una miradita en el espejo de la entrada y se otorga su completa aprobación. Y sí, pienso de nuevo en Swann, el hombre de las cenas con el presidente de la República, de la tranquila posesión de sí mismo, del arte comprendido como entretenimiento para las clases ilustradas. ¿De verdad tengo que pensar que algo en nosotros *quería* perderse en el laberinto de la obsesión y la busca de lo imposible? ¿No

es la clásica falacia teleológica, que le asigna una finalidad a todo lo pasado, porque sobre la pura pérdida no puede forjarse una identidad, y porque sería intolerable admitir que somos el producto de azares cuyo saldo, en el mejor de los casos, es cierta baqueteada experiencia para librar una batalla que, por otro lado, ya no vamos a necesitar librar de nuevo? No lo sé, y mientras siga sin saberlo me va a costar dormir una noche entera.

Vivo aquí con una mujer y un niño.
La situación me pone un poco nervioso.
Me separo de sus brazos y ella dice:
“Supongo que a esto lo llamas amor;
yo lo llamo servicio de habitación”.
¿Por qué no vuelves a la guerra?
Adentro, adentro, vamos.
¿Por qué no vuelves a la guerra?
Si quieres, igual puedes casarte.

Cora, vos que sabés tantas cosas: ¿Sabrías decirme qué fuimos a buscar a Gerona? Nos habíamos propuesto salir del aislamiento de Montmartre, trasladarnos a un lugar donde pudiéramos de nuevo hacer amigos, trabajar, mezclarnos con otros para aligerar la sopa demasiado densa que era nuestra vida juntos. En vez de eso, fuimos a dar a un lugar que era el Edén a la novena potencia. Qué risa: Gerona, la ciudad más protegida de toda Europa, la mejor aislada de todo choque o rebote, la Arcadia de las Arcadias. Si ahora tuviera que describir nuestra vida en ese lugar, tendría que empezar tipo Stendhal. “La pequeña ciudad de Gerona puede pasar por una de las más vistosas de esa fértil región que llaman el Ampurdán...” Si mi relación con Cora hubiera tenido arreglo, es en ese lugar donde habría ocurrido.

Y de hecho, en los primeros tiempos nos sentimos irracionalmente felices. Cora se paseaba por las calles sin miedo a que alguien le dijera chanchadas al oído o algún argelino revirado la insultara por no llevar velo. Los catalanes le gustaban, le sonreían y por lo demás no le daban bola, justo lo que ella quería. El mercado central la enloqueció: con

esos tomates modelo corazón de buey, esas matas de lechuga con los bordes violeta, uno sí que podía armarse una vida. Así que volvimos a París a buscar los bártulos y nos dispusimos a empezar una nueva vida. Una buena mañana bajamos del tren, yo volví de apuro al vagón para rescatar la jaula del gato que se nos había olvidado, Cora se ajustó el portabebés, comprobó que las piernas de Miguel colgaban adecuadamente, y bajamos despacito por el carrer de la Creu, la principal arteria de la parte moderna, hasta nuestro departamento. Uno podía salir de ese departamento, tomar el caminito al lado del río, cruzar el puente y llegar al casco antiguo. Arriba, en la colina, estaba la catedral, que era cuadrada, y recién en Gerona me di cuenta de que una catedral, para tener la presencia ordenadora que debe tener una catedral, tiene que ser exactamente así. Si subías las escalinatas, con esas hermosas baldosas largas y un escaloncito cada tanto, pasabas por el barrio judío, si estabas dispuesto a hacer un desvío pasabas también por los baños árabes, y emergías en la terraza que domina la ciudad. Vivir en la Edad Media habrá sido así. La palabra que me viene a la cabeza es burgo. Restos de murallas, los últimos techitos de teja, y después colinas verdes. De ahí podías bajar y darte una vuelta por el parque de la Devesa, un árbol plantado por cada soldado de Napoleón que bajaron los locales, dicen, o volver pasando por la plaza mayor. Si te daba el tiempo, parabas en la librería 22, coqueteabas un ratito con la linda pelirroja, conversabas con Guillem, el dueño, hojeabas algo de Quim Monzó a ver qué onda el catalán, que seguro no podía ser tan difícil, desistías para siempre, y en el camino de vuelta comprabas chocolates para que Cora recordara que la querías. Yo estaría muy contento de ganarme la vida como guía turístico en Gerona, y cuando termine este librito es exactamente lo que voy a hacer.

Cuando llegué del paseo, Cora me recibió con su habitual manera cariñosa y como sorprendida, como si hiciera mucho que no me veía: “¡Oh, hola, mi amor! ¿Cómo te fue?” Esa forma de recibirme, para mí, muchas veces justificaba el día. Más tarde, cuando las cosas se pusieron más negras, yo pensé en el hecho de que aquello nunca era muy físico, pocas veces me daba un abrazo, como si Cora mantuviera

conmigo la distancia que se mantiene con un animal afectuoso pero demasiado grande, que te puede voltear sin querer; pero entonces yo sólo notaba la sonrisa y el tono de alegría, y era más que suficiente. Yo traía al bebé colgado y ahora, mientras deshacía la faja, ponderé las ventajas del adminículo: "Vos tenías razón, está claro que es mejor que los portabebés de las tiendas. Es increíble, uno prácticamente no siente el peso".

En realidad la espalda me dolía bastante, pero empezar por declarar que algo es bueno y esperar que la realidad se acople por el camino siempre fue un astuto recurso mío. ¿Seguía enamorado de Cora para entonces? En cualquier caso, seguía comprometido con el *proyecto* de estar enamorado. Cora puso al bebé a jugar con el gato y me preguntó qué quería para cenar. Siguió el habitual duelo de cortesías: "¿Estás seguro? ¿Querés comer eso, o lo decís porque pensás que es lo que yo quiero?" "No, yo más bien tengo ganas de eso, pero si preferís otra cosa, me va igual de bien." "Bueno, entonces hago eso, pero espero que no lo digas por mí." Etcétera. A la gente que nos conocía, estos diálogos nuestros siempre les hacían gracia, pero me pregunto si alguien habrá sospechado que esa forma de tratarnos, que en Cora era natural y que yo había adoptado por mímesis, era una de las cosas que me hacían aferrarme a la idea de *mejora*. Con Cora todo era tan verbal, todo parecía tan negociable, que por qué no iba a ser posible, con sólo conversar lo bastante sobre el tema, alcanzar formas de alegría o de placer que hasta entonces nos eludían.

Como solía pasar también, mientras cocinábamos nos metimos en una charla animada sobre el escritor al que los dos leíamos por entonces, que era Kurt Vonnegut. Yo sostenía a Miguel con una mano en su pecho y la otra debajo del culo, medio bailoteando, mientras Cora echaba las berenjenas en la sartén y decía que Vonnegut la hacía llorar porque con él la verdad siempre aparecía en el lugar menos esperado. "Cuando dice que la guerra la hacen los niños, por un lado dice una cosa evidente, que los soldados son muy jóvenes. Pero dice también algo más terrible: que la guerra es una cosa que viene de la infancia, que la infancia es el modo de entender el mundo que da lugar a la guerra." "Aunque los niños no lo sepan", asentí yo. "Claro,

justo porque no lo saben", dijo Cora. Durante la cena la charla derivó hacia la política, y de la guerra de Irak pasamos al diseño de los uniformes de los soldados, tema en el que mis aportes ya fueron más limitados. De cualquier forma, nos fuimos a la cama contentos y hasta hicimos, ebrios de sueño como estábamos, algo parecido al amor. Sin embargo, un buen rato después de que Cora se durmiera me quedé desvelado, mirando por la ventana.

Yo había empezado a tomar conciencia de un nuevo personaje de Cora. Los materiales para ese personaje, o algunos de los materiales, yo había podido entreverlos quizá en años precedentes; por ejemplo, desde los primeros tiempos a Cora le gustaba burlarse de las pésimas ideas prácticas de su padrastro, algo en lo que yo la secundaba de todo corazón. Por años nos reímos de la teoría de Édouard según la cual el mejor modo de mantener la mostaza en buen estado consiste en hacer un agujero en el medio. "Es el principio mismo de la conservación", decía el nabo letal. Por supuesto, lo que pasa si hacés eso es que el agua de la mostaza se va toda a ese pozo y el resto se seca y tenés que tirar el frasco. Pero Édouard era el hombre de los agujeros. Otra vez, en su casa de campo, me pidió que hiciera un asado *à l'argentine*, pero en lugar de dejarme hacer tuvo que venir a meter su manaza y hacerme un agujero en medio de las brasas, según él para que se concentrara mejor el calor. Después se alarmó porque en otra casa había un incendio y, no fueran a pensar que era culpa nuestra, se vino corriendo con un balde de agua y me apagó todo. Un genio, Édouard, esa noche cenamos fideos con aceite. Pero en otras cuestiones relativas al *cómo hacer*, Cora y yo gozábamos de un poco menos de entente; en un viaje en avión, creo que uno de los primeros, ella se sintió mal y se obsesionó con el hecho de que mucha gente estaba despatarrada o se había sacado los zapatos. A mí desde chico me ha tocado hacer viajes transatlánticos y sabía que ésa es la práctica usual, pero a Cora le causaba angustia. "A mí me gusta que la gente se quede bien sentadita en su asiento", me dijo casi llorando. "Siento que se duermen y empiezan a oler mal." A mí me afligía verla así, pero no sabía bien qué hacer por ella. Por un momento nos vi viajando en un avión lleno de zombies medio derretidos. Traté de asustarme, pero sólo me salió

una media sonrisa. En cambio, otra vez que viajamos con un contingente de cadetes de la marina, que iban de uniforme y duritos como jugadores de Metegol, Cora fue feliz. Lo cual me recuerda una discusión que tuvimos una vez, después de ver *Belleza americana*: en una escena, el sufrido Kevin Spacey hace un intento de recuperar la alegría conyugal atracándose a Annette Bening en el sofá, pero entonces ella nota que él tiene una botella de cerveza en la mano y le dice: pero qué hacés, vas a manchar el sofá. Cora sostenía que Annette Bening tenía razón. También me contó una vez que de chica la enfurecía que su hermana usara su casita de Barbie para jugar con cualquier muñeco: la casita de Barbie, sostenía Cora, es para jugar con *Barbie*, punto. En fin, son aspectos de Cora que apenas calzan con otras cosas que la he visto hacer o decir, pero todavía no es hora de hablar de eso.

Quizá un atisbo más preciso de lo que estaba pasando lo tuve cuando me invitaron a Buenos Aires a presentar un libro. Era la primera vez que alguien me pagaba un pasaje de avión por algo así y yo me sentía una mezcla de ladrón feliz y nene de orfanato recién adoptado; lo que es más, la editorial le había pagado el pasaje también a *ella*, cosa por demás inusual, y yo me pasé el viaje buscando el ambiente de sueño húmedo para el que la situación daba pie. Pero llegamos al hotel y Cora hizo algo que me heló la sangre. Era un hotel de moderado lujo, a pasos de la Plaza San Martín, y así hubiera sido un sótano con ratas yo no habría querido hacer otra cosa que saltar en la cama, hacer el amor, reírme como un imbécil. Cora entró a pasitos prudentes, mirando a un lado y a otro: evaluando. Dijo algo sobre el color de las paredes. Por fin, como si hubiera dado con lo que buscaba, fue hacia un armario grande, lo abrió y me mostró, triunfal, el televisor que había adentro: "¡Ah! ¿Podés creer el mal gusto?"

Bien: el personaje que tomó forma en Gerona combinaba esa preocupación por el diseño de las cosas con una actitud de sospecha de que el mundo es idiota y malvado y sólo espera la ocasión propicia para joderte la vida. Era un personaje con el que yo tenía más dificultades para tratar, y al que no eran ajenos el profeta ignorado, el experto en buenos modales, el ciudadano que opone su sentido común

al rodillo aplastante de la industria, el activista por los derechos civiles, el audaz diseñador de soluciones a la vez estéticas y prácticas y el rompebolas profesional. Como de costumbre, Cora se interesaba por algo y enseguida mostraba buena mano; sin embargo, como había pasado antes con la escritura, la pintura o la traducción, en el descubrimiento de esta nueva vocación hubo un no sé qué de agónico, de anudado por adentro, que me hizo temer que la abandonara también. No es fácil de explicar. Había algo enojado o revindicativo en Cora cuando me exponía una idea, que contra mi voluntad me recordaba un poco a mi tía Alba cuando decía que los médicos están confabulados para impedir que se sepa que los cristales curan. Las dos cosas evidentemente no guardan relación, pero el tono para mí era el mismo. No parecía haber mucho juego o mucha diversión en inventar objetos nuevos, ni tampoco la sonrisa del dinamitero que se dispone a poner al mundo culo para arriba; lo que yo percibía, más bien, era una especie de cólera profética, algo del cura que lanza advertencias sobre la marcha del mundo, ustedes sigan así nomás, que allá en el horno nos vamo a encontrar. Más justo, seguramente, sería compararla con un chico que aprieta los puños porque sabe de antemano que no será escuchado. Creo que Cora nunca dejó de sentirse como una niña. Creo que descubrir que yo era un niño también fue un golpe muy duro para ella. O puede también que *yo* me sintiera vagamente acusado, porque mejorar el diseño de las cosas en el fondo me resulta un empeño incomprensible: para mí, en definitiva la meta del intelecto es indagar el sentido que ya existe, en secreto, en las cosas tal como son. Tengo claro que con gente como yo jamás se habría inventado el magiclick.

Pero acá está lo interesante: a medida que Cora, sin dejar de sonreírme, sin dejar de disculparse cada vez que golpeaba la puerta de mi escritorio para traerme un tecito, levantaba esa barricada ideológica que me dejaba afuera, las destrezas mismas que usaba para hacer eso parecían acercarnos más que nunca, en los momentos en que la formidable maquinaria crítica de Cora se ejercitaba con aquello que yo intentaba hacer por entonces. Se acercaba fin de año, y como la plata que nos había quedado de la venta de la pieza disminuía cada día, yo había empezado a escribir en serio para los diarios. Es

posiblemente la relación entre costo y rendimiento más desastroza que alguien haya practicado nunca: me mataba escribiendo y corrigiendo cada nota durante una o dos semanas, para recibir meses después el equivalente a una compra de supermercado. Cuando tenía que reseñar un libro, iba a la librería y me lo compraba. Que las editoriales habrían estado muy contentas de mandarme sus novedades ni se me ocurría, y cuando se me ocurrió me dio pereza escribirles. No sabía un pomo del oficio de articulista, pero me divertía. Y lo que más me divertía era, al terminar, agarrar con las dos manos la laptop, sentarme al pie de nuestra cama, ver la sonrisa de Cora mientras dejaba su libro, cruzaba las manos sobre el regazo y se disponía a escuchar. Entonces asistía al pequeño milagro semanal por el cual esos mismos rasgos de Cora que me irritaban, la demasiada prudencia, el descontento inquisitivo, se convertían en una forja de donde mis artículos salían humillados y redimidos, exasperados y con la espalda recta. ¡Si por lo menos Cora no se dedicara más que a esto!

Sí, cuando pienso en esos días, en realidad cuando pienso en todo nuestro matrimonio, me parece encontrar, bajo los estratos geológicos hechos de personajes y correcciones a esos personajes, un núcleo vivo, un lugar donde mis miserias y las miserias de Cora, mi egoísmo infanil y el egoísmo infantil de Cora, nuestro común desvalimiento y nuestra fuerza, se cruzaron para producir algo. Los temas cambian, a veces el tono cambia también, pero en lo esencial es siempre la misma:

—Okey, entonces la parte donde se habla de los mitos de Santiago, ¿se entiende? ¿No se hace muy pesada?

—No, lo que sí me parece es que después de lo de Edwards tenés que explicar la relación con el tema del principio.

—Porque si no, parece gratuito.

—Porque si no, parece gratuito.

—Está bien. Lo anoto. Me parece bien. ¿Y esto sobre la novela de los noventa, entonces, lo saco?

—No, no lo saques, ponelo al principio.

—Estás en pedo, Cora, si lo pongo al principio no se entiende por qué después hablo de poesía.

—Sí que se entiende, volvémelo a leer en voz alta.

—Después quiero comer algo. Lograr que Miguel coma me deja tan cansado que me olvido de comer yo. ¿Vos viste alguna vez a un chico que coma tan poco?

—¿Querés que me levante y te prepare algo?

—Estaba pensando... No, no te levantes... La edición de *El Príncipe* anotada por Napoleón.

—Creía que a ese libro lo habíamos perdido. Che, pero no tengo problema en prepararte algo, ¿eh?

—No, apareció en el otro bolso. Pero pensaba en que hay una parte, no me acuerdo ahora cuál, alguna boludez sobre las leyes de Florencia, que Napoleón comenta como todo lo demás, pero en este caso escribe al margen: "Esto no me concierne". Como diciendo: Maquiavelo, acá estuviste flojo, no te diste cuenta de que esto no me sirve. Para Napoleón ese libro estaba escrito para *él*, y si alguna vez el libro cometía la falta de decir algo que no fuera relevante para él, se lo tenía que señalar.

—Creo que me gustaría ver de nuevo la película de Renoir.

—¿Renoir? Vos confundís con Abel Gance.

—¿Gance no era el de *La gran ilusión*?

—No, al revés, estás invirtiendo los nombres. ¡Qué cansancio!...

—Ja, ja, me hiciste bostezar también a mí. —Menos mal que el otro duerme.

—Bueno, me levanto a hacer algo, a mí también me dio hambre. Pero primero leeme todo de corrido, dale, así lo podés mandar. Yo te aseguro que se entiende igual.

—Te lo leo, pero quiero que sepas que sos muy tonta.

—Gracias.

—Y chiquita, y cuadradita, como un paquete postal.

—Me lo temía.

—Y te voy a dar un beso.

—Era hora.

Y sí, quizá verdaderamente no hay más que esto. Y tal vez es más que suficiente.

Cuando volvimos de nuestra visita a Buenos Aires, la única de ese año, los problemas de plata se habían agravado. Traté de escribir más

rápido, sobre lo que viniera, fui a ver una película de Polanski para reseñarla, en un cine donde la daban doblada y donde gordas con sombreros de paja y bocadillos de jamón que masticaban con la boca abierta le gritaban a la pantalla: “¡Oliver, *cuidao*, que te van a matar!” Por desgracia me gustó tanto que me compré la filmografía completa de Polanski y al cabo de un mes terminé un ensayo que, cuando me lo pagaron, cubrió como mínimo el precio de la entrada al cine. Traduje del francés un libro horrible. Redacté, para una colección de clásicos que un banco regalaba a sus clientes, una serie de biografías de los autores, lo cual trajo más entusiasmo y más gastos en libros. De momento cada nuevo trabajo era un azote mayor para nuestra economía, me sentía como una lavandera a la que todos los hombres prometen un hogar y después abandonan embarazada y con los gastos a cuestas. Y hablando de embarazos, Cora quiso que nuestro segundo hijo naciera en casa. No quería más asistencia que una partera. Yo protesté, pero Cora se mantuvo en sus trece: el miedo a verse acorralada otra vez en un callejón oscuro por una banda de médicos furiosos era demasiado. Como pasaba siempre, sin embargo, Cora justificó sus temores con un discurso proselitista tan fogoso, y tan bien articulado, que yo me creí que en efecto hacía aquello por razones estrictamente doctrinales. No creía que tuviera miedo a verse desvalida entre extraños; creía que había visto demasiadas veces *El rey león*. De todas maneras, al final no hubo tal porque Nicolás fue prematuro, lo que nos obligó a salir corriendo a las tres de la mañana al hospital. Recuerdo el ruido que hacía, al rebotar contra la pared, la pelota terapéutica con la que Miguel y yo jugamos en el pasillo, mientras en la sala contigua se oían los jadeos de Cora. El eco de cada rebote, lo recuerdo bien, como si estuviéramos en un galpón vacío, y mi extrañeza porque nadie nos llamaba a silencio, hasta que a Miguel le dio sueño y nos acostamos los dos en una habitación libre que había al lado. Por la puerta entreabierta seguimos escuchando el trabajo de parto. Miguel me preguntó si mamá ya había terminado y le dije que todavía no. “Pero pronto termina”, le dije. Miguel asintió y cerró los ojos. Pero creo que tardó en dormirse. La imagen del padre niño y del hijo niño, abrazados en la semioscuridad, en una cama de hospital, es

melancólica por un momento. Después, como si el foco de la cámara se reajustara, retrocede hasta integrarse a la comedia del tiempo.

Pero el personaje de la comedia, ¿quién era? Si algo da cuenta de la era diferente en la que estábamos entrando, es mi dificultad para reconocerme en el tipo que ahora, con el sol ya bastante alto en el cielo, sale con Miguel dormido en brazos, da unos pasos por el estacionamiento y emprende la vuelta a casa. Tiene los hombros cargados, subió de peso, tiene los ojos chiquitos por el sueño o por algo parecido al sueño, es alto y con orejas enormes, es el Hombre Elefante. Visto desde acá, merece el Nobel de la Paz: no sólo baña seguido al nene, no sólo se levanta cada madrugada a las tres, calienta leche, pone el chocolate, sacude la mamadera con el dedo gordo en el agujerito para no salpicar y se la encaja a Miguel; no sólo suele cocinar, barrer, lavar platos, dar largos paseos con el nene para que mamá descanse, sino que además canta. ¿Y cuál es el valor de todo esto, en términos ontológicos? Yo creo que se acerca a cero. En toda esta devoción hay tanta presencia de un ser humano vivo como si la ejerciera la aspiradora. Enamorado de mi propio sacrificio, menos padre que ayudante de Cora, van a pasar años antes de que yo esté presente como hombre en la vida de mi hijo. En cuanto a mi amor por él, y después por su hermano, fue más o menos el piloto de un calefón, escondido en la base de la estructura de lata, a la espera del día en que alguien abriera el agua caliente y el fuego pudiera volver a expandirse. ¿Y por qué el Hombre Elefante necesitaba tanto tocar a Miguel, tirarlo al aire y atajarlo, rodar con él por la alfombra, tirarse en el piso y levantarlo sobre las plantas de los pies, soplarle con la trompa en la panza para producir un ruido parecido a un pedo? En realidad no era para tocar a Miguel, sino para que Miguel lo tocara *a él*. Esos juegos generaban justo el calor suficiente para derretir por un momento el hielo de la ventana y permitir que yo lo viera. Yo le estoy agradecido al Hombre Elefante, pobre y mustio animal de matadero, porque dentro de su lento, espeso, letárgico mundo mental, supo que era necesario que al menos cada tanto, mientras durara aquella era glacial, yo pudiera estar con mi hijo.

Sí, supongo que es mejor llamar a las cosas por su nombre. Cuando

la expansión de un matrimonio alcanza el límite, o bien se disuelve, o bien se resuelve en guerra fría. Pero para establecer las líneas de demarcación, los checkpoints, las bases, las alianzas estratégicas, para decretar las *no man's lands* y desenrollar los alambres de púa, necesitábamos más espacio y más dinero. Estábamos con deudas hasta el cuello. Un instituto de enseñanza privada en Chile me había ofrecido pasar cuatro meses allá como escritor residente y la plata que ofrecían, la mitad de un sueldo mínimo en Cataluña, nos hacía dar vuelta los ojos como las rueditas de un Black Jack. ¡Las cosas que nos íbamos a poder comprar! ¡La seguridad! ¡No había cosa para la cual ese sueldo no alcanzara! Para cuando nos compramos los pasajes, nos quedaba lo justo de fuerza para sentir dos urgencias: el cuidado de Nicolás y Miguel, y la supervivencia material. Lo demás había pasado al dominio de la especulación. Por ejemplo, yo hacía tiempo que no sabía ya si tenía *deseos* de acostarme con Cora; lo que sabía era que preservar nuestra historia, la historia de salvación de a dos que había tomado forma en París, lejos de hacerse menos urgente, se me había vuelto más indispensable, quizá porque a medida que Cora se interesaba más por cosas que me eran ajenas, yo me esforzaba más en ordenar el mundo a través de ella, en articular la historia con nuestro lenguaje, y por eso cuando Cora volvió a argumentar a favor de una relación que tolerase aventuras con otros, finalmente acepté. "Nosotros somos diferentes de otras parejas… Podemos concedernos esas experiencias y después nos reímos de todo… ¿Qué te parece?" Creo que fue esa idea del acuerdo entre potencias lo que me ganó; con esa imagen de nosotros yo podía pactar. Que aquello significaba sobre todo librar la guerra por medio de terceros, que Cora proponía, no sin cierta lógica, evitar la conflagración universal, por ahora, cogiendo con Vietnam o con Corea, vagamente lo notaba también, pero como siempre me las arreglé para ignorarlo.

No soportas la cosa en la que me he convertido. Prefieres con mucho al caballero que era antes. Era tan fácil derrotarme, era tan fácil controlarme. Ni siquiera sabía que había una guerra.

¿Por qué no vuelves a la guerra

antes que nos lastime?
¿Por qué no vuelves a la guerra?
¿Me escuchas cuando te hablo?

Y sin embargo, carajo. Y sin embargo. Releo lo anterior y siento que no es toda la verdad. A medida que acumulo páginas de esta pequeña historia empiezo a percibir, en esos días de enfrentamiento incipiente, un movimiento doble. Cora se pierde a sí misma, yo me pierdo a mí mismo, pero algo se está formando también. Algo se sacrifica, en cierto modo mi vida entera se sacrifica, pero el *instrumento* con el que el sacrificio está siendo consumado es una cosa —¿puede ser que lo vea recién ahora?— que yo deseaba. Por supuesto, me duele lo que tengo que amputar de mí mismo para seguir con Cora, pero cada vez me resulta más interesante el bisturí. La obsesión por mantener nuestra historia en pie, el esfuerzo desquiciante para hacer encajar las piezas, está imprimiendo en mis órganos internos algo que sólo puedo llamar la forma, y los límites de la forma. Y cómo no volver a pensar, entonces, en la cuestión de Swann, en la construcción del personaje. Proust no lo dice, pero cuando uno repasa la historia enigmática de Swann —enigmática porque, no obstante las circunstancias que lo van aprisionando, es imposible decidirse a ver a Swann *sólo* como víctima —, una sospecha nace: Swann está atrapado en la persecución de Odette, pero pasado cierto punto lo importante para él en ese juego es otra cosa. La persecución, sin quererlo, engendró cierto conocimiento inesperado, ciertas involuntarias destrezas, y esas cosas terminan por ser más importantes que aquello que el perseguidor se propuso en un principio.

Y vuelvo una vez más a Lester: se separó de Nataly, por supuesto. Yo no sabía, la última vez que los vi juntos, que esa relación estaba ya en tiempo de descuento; pero ahora que pienso en eso puedo hacerme una idea, aunque sea parcialmente imaginada, de lo que pasaba, no digo en la vida de Lester, sino en un dominio donde la decepción de Lester en el amor pudiera convertirse en decepción de la *forma* del relato del amor, y así cobrar un sentido nuevo. Llegué temprano a la sala donde iba a tocar. Ahí estaba la banda, un poco nerviosa,

tomando cerveza en el camerino. Nataly fumaba, charlaba un poquito con éste o aquél. No me pareció notar nada raro en ella, salvo cierta parquedad, por otra parte muy suya, pero más tarde supe que esa mañana habían tenido otra pelea y que Lester dormía en un colchón en el living. Cuando Lester ya estaba arriba del escenario, Nataly se le acercó, le puso una mano en el pie y le dijo con suavidad: "Les, está todavía un poquito fuerte el eco..." Qué sé yo qué confidencias redentoras o qué recriminaciones quería comunicarle con eso. O a lo mejor no quería decir nada, sólo que estaba un poco fuerte el eco. Nataly tenía una sonrisa que ahora en el recuerdo me parece triste, y después se fue a sentar al fondo. Esa noche Lester no tocó bien: la música sonó impecable pero fría, la voz de Lester como impostada, como si tocara con dedos tan rígidos que sólo podía producir un sonido de máquina. Pero el agarrotamiento que debía sentir, la tensión del tórax que no puede permitirse respirar a sus anchas porque si se relajara la desbandada podría ser catastrófica, tengo razones de pensar que no fueron ajenas al vuelco que algunos, meses más tarde, notamos en su música.

Acceder a la conciencia de la forma —no la forma que sostiene a la novela convencional, sino la crucial, la que vertebra al amor y también ahoga al amor— no es precisamente una bendición. Comprender que el relato del amor no está prefijado, que amar no es descifrar un texto invisible que nos tentaría considerar como un destino, sino apenas una historia verosímil que también podría haber sido otra, equivale a perder la fe. Todo el desquiciante sentimiento de traición, de estafa, todos los "cómo pudiste" y los "por qué a mí", van dirigidos menos a una persona que a esa forma del relato que se revela contingente. Para mi amigo Rosiecki, por citar otro ejemplo, significó un abismo. Fue Arturo Dailoff el que lo vio, en su departamento del Jardín Botánico, en los últimos días de su matrimonio. Estaba de paso en uno de tantos viajes, Arturo, y sin pensarlo se invitó a lo de los Rosiecki. Lo que vio lo dejó consternado. "Rosiecki lloraba todo el día", me contó. "Cuando Verónica entraba en la pieza, él trataba de sonreír. Ella le decía que salía a hacer una compra. O a tomar su clase de italiano. El tipo, con la boca apretada, le decía que muy bien. Pero

antes que ella saliera se ponía a llorar de nuevo. Ella le decía, pero Dante, vos ves que estoy ocupada, no me hagas esto ahora. Y él: no, andá, no hay problema. Pero seguía llorando, y ella a veces se quedaba a consolarlo y otras veces decía *va fangulo* y salía igual. Era horrible verlo, boludo. Un tipo de treinta y dos años. No me quise quedar a ver cómo llegaba el día en que ella hacía la valija y Rosiecki la seguía hasta la puerta como un perro."

Lester es un caso un poco diferente. Menos frágil, o más impaciente, fue él quien dio el paso de romper con Nataly, pero las consecuencias no fueron menos violentas. Dice Lester que por varias semanas tuvo miedo de volverse loco. Se levantaba a las seis, porque no podía seguir durmiendo, prendía un cigarrillo y salía a caminar. Es raro imaginarlo en esta ciudad donde yo vivo ahora, saliendo de un piso amueblado parecido a éste que yo ocupo, bajando por el Paseo Sant Joan hasta Urquinaona, y de ahí por las callecitas tortuosas hasta el mar. Una vez pasó delante del departamento que había compartido con Nataly, y en ese momento sintió que la realidad se distendía, que el piso se volvía demasiado blando para sostenerlo. Tuvo *miedo* de verdad, como yo ahora tengo miedo de verdad. Dice Lester que al poco tiempo se tomó el avión y fue a refugiarse en la casa de su productor, en Buenos Aires, donde por seis meses no hizo otra cosa que nadar en la pileta y grabar, con lentitud doliente, algunas pistas. Pero cuando yo recibí esas grabaciones, algo había cambiado. Cada progresión de acordes clásica era seguida por una disonancia que parecía burlarse de lo anterior. Cataratas de notas que parecían caóticas eran detenidas de golpe por una estructura de tres acordes dura como bronce. Las letras eran irónicas cuando la música era desesperada. No había frialdad y tampoco había patetismo, sino un afirmarse y desmentirse, un llenarse y vaciarse de la forma, que me hizo pensar en la palabra guerra, y después me hizo pensar en la palabra respiración.

La paradoja de la persecución amorosa radica en que es un movimiento hacia adelante cuya meta es convertirse en una imagen estática, eterna. Cuando la persecución fracasa, la identidad puede no sobrevivir. Pero si la identidad sobrevive, el personaje puede construirse de un modo diferente. En vez de apoyarse en el relato del

amor, la identidad se fundará en la conciencia cruel de que la forma del relato es necesaria, pero también es perenne. Cuando todo el producto del esfuerzo se pierde, cuando el intento de crear la realidad del amor por un acto sostenido de la voluntad aparece por fin impotente, desaparece también la noción de responsabilidad. Fue la responsabilidad, la convicción de que la historia dependía de nuestro esfuerzo, lo que nos arrancó de la infancia. Pero si la responsabilidad se revela como ilusión, ¿el corolario no debe ser que de la infancia no hemos salido nunca? Y la narración, entonces, ¿no debería volver a integrar a la responsabilidad, como una ilusión más, dentro del marco de la infancia? En adelante, el personaje no será perseguidor ni perseguido, ni obseso ni indiferente, ni preso del relato ni del todo afuera, sino una cosa y la otra al mismo tiempo. Inocente y responsable. Aniquilado y entero. Enmascarado y desnudo. Vivo.

SEGUNDA PARTE

1

La cosa era que Cora *ya no* quería más el departamento. Lo habían visitado, habían estado de acuerdo en que era un poco chico y faltaba luz en el living, pero en cambio estaba en una de las calles más lindas de Santiago, a dos cuadras de la Plaza Ñuñoa, y los dormitorios eran amplios y había un jardín con juegos para chicos, en fin, qué carajo más quería (le decía él), ella que decía que no podía más de vivir en el departamento amueblado de Providencia, y se le olvidaba agregar que el alquiler estaba a su alcance, más o menos la mitad del sueldo de él en el instituto, algo que ella no parecía creer que mereciera tomarse en cuenta, pero que para él, en su nuevo papel de padre de familia responsable, era cuestión de principios. "Pero si recién dijiste que te gustaba", dijo él, cuando bajaron a la calle. "Por eso dejé el cheque con la seña. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Tocarle el timbre y decirle que me lo devuelva?" "Lo siento, lo siento muchísimo", dijo Cora y empezó a llorar. "No lo sientas", dijo él, "pero explicame cuál es el problema." Y Cora dijo: "Toda mi vida acepté que me impongan el lugar donde tengo que vivir. Nunca es el lugar que yo quiero. Por una vez, quiero decir lo que siento". Él se fue a dar su clase, muy enojado, y Cora fue a buscar a los chicos al jardín de infantes.

Cora todavía no lo sabe, pero le gusta Chile. En este lugar donde Gonzalo se ahoga, donde cada día le parece hundirse un poco más en la mugre y donde corre por las calles como un ratón atrapado, ella tiene la ventaja de saber *orientarse*. Ciertamente, está de acuerdo con Gonzalo en que es la ciudad más fea en la que han vivido. Por supuesto, ella también se burla de los rascacielos espejados, también se dice ofendida por la opresión marcial de esos helicópteros de

carabineros que sobrevuelan Santiago. Protesta con él contra la comida sin gracia, los eternos trajes marrones, las caras tristes, las vitrinas de las tiendas de la avenida Irarrázaval con sus telarañas que nadie, en el insondable abismo de la desgana chilena, que por momentos parece una forma de protesta y por momentos una curiosa forma de poesía, cree necesario limpiar. Por encima de todo, la indigna la insolencia de los barrios altos: esos portones tipo búnker, dice, preparados para resistir cualquier asedio del *roterío*, esas calles impolutas y desiertas salvo por la ocasional *pickup* marca Hyundai o Daihatsu que emerge de una reja corrediza para llevar a los pendejitos rubios al colegio. "Están ahí, encerrados en sus casas, con sus bicicletas fijas", se indigna Cora. "Hablando de las vacaciones, ay pero qué horror de *rasca* que se ha puesto Miami, oye", los imita, "y ya ni al Parque Arauco se puede ir, puros *flaites* que dan miedo, oye. Y la *nana* que les sirve *agüitas* y ellos que le hacen esa cosa suplicante que usan con los sirvientes, *ay* Marisol, *sería* usted tan amable de traerme los laxantes, ay se pasó, un *miión*. Se creen que hacen lo que quieren y no se dan cuenta de que están más encerrados que nadie."

No nos equivoquemos: Cora *está* deprimida. En los primeros días, que pasaron en la casa del padre de él, se vino abajo por completo. Se pasaba las tardes llorando, mientras él iba a encontrarse con sus amigos escritores o a cobrar sus artículos en la revista, la revista o el diario o el semanario, ella no se acordaba bien, últimamente se le confundía todo, se odiaba a sí misma por ocuparse de su bebé sin alegría, soy una madre triste, se decía, como si fuera el peor insulto posible, y pensaba que no merecía tener hijos y tenía miedo de admitir que por momentos, cuando el cansancio la desesperaba (Nicolás era un bebé más difícil que el carajo), lamentaba un poco haberlo tenido. Con Gonzalo no podía hablar: Gonzalo volvía de sus quehaceres agotado también, apenas le preguntaba cómo estaba ella y se ponía a hablar de sus alumnos, del tráfico de Santiago, de sus peleas con el gestor de proyectos, de los descuentos que tenía en su sueldo por la seguridad social. Parecía un oficinista, o peor, un niño disfrazado de oficinista. Pero la verdad era que cuando Gonzalo se ponía otra vez en artista y hablaba de sus futuros libros, o se lanzaba a

una diatriba contra alguna corriente literaria o algún escritor de moda, ella se aburría igual; la verdad era que las exaltaciones de Gonzalo, que en una época habían llenado el universo mental de Cora, ahora le resultaban un estorbo. Y no porque hubieran cambiado, sino porque el lugar que habían elegido para vivir le había devuelto, cuando menos lo esperaba, el don de *orientarse*. Y para empezar a marchar en la dirección que su recién recuperado sentido de la orientación le indicaba, no podía prestar atención a las exaltaciones de nadie, menos que ninguna las de Gonzalo.

Como otros de nuestra generación, Cora había nacido en la confluencia de dos clases sociales. Su madre, de familia acomodada, había tenido un encaprichamiento con el hijo de un obrero textil. Cuando el encaprichamiento pasó, cuando Barbara sintió la necesidad de volver a su clase de origen y se casó con Édouard, esto representó para Cora no sólo un desastre personal, que le dejó una nostalgia salvaje de su padre proletario, sino que además imprimió en sus huesos una desconfianza, que nunca la abandonó, en los refugios de la burguesía. Desde chica supo que los refugios imaginarios que la clase pudiente construye para desafiar el paso del tiempo, para expulsar a la muerte, para acumular para cuando vengan días peores, para convencerse de que nada es irremediable, invariablemente nos traicionan. La madre de Cora cambió la intemperie en que vivía con su primer marido por la seguridad que representaba Édouard; pero para Cora esa seguridad fue una opresión. No quería a Édouard, pero Édouard esperaba ser querido por ella. No aceptaba las reglas de Édouard, pero si no las cumplía recibía de Édouard un castigo. Y además, ¿qué seguridad representaba, realmente, aquello? ¡Si de todas maneras dormía doblada en una colchoneta! ¡Si igual estaba expuesta a que un novio le insistiera para acostarse juntos bajo un puente, y Cora terminaba con la espalda raspada y la humillación en el cuerpo, y cuando trataba de pedir ayuda a su madre ésta le daba a entender, o eso le parecía a Cora, que no se podía hacer nada, que las mujeres sólo podemos ceder ante la voluntad de los hombres y aunque sea humillante no hay otra elección posible! ¡Si hasta la misma madre de Cora, en la supuesta seguridad de esa casa, estaba desprotegida! ¿No

había ocurrido acaso que Cora en mitad de la noche la escuchara gemir, y al día siguiente le preguntó angustiada si le dolía algo y en el silencio abochornado de la madre Cora percibió algo sucio que delataba, una vez más, el desamparo? Pero las cosas fueron más lejos: porque cuando Cora, a los diecisiete años, rompió la hoja de su examen, abandonó el colegio y se fue a las Antillas a vivir con su padre, éste demostró que tampoco podía protegerla: tanto y tanto soñar con él, y cuando Cora está a su cargo el padre tampoco impide que ella se vaya a una fiesta a cualquier hora, por el camino costero, y le pase lo que le pasó. Nada de este mundo que se presente como un refugio, supo Cora entonces, puede ser otra cosa que una trampa; pero cuando conoció a Gonzalo, contra lo que había aprendido, por un tiempo volvió a creer en el refugio. Lo creyó porque Gonzalo era tan extranjero, porque tenía el pelo tan largo, porque parecía tan incomprendido. Lo creyó porque Gonzalo, con su acento tan gracioso, con sus abrigos raídos, parecía amarla justo por lo que Cora deseaba ser amada: por su condición de prescindente, de refractaria, de exiliada voluntaria en su propia casa. No había tardado mucho en ver que aquél también era un falso refugio: Gonzalo también quería algo de ella —acostarse con ella, ser apoyado por ella en su carrera—, con Gonzalo también estaba desprotegida, aunque Gonzalo insistía en que los dos eran rebeldes y Cora encontraba difícil demostrar que aquello no era cierto.

Pero ahora están en un lugar donde la opresión sale a relucir cada día. Pintada en las caras resentidas de las floristas. Sonando en las canciones de los guitarreros de colectivo. Dramatizada en cada uniforme verde oliva. Han venido a vivir a una ciudad donde la estafa de los falsos refugios no está disimulada, sino que le sale al encuentro en cada calle del barrio, en la casa de sus suegros, en las casas de los amigos, en el instituto donde su marido trabaja. Y por eso Cora, aunque esté deprimida, en el fondo está a gusto en Chile. Mira el carro antidisturbios, con su siniestro parabrisas protegido por una red de metal, estacionado en forma permanente en la avenida Macul, entre el lavadero de autos y el McDonald’s. Mira a los limpiadores de vidrios de los semáforos, que se acercan tratándote de *caballero*, con el

servilismo cazurro de generaciones y generaciones de condenados a vivir de las migas que desechan otros. Mira a los estudiantes que periódicamente marchan por la Alameda para pedir un lápiz más y son apaleados hasta la inconsciencia, mira a los beneficiarios de ese orden sumando alarmas antirrobo, entrenando a sus perros para matar, en sus barrios exclusivos. Mira a su marido, que vuelve de trabajar en uno de tantos reductos donde los hijos de los privilegiados, más que educarse, aprenden a reconocerse oliéndose mutuamente el culo. Y aunque Gonzalo protesta y se queja, Cora sabe que él en lo más íntimo ha apostado hace tiempo al refugio que representan lugares como ése y que eso no va a cambiar. Y se siente bien. Se siente orientada. Por primera vez en años, sabe de qué lado está y hacia dónde se dirige. Es posible que los odios y lealtades de Cora se hayan forjado sobre hechos en gran medida imaginarios. Pero el escenario en el que ahora se despliegan es real; y por eso, aunque en otro lugar podrían extraviarla, en Santiago los instintos de Cora la llevan justo adonde necesita. Para empezar, piensa, mientras se seca las lágrimas, necesita *no* alquilar ese departamento.

Todo esto, por supuesto, es ficción; todo lo que yo pueda escribir sobre Cora nunca será otra cosa que especulaciones, ya que la única historia que puedo contar, y ni siquiera con certeza, ahora que mi propia identidad aparece como nunca dudosa tras el paso arrasador del amor, pero digamos con alguna legitimidad, es la historia de mi propio derrumbe, quiero decir el derrumbe de la historia que había imaginado cuando conocí a Cora, y la desintegración del personaje que esa historia había vuelto posible.

Sin embargo, es una especulación verosímil: es cierto que la disgregación de nuestro matrimonio para mí es inseparable de Santiago, y que la ilustración más elocuente de esa disgregación fue la forma en que Cora se movía por Santiago con seguridad creciente mientras que yo me sentía cada vez más perdido. Lo gracioso (ya que sobran paradojas, qué nos hace una más) es que mi extravío consistió en acumular progresos en mi trabajo. A dos días de llegar, Pedro Barros, el editor de *La semana*, me propuso escribir una página sobre

televisión. Las oficinas quedaban en una de esas avenidas que están en el centro y sin embargo parecen descampados, hasta que te encontrás con el megaedificio espejado con fuentes de mármol y cascadas artificiales y helipuerto. Y aunque era una gran oportunidad tener página propia en una revista como ésa, lo que más recuerdo son las puertas de vidrio, el ficherito de plástico donde el portero te guardaba la cédula, las lucecitas que se prendían cuando apoyabas una tarjeta para que se abriera la puerta del ascensor, me parecía que mi obligación, más que escribir, era aprender a usar esos aparatos. Más o menos lo mismo con el Instituto: tenía que dar clases tres veces por semana, pero lo que realmente hacía era usar el colectivo amarillo que tomaba en la esquina de Irarrázaval y Jorge Washington, la plaquita de metal con mi nombre, la fotocopiadora del tercer piso. Una mañana entra Golo Martínez de Villagrán, el gestor de proyectos, y me dice que no puedo limitarme a dar las clases, si quiero que me hagan un contrato fijo tengo que hacer algo espectacular. Yo me asusto y organizo una videoconferencia con un escritor inglés, y el laborioso Golo se las arregló para convencer a sus compinches del canal trece para que la conferencia pasara también por televisión, y cuanto mejor me salían las cosas más miedo tenía, pero unos días más tarde del piso de arriba bajó flotando el rumor de que *podía* haber, en efecto, un contrato para mí en camino.

Cora encontró otro departamento que le gustaba más, con una barbaridad de luz, que costaba casi el doble, pero me dijo que eso era lo que necesitaba para ser feliz, esas palabras usó, lo cual era sospechoso dado que a Cora siempre le había gustado hacer profesión de pobreza, y más sospechoso todavía porque eso también me lo dijo llorando. Desesperado por confirmar lo del contrato y por saber cuánto me iban a pagar, apelé al gestor. “Pero claro, chini”, pió Golo, abriendo los bracitos para recibirme, “si tú sabís que yo considero un honor tener aquí a un literato como tú, lo que necesites yo te lo averiguo.” Era una tarde deprimente de mayo, afuera se veía la cordillera hundida en un caldo que evocaba la hepatitis. Golo es bajo, sin cuello, está enamorado de mí y dispuesto a usar su *savoir-faire* de intrigante académico para mi beneficio. Me doy cuenta de que voy a

trabajar con ese hombre mientras esté en Chile, y casi enseguida tengo una visión de mis pelotas guardadas en la caja fuerte en un banco suizo. Golo me dijo que el decano barajaba ofrecerme novecientos mil, pero él estaba dispuesto a bregar para que llegara a un millón doscientos. ¿Podía darle una semana? Cuando me iba, me puso en la muñeca una manito pecosa, como de viejo, y me dijo que quería saber una sola cosa: "¿Me prometís que si logro tu contrato te quedái a vivir en Chile?" Yo miré una vez más la cordillera agonizante, me pareció que el ángel de Jacob pasaba, victorioso, haciéndome con los dedos el signo de la figa, después me di cuenta de que era un helicóptero de carabineros, compuse una sonrisa y dije que nada me gustaría más.

Dos días después, estoy asustado de nuevo. Estuve más o menos una hora parado en un puente sobre el Mapocho, mirando a un lado las verjas de un barrio residencial, de esos con Apolos de yeso en el jardín, y del otro las torres espejadas del Santiago que se imagina Sydney o Kuala Lumpur. Ignoré, en mi celular, tres llamadas de la dueña del departamento. Como seguía exasperado con Cora, me tomé un café con mi padre en "Le Fournil". Mi padre es uno que nunca se llevó muy bien con Cora, a decir verdad nunca se llevó bien con ninguna mujer que no sea la giganta de Baudelaire, pero yo sabía que algo en la fragilidad de Cora, en su cortesía distante, en su elusividad, lo había puesto nervioso siempre. Salvo que esta vez, en vez de defenderla, lo que yo quería era pasarme de rosca atacándola para que *él*, mi viejo, se sintiera obligado a hablar a su favor. La finta me salió bien hasta por ahí; por un lado, ante mis quejas —que Cora estaba deprimida, dije, que lloraba todo el día, que no me ayudaba nada en la instalación— mi padre sí que la defendió. "Tú ahora hablas golpeadito porque llegaste invitado por el Instituto, pero si hubieras venido por tu cuenta te quiero ver." Por otro me descorazonó el aspecto de mi viejo, estaba con el pelo medio sucio, demasiado largo, como un mendigo, lo cual hacía un efecto decadente combinado con el traje de tweed con chaleco y el reloj de oro. Parecía más que de costumbre hastiado de la vida y, salvo que yo imaginara cosas, discretamente decepcionado de tenerme viviendo ahí.

A eso de las cuatro llamé otra vez a Golo. Me dijo que tuviera

paciencia, chini, que si yo confiaba *ciegamente* en él ya iba a ver cómo nos sonreía la vida. Entonces me dio por tomarme un colectivo y desde la Plaza Ñuñoa caminé hasta el departamento que habíamos elegido en primer lugar. ¿Qué tenían, al final, los departamentos y las casas en Chile, que me atraía y me dolía así? Estaba la casa de mi padre, esa hazaña lecorbusieriana con el cielo raso curvado hacia abajo como la panza de una ballena, con los regadores automáticos y los fetiches de Bali y las estatuillas africanas y las fotos que atestiguaban una vida de gente viajada, culta y con dinero. Estaba, en Viña del Mar, la casa de mis abuelos con techo a dos aguas y su olor a pis de gato, y en el campo, a media hora de Santiago, la casa de mi tío Francisco donde uno podía estar seguro de encontrar en cada pieza una pila de revistas *Life* o *Marie Claire* descoloridas de los años sesenta. Se me ocurrió pensar que en Chile, más que en ningún otro lugar que yo conociera, había casas de gente con quien tenía lazos de sangre. ¡Lazos de sangre! Era un pensamiento idiota, además de un pensamiento que me causaba repulsión y miedo, pero ahí estaba.

—Entendámonos —le dije a Cora esa noche, cuando volví al living, después de comprobar que los chicos dormían—. ¿Vos estás arrepentida de haber venido acá? ¿Vos no querés vivir más conmigo?

—No me grites —dijo Cora—. ¿Cómo me podés preguntar una cosa así?

—No hacés nada. Llorás por todo. Te pedí que por lo menos compres una cafetera y ni eso podés hacer.

—Cuido a los chicos todo el día, Gonzalo.

—Ya sé que cuidás a los chicos todo el día, no quiero decir eso, lo que trato de decirte es... —me apreté los ojos, los abrí. Que no importaban los sacrificios que tuviéramos que hacer ahora, eso quería decirle. Que sólo importaba lo que venía, pero de repente me sentí demasiado cansado para decirlo.

—Lo que a mí me parece es que no me querés más *vos* —dijo Cora.

Me puse sarcástico.

—¿Eso pensás realmente?

—Gonzalo, ¿no podés entender que me da pena lo que dejamos atrás?

—¡Eso es lo que menos entiendo! ¿No decías que querías cambiar? ¿Ahora resulta que Gerona era tu lugar perfecto? ¿Dejar atrás *qué*?

Cora bajó la vista y no dijo nada.

—Mirá —dije con tono más suave—. Yo quiero que estés contenta. Me dijiste que querías el departamento grande en vez del otro. Yo estoy trabajando para que podamos tomar el grande...

—Uy, mi amor —se tapó la boca alarmada Cora—: ¿le avisaste a la dueña que al final no lo queremos?

—Por supuesto, y mañana a la mañana firmo el contrato en el Instituto, y podemos tomar el departamento que te gusta.

Por supuesto a la mañana siguiente no había contrato, y por supuesto era mentira que yo hubiera hablado con la dueña, de quien tenía ya siete mensajes que ni me había animado a escuchar. Apenas toqué la puerta de su oficina salió Golo haciendo aspavientos y me dijo que lo acompañara. Lo que siguió fue una película de suspenso berreta en *fast forward*. "Pero vos me dijiste que era cosa hecha...", protesté mientras tomábamos un taxi. Golo me tiró una mirada tipo vedette con dignidad herida y me dijo: "Te dije que lo iba a resolver y lo voy a resolver". Se puso a marcar números y yo pensé chau, olvidate. Golo me preguntó si creía que era posible enseñar a escribir. Como yo le contestaba cualquier cosa, insistió: "¿Pero tú pensai que escribir es importante?" "¿Dónde estamos, Golo?" Porque Golo, entre una pregunta boluda y otra, había seguido haciendo llamadas, y aunque yo estaba al lado no entendía gran cosa, salvo que preguntaba por personas que parecían importantes, y supuse que era gente del Instituto, pero este edificio por cuyo ascensor subíamos ahora no parecía tener nada de académico. "Es el dentista", me dijo Golo. "Tengo que arreglarme una muela. Y tú me vai a acompañar, porque hoy a las cinco tu problema está arreglado."

"Antes te pregunté si escribir es importante", me dijo después, en otro taxi, "porque necesito que lo podái explicar. El Instituto no tiene presupuesto, así que te vamos a conseguir un auspiciante privado." Después tuvo lugar una de las escenas más raras que vi en mi vida. En una sala de reuniones muy paqueta, con sedantes cuadros de caballos y bandejitas con tazas minúsculas de Nescafé, Golo y un señor con

traje marrón hicieron lo que a mí me pareció hablar del tiempo o de la salud de los parientes. Yo mantenía por si acaso una sonrisa de madera. De repente Golo extendió la palma abierta hacia mí y dijo algo así como: "... Por esta razón, justamente, que el profesor te va a explicar". Y yo como un muñeco a resorte abrí la boca y largué un discurso sobre la importancia de enseñar literatura en el mundo de hoy. Me parecía que ahora todos, incluido el señor marrón, nos íbamos a dar unas palmadas y nos íbamos a reír de la broma, pero el hombre me dio la mano y Golo le dio varias veces las gracias y dijo que entonces quedábamos para firmar el convenio de auspicio el catorce de junio.

—Era un primo suyo —confirmó mi padre, cuando conté la historia —. Obvio. Los Martínez de Villagrán son dueños de medio Chile. No te va a costar mucho encontrar sponsors, si tus cosas las maneja este muchacho.

—¿Vos conseguís trabajo porque te hacen gancho tus parientes?

Mi padre dijo que no, que él tenía parientes jodidos y que había pasado demasiados años fuera de Chile y ahora no tenía quién lo ayudara en ninguna parte, pero repitió que a mí me veía muy bien encaminado para triunfar en Santiago. Quedaba blanquear las cosas con la dueña del primer departamento. Desde ya, no me animé a decirle que después de hacerla esperar dos semanas nos echábamos atrás porque sí. Opté por hacerle un teatro descomunal, inventé que mi mujer y yo nos íbamos a separar y que eran circunstancias que escapaban a mi control. Dije que antes había sido diferente, que al principio nuestro amor había parecido una cosa que podía sobreponerse a todo y que yo había estado dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, pero que después algo había cambiado, ella había desertado y me había dejado solo, y yo no podía seguir así. ¿O era —y ensayé una cara con ojos desorbitados— que lo que ella necesitaba era justo lo que yo no podía darle? Incluso, en un arranque de inspiración que me hizo felicitarme por lo buen actor que era, me interrumpí en medio de una frase y como si me hablara a mí mismo dije: "Pero ahora ya no tiene solución. ¿O no tenía solución desde el principio?" Al final lo único que perdimos fue la seña, cosa que tampoco me

importó mucho porque una semana más tarde se firmó el auspicio y dos días después tuve mi contrato en el Instituto.

2

Debe haber sido hacia el segundo año en Chile cuando me di cuenta de que Cora no reaccionaba más a mis palabras o mis actos. En la superficie podía afectarla, un gesto cariñoso la hacía sonreír, una palabra dura la hacía llorar a veces; pero por debajo había una Cora que ahora, no importaba lo que yo hiciera, estaba fuera de mi alcance. Una sensación rara, como estar en un auto cuando se cortan los fierros que conectan el volante con las ruedas. Tiene que haber sido un proceso gradual, por supuesto, pero yo estaba tan hundido en las luchas diarias con Golo en el Instituto, tan furioso contra la computadora que nunca me mostraba mi libro terminado y tan acostumbrado al suave zumbido de fondo de mi descontento con la misma Cora, que sólo empecé a entender algo cuando se acostó con aquel tipo.

Era otra de tantas cosas que yo la había empujado a hacer, como buscar trabajo de maestra en un colegio o salir aunque fuera de vez en cuando con amigas, en parte porque me sentía culpable de acostarme con otras mientras Cora no salía nunca de casa, y también, francamente, porque si tenía que pasar alguna vez quería ser *yo* quien lo decidiera. Fue todo un evento, esa primera vez: la esperé en nuestra cama hasta las seis de la mañana, excitado, contando los minutos. Al tipo lo había conocido en una fiesta, habían bailado y se habían besado, y en mi ingenuidad le creí a Cora cuando me dijo que como experiencia ya bastaba; insistí, le dije que no se lo podía perder, y hasta me di el lujo de *temer* que volviera al poco rato, decepcionada. Pero a cada hora que marcaba el reloj, a medida que comprendía que lo más seguro era que estuviera de verdad cogiendo, sentí que

cruzábamos una frontera. Que la Cora hasta entonces reactiva, que sólo decía que sí o que no a lo que proponía yo, esta vez estaba *realizando* algo por sí sola. Antes siquiera de verla, de confirmar lo que había pasado y apurarla para que me lo contara todo, sentí en forma casi física la presencia de ese acto como un cuerpo extraño en nuestra historia. Cuando escuché abajo el ruido del portón me preparé para parecer cómplice, casi paternal. El corazón me latía tan fuerte que me mareaba. Cora asomó por la puerta de la pieza con cara de haber hecho una travesura. Salvo por el maquillaje corrido, podías pensar que era una niña que por primera vez se ha atrevido a jugar a los flippers. ¿Qué iba a hacer? Lo que hace cualquier hombre en estos casos: la eché en la cama, le abrí las piernas, le dije cosas obscenas. Cuando los chicos se despertaron los llevamos a pasear al parquecito que estaba detrás de casa, y mientras ellos jugaban Cora y yo nos paseamos, despacio, tomados de la mano, por el sendero de grava. Cada tanto nos mirábamos con sonrisas que querían ser celebratorias aunque no podían evitar ser tristes, como una pareja ya mayor cuya única hija acaba de cumplir veintiún años y se va de casa.

Esa tarde fui a trabajar como si nada. En el Instituto todo parecía seguir su curso normal: Golo como siempre tenía algo urgente que comunicarme, y que por supuesto no tenía la menor importancia, salvo en el melodrama de su mundo mental, y no me costó mucho contestarle en piloto automático mientras esperaba la hora de dar mi clase. Aunque odiaba el Instituto, mis alumnos me gustaban mucho: eran una banda de reos que yo sólo había podido reclutar porque mi programa era considerado una especie de broma y nadie se molestaba en monitorearlo. Estaba Joel Ramos, el rey del mambo, que además de escribir tocaba la guitarra eléctrica, era campeón nacional de los cien metros llanos, sabía hacer malabarismos, se iba a su casa en descapotable y escribía relatos sobre la imposibilidad de expresarse, plenos de angustia. Otro de los mejores era Fabricio Toro: bajito, callado, con ojos rasgados como el personaje de Comegato en *Condorito*, durante el primer año escribió cosas tan malas que causaban una mezcla de pena y asco. Faltó dos semanas y todos creían que había desistido, pero cuando volvió traía una novela corta que

parecía escrita por un tifón y que al año siguiente ganó el premio municipal de literatura. Todos fuimos a aplaudirlo a la entrega y a la salida, de pura alegría, lo cagamos a patadas. Lo único que le había pasado en aquellas dos semanas era que le habían descubierto una arritmia y le habían instalado un marcapasos. A Comegato no lo convencía la teoría de que su repentino talento venía del marcapasos, así que nos acostumbramos a considerarlo un misterio como hay tantos.

Esa tarde le tocó leer a Berto Sanhueza. La tarea de todos, como en cualquier taller de escritura, era escuchar y criticar, pero cuando leía Berto era distinto porque era pornografía pura: no de la clase amanerada que escriben los adolescentes para tantear el perímetro que pueden ocupar en el mundo, sino de una índole bonachona, con penes inocentemente enormes, como los que la gente dibuja en los baños públicos, y las vaginas siempre abiertas como para dejar pasar el expreso de Chunking. Leídos con la voz escolar de Berto, con su peinado a la cachetada, nos hacía reír de una forma que siempre se resolvía en calma, casi en beatitud. Así nos quedamos esta vez también, como si nuestra madre acabara de servirnos la merienda con leche chocolatada y scones. Era el efecto de Berto en la clase y él lo aceptaba con naturalidad, sin protestar porque nadie tuviera nunca comentarios que hacer a su obra.

Tiene gracia, lo digo de paso, que en un ambiente donde es tradicional que los celos enturbien el aire, nunca haya habido nada por el estilo en mi grupo. No, acá también el que se encargó de dar la nota fue Golo, el homúnculo de la pesadilla que fue mi paso por la academia, el barquero con una cara adelante y otra en la nuca que servía como transición entre ese mundo penoso del deber, que me salía al encuentro cuando avistaba el cubo de concreto verde del departamento de letras, y el refugio que encontraba adentro.

El incidente del que hablo fue la única vez que tuve que pedirle a alguien que se fuera del curso, aunque al final ella optó por irse sola. La que concitó el acceso virulento de celos en Golo fue Emilia Junquera. La razón, como todos sabían, era que Golo podía tolerar alguna que otra alumna en el grupo, siempre que fuera tuerta y con

ano contra natura; pero Emilia era linda de un modo chocante, y tampoco tenía una actitud especialmente sumisa ante el gestor de proyectos. Una mañana Golo me convocó de urgencia y me dio a entender que tenía que elegir entre Junquera y él. Según Golo, se había presentado en forma inopinada en su oficina y le había preguntado qué derecho tenía él a estar presente en las clases. Era cierto que Golo, que mal que mal era quien salía a tirarle la manga a las empresas para que financiaran nuestro pequeño circo, no dudaba en posar su culo en un asiento del fondo, desde donde me miraba entre tierno y vigilante, como un magnate con Parkinson que contrata putas para contemplarlas como un adorno ameno. Yo era el pingüino de peluche gigante que Golo se había regalado a sí mismo y podía prestarlo para jugar, pero de llevárselo a la casa, nada. Todo eso yo lo sabía y sabía que era de esas cosas que no se pueden hablar. Lo que de ninguna manera me creí, y se lo dije con franqueza, fue que Emilia le hubiera dicho: “¿Y tú hasta cuándo vai a estar aquí, gordo chancho?” Era más el estilo de Golo que el de Junquera.

Como intriga palaciega, y con toda su exasperante estupidez y futilidad, tan propias de Golo, me obligaba a intervenir de alguna forma. Llamé a Junquera y me aseguré de que la acusación de Golo no tenía fundamento. Para mayor seguridad, me entrevisté con ella en un lugar llamado el Café de Reloj. Lo que me impresionó, además del confirmado fulgor de su cara, fue su manera encantadora de enredarse con las frases. Agregaba incisos y paréntesis que llevaban su relato cada vez más atrás. No podía terminar ninguna proposición sin insertar, en el medio, lo que había pasado antes, y dentro de eso lo que había pasado antes, y así hasta que su discurso era una esfera cuya circunferencia no estaba en ninguna parte y cuyo centro era el pasado más remoto. Ese pasado remoto era lo que me excitaba. Junquera me recordaba a Fabiana, mi novia de la primaria: prolijita, chalequito, corte tipo años veinte, se esforzaba en presentarse como adulta, en usar palabras como *relacional* o *recrudescencia*, pero era evidente que no tenía idea. Volví decidido a hacer que Golo la aceptara en el curso.

Para mi indignación, Golo se mantuvo en sus trece. No sólo

amenazó con renunciar al programa, lo cual significaba que el programa se iba al garete, sino que me largó una perorata sobre la lealtad, sobre el hecho de que yo nunca lo había querido *a él*, al margen de lo que hacía por mí, y cómo algún día, cuando fuera tarde, se iba a acordar del amigo que había dado por mí su alma. Era típico de Golo no sólo hablarme así, como una niña mogólica atragantada de Corín Tellado, sino además reclamar una devoción justificada por lo inminente de su muerte. Ése era otro caballito de batalla: tenía el adenoides inflamado, la tiroides radioactiva, los dientes se le estaban cayendo, le quedaban como mucho días. Lo que es yo, lo veía cada vez más rozagante, pero eso era lo de menos. Ambiguamente, Golo presentaba su muerte próxima como una tragedia, pero también como algo deseable para mí: "Yo sé que te persigo y te torturo", parecía decir, "pero te conviene soportarlo porque no va a durar." Organizar con los parámetros de lo urgente lo que en realidad se espera que dure siempre, elevar los sacrificios propios del estado de sitio a obligación legal, son rasgos del poder totalitario tanto como del obseso. También, si vamos a eso, lo es el discurso esencialista: la única otra cosa de la que Golo hablaba, aparte de todo lo que yo le debía, era de lo que él *era*. Una de cada dos frases suyas empezaba: "Yo soy una persona que..." Estaba decidido a incrustarme sus definiciones de sí mismo: un soñador, un rebelde, una persona que sabía defender a los suyos, un incomprendido, un héroe, hasta que yo me metiera en la cabeza, pedazo de imbécil, que *había* que amarlo.

Me dijo que ya había redactado su renuncia. Yo fui a la oficina del decano y le dije que aquel asunto era un disparate y que Junquera no había hecho nada para merecer la expulsión. No se me escapaba que Golo le había traído al Instituto donaciones por valor de doscientos millones en los últimos cinco años, así que medí mis palabras. Dije que el gestor de proyectos, sin que esto significara dudar de su altísima competencia, tenía tendencia a interpretar mal las palabras de alguna gente. "Ya sé que Golo inventa puras huevás", me interrumpió el decano, con un gesto cansado. Me quedé atónito. "Entonces, ¿eso significa que no le va a aceptar la renuncia?" "No, significa que prefiero echarte a ti."

Así que cedí respecto de Junquera, pero para resarcirme empecé a darle todos los jueves un taller privado, y al cabo de clase y media me acosté con ella. Llovía, me acuerdo, y cuando Junquera se bajó en su casa yo me bajé también. Ella se dio vuelta sorprendida y me encontró mirándola con aire truculento y el agua corriéndome por la cara. Saber que así escapaba a los tentáculos de Golo hizo que el asunto fuera no sólo placentero sino romántico, apasionado como pocas cosas lo habían sido desde los primeros tiempos con Cora. Que no durara —y no duró, por supuesto— era lo de menos. Por lo demás, como alma compasiva que era, también el sufrimiento de Golo me hizo mella. Me acuerdo que inventé un concepto: el *monstruo sufriente*. En realidad venía de un sueño que había tenido. En mi sueño, Stalin lloraba desconsoladamente porque había un rincón de su imperio que no lograba arrasar. Mandaba al Ejército Rojo con órdenes de no dejar piedra sobre piedra, pero por alguna razón el pueblito resistía siempre. El dolor de Stalin era real, sus lágrimas eran reales, pero para mí acercarme y abrazarlo para aportarle algún consuelo era algo que me causaba, por decir lo menos, sentimientos encontrados. En las aldeas, las madres asustaban a sus hijos así para que tomaran la sopa: "¡Cuidado, porque ya lo oigo, cuidado, porque ya está en camino, el monstruo sufriente!"

De un lado, entonces, estaba el mundo de afuera: las cortinas color crudo del living, las revistas que puntualmente llegaban con mis artículos adentro, el tobogán de la Plaza Ñuñoa, donde había que fijarse que no hubiera un charco al llegar al pie, los debates sobre el estado de la literatura argentina en el blog de Pedernera, los amigos que a veces venían a casa y elogiaban la biblioteca o la mesa estilo "campo chileno" del comedor o los macizos de plantas a lo largo de la medianera, estaban los trayectos por Los Leones cada día para ir al Instituto, las cazuelitas con erizos los sábados en casa de mi padre, la cordillera que se veía tan clara después de un día de lluvia, la mancha de humedad en la pared de la cocina, que ninguno quería saber cuánto podía costar arreglar. Por debajo, lo único que palpitaba y estaba vivo y dolía era mi relación con Cora, que ahora significaba lo

que Cora hacía o dejaba de hacer.

Una noche Cora sale de nuevo con el tipo, que ahora tiene nombre, se llama Alberto. Viene a hacerme compañía nuestra amiga Dorotea. Cora y Dorotea se cruzan en la puerta: intercambian saludos y risitas nerviosas. Dorotea es colombiana, tiene cuarenta años y le parece que la vida que llevamos con Cora, tan liberada, tan moderna, es lo más chévere que hay. Al verme con la sonrisa un poco verdosa se ríe, me toma la mano:

—¿Pero de verdad te molesta que ella tire con Alberto? ¡Con tantas mujeres que te has tirado tú!

Yo me trago mi bocado de sushi y me arrojo sobre Dorotea. Es un cuerpo caliente, fácil, blando, acogedor: lo necesito. Dorotea al principio se resiste un poco, me recuerda que está casada, dice que a Carlitos no le haría gracia esto, él no es tan evolucionado como nosotros. Como respuesta, vuelvo a besarla. No me había dado cuenta, pero estamos los dos borrachos perdidos. Deben ser los vodkas con jugo de uva que nos bajamos antes. Debemos haber dicho cosas —sobre la amistad, sobre las ganas que tenemos de irnos de Chile, sobre lo poco que nos gusta pasar de los treinta y cinco años— que no me importan y que no recuerdo. Como a través de una bruma Dorotea me dice que le gusto, que me ha tenido ganas siempre. Hay algo así como un eco en esta pieza. ¿Tantas mujeres? Recreaciones, puestas en escena. Echar una moneda en la ranura y volver a mirar por el telescopio la escena ya lejana de la promesa. Cada vez es lo mismo, el leve temblor de la imagen, las manos que se tocan y las caras que se acercan. Después el tiempo se agota y la imagen se oscurece. Queda el presente tardío, la promesa sin cumplir, el miedo de que el tiempo ya no alcance para cumplirla.

Pero acá está ahora el culo de Dorotea. Una realidad sobre la que apoyarse. Está boca abajo sobre la alfombra. El fuego de la chimenea crepita. Entonces a Dorotea se le ocurre otra idea: no, lo que tenemos que hacer es esperar a Cora. A mí me parece que a Cora la podemos esperar sentados, pero no me molesta la idea de que Dorotea le agüe un poco la fiesta con Alberto, siempre que yo no parezca el culpable: total, que la dejo llamarla, aunque haciéndole gestos de que está loca.

“Hola. Necesitamos que vengas. ¿Vienes?... Dice que no puede venir ahora”, me dice Dorotea, decepcionada y ebria, mientras yo vuelvo a tumbarla y le abro las piernas. Estoy tan excitado que apenas la penetro siento que me voy a venir; me vengo afuera. Para excusarme, y aprovechando que Dorotea en su borrachera no se da cuenta de nada, le digo que tengo que ponerme un preservativo. Cuando vuelvo, Dorotea está en el baño. Se durmió sentada en el inodoro. Es ahora cuando empiezo a apreciar hasta qué punto Dorotea es blanda, pesada. La hago rodar hasta la alfombra y me quedo mirando cómo las llamas se reflejan en su lomo, como una orca varada en una noche de incendio. Entonces miro la hora. ¡Las cinco y media! ¡En un rato se despiertan los chicos y no pueden encontrar a este cetáceo en el living!

La cargué en brazos, borracho como estaba, temblando hasta los huesos, hasta el segundo piso. Creí que me moría, pero no me morí. Después de encerrarla en mi escritorio volví a bajar y me puse a dar vueltas, histérico. Cuando volvió Cora me precipité a contarle la aventura y traté de convencerla de que despertáramos a Dorotea para seguir la fiesta. No me daba cuenta de que tenía el salto de cama medio abierto, que estaba con el pelo revuelto, que parecía un pervertido de parque público y de manera maquinal me estaba tocando el pene y Cora me miraba con desagrado y no quería más que hacerse un té y acostarse a dormir.

Pero entre Cora y yo también se manifiesta la fiebre. No es como antes, cuando tenía que convencerla. No, hay que ver cómo cambiaron las cosas. Ahora Cora me agarra en el pasillo y me dice que estoy lindo y ahí nomás entramos al baño, a veces con los chicos jugando a pocos metros, la levanto en vilo y se lo hago contra el botiquín. Otra vez, en la ruta 67, camino a Valparaíso, paramos en un McDonald’s. Mientras los chicos juegan en el laberinto de plástico nosotros salimos a fumar un cigarrillo. No fumábamos antes, pero ahora sí. Cora: “Cómo me gustaría que me tomes ya mismo”. Otras veces, en la cama, usa la misma expresión: “Quiero que me tomes”. Lo cierto es que a pesar de que cogemos y cogemos, eso de tomarla nunca acaba de funcionarme. No, el cuerpo de Cora está ahí, pero al mismo tiempo no

está ahí. Hay algo refractario en ese cuerpo, algo radicalmente impermeable a mí, y cómo era posible que nunca me hubiera dado cuenta antes, pero era como tratar de hacerle el amor a una foto, incluso cuando Cora está parada, ofreciéndome el culo, con las manos apoyadas en el sillón, mientras yo la penetro desde atrás, o cuando vamos a un hotel alojamiento y mientras miramos los pececitos de colores yo le meto un dedo en el culo.

Eso de ir a hoteles fue otro juego de esos días. Alguna amiga, quizá la misma Dorotea, nos habló de uno que se suponía era de los mejores de Santiago, a dos pasos de la torre de la televisión, que se llamaba "El Duende". Ahora recuerdo el episodio porque es muy propio de esos días. Nos habían invitado al cumpleaños de mi amigo Álvaro Fuentes, en un boliche que llevaba el nombre prometedor de "Luke, Soy Tu Padre". Era otoño, por una vez había dos o tres estrellas en el cielo, estábamos de buen humor. Mauricio Asturias, con su estatura inmensa y su aire de discreción constante, se cernía sobre dos chicas que resultaron ser estudiantes suyas y las hacía reír con historias de la radio, que a mí me aburrieron. El guatón Bojanic iba de un lado a otro de la terraza diciendo: "Qué bueno, man, eso es súper". Al cabo de una hora sentados con nuestras cervecitas, frotándonos los brazos para combatir el frío, me incliné y le dije al oído a Cora:

—Me gustaría sacarte de acá y cogerte.

Salimos volando y enfilamos hacia el telo famoso. Antes de eso hicimos una parada en el baño del boliche y, como dos adolescentes que acaban de conocerse, como si no hubiéramos pasado once años peleando, llorando, durmiéndonos crispados, diciéndonos cosas imperdonables porque el sexo había sido siempre la esquina donde vez sí, vez no, alguno de los dos faltaba a la cita, nos atracamos ahí, pero yo quería reservarme para el telo. Temía que de un momento a otro Cora se echara atrás, como había pasado tantas veces, así que manejé como un desquiciado; como no podía ser menos nos perdimos, y como yo creía que tenía el tiempo contado propuse probar en otro cualquiera. El lugar resultó deprimente: una mucama nos condujo hasta la habitación, nos entregó unas toallas con mirada severa y nos abrió la puerta de una pieza mortecina, donde la colcha tenía agujeros

y en la moqueta había hormigas. Para mi sorpresa, Cora se ríe y le dice:

—Perdone, pero vamos a ir a otra parte. ¿Nos puede devolver la plata?

Y todo con desenfado, sin remordimiento, como si fuera la mujer forjada en bronce que yo nunca había conocido. Después de algunas vueltas más terminamos por encontrar “El Duende”. Era uno de esos lugares temáticos, con una escalera de piedra que imitaba un castillo medieval, y acá en vez de toallas raídas te daban un trago, unas aceitunas y un guiño amistoso. Fue la primera vez que Cora me dejó penetrarla por el culo. En otra época el kitsch del lugar, lo convenido del deseo tal como lo definen proveedores de servicios como aquél, nos habrían hecho arrugar la nariz, pero ahora estábamos dispuestos a jugar el juego. O estaba dispuesta a jugarlo Cora, pero yo no podía permitir que se alejara de mí. Habríamos ido a un concierto de Iron Maiden y habríamos coreado las canciones haciendo cuernitos con los dedos, si se hubiera presentado la ocasión. Habríamos hecho las cosas que a los quince años despreciábamos por convencionales: drogarnos, cosa que hicimos mucho en esos meses, pintar un graffiti anarquista en la pared de un convento, cosa que no hicimos, estar en una fiesta y fingir que nos molestaba (“Que le ponga onda o que se vaya, che”) un amigo que se muestra introvertido. Cuando mi madre murió, por años no pude oír hablar, sin sentir un furor homicida, de reiki, tarot, cristales o chakras, porque en el pánico de su enfermedad ella había apelado a cada uno de esos emblemas de la aflicción ante lo irremediable; de modo similar, después de separarme no he podido escuchar rock, en especial ese rock descerebradamente justiciero de los primeros años setenta, tipo Steppenwolf, con su pedal de distorsión a mansalva y su motivo constante de la fuga, que durante todo aquel último año retumbó por todos los rincones de nuestra casa que se caía a pedazos. Yo sé cómo es el infierno: es un living en penumbra, un sofá gastado, una cocina donde los platos sucios se acumulan en la pileta, mientras alguien grita que nació para ser salvaje, o que la canción es la misma, o pregunta quién será capaz de cabalgar sobre sus caballos salvajes.

El cuerpo de Cora. ¿Lo había *tomado* yo, como ella decía, alguna vez? ¿Había querido tomarlo? Tal vez el amor que yo sentía por ese cuerpo era de otra clase. Ahora la miraba con más atención, cuando se peinaba desnuda frente al espejo, o cuando se sentaba en la tapa del inodoro para ponerse crema; los años que habíamos pasado juntos, y que yo no podía encontrar en estas escapadas febriles de ahora, los encontraba cuando su cuerpo estaba en reposo. Bajito, las costillas un poco salientes —la última de abajo, yo siempre palpaba el reborde un poco salido hacia afuera—, los pechos que se habían vaciado un poco después del nacimiento de Miguel, pero después del nacimiento de Nicolás misteriosamente habían vuelto a llenarse, el doble lunar bajo la clavícula que me gustaba tanto besar, las piernas de forma perfecta aunque un poquito cortas, el sexo que siempre me había enternecido porque los vellos no eran ni lacios ni enrulados, sino que hacían una especie de cresta invertida a lo largo de la vulva. “Es como uno de esos chicos de seis, siete años, que por más que los peines tienen siempre los pelos parados”, le decía yo. A Cora esa cresta siempre la avergonzaba un poco y quería recortársela, pero yo le rogaba que no lo hiciera.

Ahora recordaba otros episodios de nuestra historia. Cora en aquel viaje que hicimos a Irlanda, hacía años, cuando yo no podía parar de manejar de una ciudad a otra, porque siempre la próxima me parecía más tentadora. Entonces Cora se encogía en el asiento, recogía las piernas y se las abrazaba, o de puro agotamiento se quedaba con las manos apoyadas en las rodillas, como la chica bien educada que era y que no se habría permitido andar con los brazos colgando, como no se permitía caminar encorvada o poner los codos en la mesa, pero que cuando se sentía agredida, o digamos cuando la configuración del momento participaba de las cualidades de la agresión, se refugiaba en ese lenguaje corporal infantil que, a su manera, también era un reproche. Cómo había resonado, como si yo fuera una campana donde esos reproches iban a golpear una sola vez, pero cuyos ecos no se iban a extinguir ni con la distancia ni con los años, esa noche en que paramos en un albergue podrido de Roscommon porque era el único abierto y sólo cuando estuvimos en pijama nos dimos cuenta de que

no cerraba la puerta. “¿No tiene *traba*?”, había abierto grandes los ojos Cora, y cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud involuntaria de defensa. Y entonces la sordidez del lugar, el espejo cagado de moscas, el jorobado con dientes verdes que acechaba en la recepción, el barro y la mierda en el baño del pasillo, se me habían venido encima. Habría querido matarme antes de hacer una sola cosa que le diera miedo. Me habría gustado echar esas paredes abajo, abrir una desgarradura no sólo en el espacio sino también en el tiempo, para hacer un lugar donde Cora pudiera por fin estar a salvo. Y sin embargo, también era entonces cuando me costaba más perdonarle esa fragilidad; era en momentos así cuando me echaba a su lado sin desearla y le pedía que me tocara, cuando me ofendía que su fragilidad no me tendiera los brazos *a mí*, no me necesitara *a mí*, no me perdonara *a mí*. Me mortificaba que mi ternura no bastara, que nada bastara en realidad, como si de golpe yo también en solidaridad con la mierda, con los espejos sucios, con los años pasados, con la guerra en Ruanda y los taxistas de Buenos Aires, me sintiera agraviado por la fragilidad de Cora.

Y ahora que escribo estas cosas, en Barcelona, separado de Cora, me doy cuenta de algo: cuando el personaje ha sido aniquilado por el derrumbe de su historia de amor, el fantasma de la identidad permanece, en la medida en que permanece, aunque ahora desocupado, el tipo de relación que el personaje establecía con el otro. *Cuento de hadas en Nueva York*, de J.P. Donleavy, muestra algo de esto: el protagonista va al encuentro de los demás armado sólo con su inútil ternura de esposo, sus inútiles necesidades de hijo, y por supuesto fracasa en cada intento de establecer contacto. También por esos días, en Chile, era yo un personaje a lo Donleavy: ahora, por ejemplo, mientras miraba el cuerpo dormido de Cora —después de la noche en “El Duende”, con el maquillaje corrido, el pelo con olor a cigarrillo—, el personaje que yo era sólo podía seguir viendo a una mujer a quien yo debía dar un nombre y salvar, a una mujer que debía darme un nombre y salvarme, y que sin embargo se había vuelto refractaria a aquellas formas de relación. Yo insistía, me emperraba: que ese cuerpo pudiera crecer, dejar de ser aniñado, era tan imposible de imaginar

como que Cora dejara de quererme, de necesitarme.

Y ahora ese cuerpo regresaba, algunas madrugadas, de una noche con Alberto, oliendo a otro hombre, y por un momento, contra mi voluntad, una forma de relación diferente se insinuaba; me venía el deseo feroz de conquistar, de arrojar mis ganchos y abordar un cuerpo nuevo, que sí sentía con otras mujeres, aunque nunca antes con Cora; me lanzaba sobre ella con furia, pero en cuanto terminaba me parecía que había cogido con una extraña. El personaje que me ofrecía el culo, que decía “me gusta que me cojas así” o “hacémelo fuerte, que duela” ya no pertenecía a mi historia con Cora, y con el tiempo me di cuenta de que yo, con sus piernas en mis hombros para penetrarla a fondo, tampoco pertenecía ya a esa historia, que sin embargo era la única que tenía. Más o menos seis meses después de comenzada, le pedí a Cora que terminara su aventura con Alberto.

3

El personaje revela su identidad no por la imagen que tiene de sí mismo, sino por la relación que establece con el otro, y esa relación se revela cuando el personaje pierde al otro, cuando su forma de relación queda suspendida como un muñón, inútil: esto se muestra bien en la segunda parte de *La dama del perrito,* cuando Gúrov anda como bola sin manija buscando a la chica, y no la encuentra ni en su mujer ni en el amigo al que intenta hablarle de ella, y a quien sólo se le ocurre hablarle del olor que tenía el esturión que comieron. También hay algo de esto en la serie *Doctor House,* cuando House ha perdido a su equipo de médicos y procura recrear el mismo juego de preguntas y respuestas, que tan buenos frutos daba con ellos, con un encargado de la limpieza. Al intentar traducir los términos médicos a un lenguaje que el hombre pueda entender —al desplazar la relación al terreno de la parodia—, House revela las líneas fundamentales de la relación, y de ese modo su propia identidad dependiente de ella. En cuanto a mí, un día, de pura casualidad, descubrí que Golo me había estado mintiendo sobre mis obligaciones; después de un acto oficial, salimos a la calle con el decano, el rector y un par de profesores. Tomamos un café en la avenida El Bosque y cuando nos despedimos el decano me dice: “Hasta el martes, entonces”. Yo dije que por mí encantado, salvo que en realidad era hasta mañana, porque mi contrato me obligaba a reunirme todas las tardes con el gestor de proyectos. Extrañado, el decano me dijo que no era así: ¿no había leído el contrato? Dar mis clases y reunirme con el gestor cada dos semanas, mis obligaciones se limitaban a eso. Esa misma tarde lo llamé a Golo y le grité:

—¡Me inventaste un cuento! ¿Para qué? ¿Para tenerme encerrado en

tu oficina? ¿Por qué no te comprás un perro?

Golo lloró, se golpeó el pecho, juró que no quería otra cosa que mi bien, que la vida académica era muy difícil, muy competitiva, que las malas lenguas trabajaban de sol a sol para hacer fracasar los proyectos, y que como yo no conocía ese mundo, como era un literato que sólo vivía para el arte y carecía de malicia, de sentido de la estrategia, de dureza para enfrentar los peligros de la selva en la que vivíamos, él había creído oportuno tenerme la mayor parte del tiempo cerquita. "¡Para protegerte, chini!" En otras palabras, si yo había pasado los últimos dos años escuchando cada tarde los chismes de Golo sobre la malvada de su cuñada o los relatos imaginarios de su pasado como modelo de ropa interior, no se debía a un defecto consubstancial a la vida de oficina, que a veces te obliga a soportar la personalidad desafortunada de un colaborador indispensable, sino porque a Golo no le daba la gana que yo anduviera por Santiago suelto. Me quedé estupefacto: hasta entonces yo había considerado a Golo un rompebolas de rutina, probablemente virgen, que vivía consagrado al Instituto y compensaba la nulidad de su vida privada haciéndose alguna paja inofensiva con la foto de un colega. Pero no, era propiamente un maníaco del amor, un demente en acción, y capaz además de dar rodeos tan pacientes como imaginativos para que la realidad se ajustara a su fantasía.

Cora se rió mucho cuando le conté las noticias. "¡En su cabeza, Golo está casado con vos!", dijo entre indignada y divertida. Recordamos las veces que, sin que yo me diera cabalmente cuenta, Golo había dado muestras de su locura: cuando íbamos a pedir un auspicio en un lugar lejano, digamos en Huechuraba, y al parar en el puesto de peaje Golo, desde el asiento del acompañante, se precipitaba a pagar, para lo cual tenía que estirar parte del corpachón sobre mí, y desde esa posición le sonreía a la chica que atendía la caseta y reclinaba en forma casi imperceptible la cabeza sobre mi hombro. "¡Quería que en los ojos de la chica del peaje, aunque fuera por un segundo, pareciera que ustedes andaban juntos!", aplaudió Cora. ¿Y la vez que me dijo que Charlie Mateos le escribía todos los días mails de amor —"una palabra de esperanza, Golo, y dejo a mi mujer y mi hija"— y que él

había estimado necesario hacer cesar esa correspondencia, porque era una falta de respeto a mí? ¿Y la escena que me había hecho porque yo no parecía conmovido? ¿Y las intrigas que armaba, las veces que se aparecía en la oficina con aire conspirativo, insinuaba que había un complot de los demás profesores o de otra facultad para destruirme, y se pasaba dos o tres semanas yendo y viniendo, trayendo masitas a mi escritorio como quien trae víveres para un asedio, lanzándome miradas de informante del Mossad mientras susurraba por teléfono, todo para hacer una mañana su entrada triunfal y anunciarme que había logrado salvarme de nuevo? Y siempre, al final, lo que debía atar el paquete con moño: "Este lugar es terrible, menos mal que estoy yo para defenderte". Cora me compadecía con palmaditas en el hombro y repetía de nuevo:

—¡En su cabeza, Golo está casado con vos!

Fue entonces cuando decidí que iba dejar el Instituto. No sabía todavía cómo nos íbamos a arreglar, pero lo iba a hacer. Y en efecto, nueve meses más tarde aproveché las vacaciones de verano, momento en que Golo no andaba cerca —la verdad era que todavía me daba miedo— para mandar mi carta de renuncia. Pero aunque todo el asunto sirvió para reírnos con Cora, y nos permitió gozar de algunos momentos de complicidad, en una época en la que nos peleábamos casi todos los días, la razón por la cual incluso después odié a Golo como nunca he odiado a nadie, el motivo por el cual hice todo lo posible para mortificarlo, no fue tanto por lo que me había hecho, sino porque en esa curiosidad antropológica de nuestra vida chilena había algo que empezaba a resultarme familiar de modo insoportable. Un manipulador, un marido imaginario, un tipo clavado en la infancia pero con los recursos de un carcelero o un domador de osos, implacable porque se siente acorralado, esclavizado por su propia monomanía de ajedrecista, incapaz de un solo gesto que no fuera funcional a su proyecto, incapaz de una sola palabra dicha porque sí, de una sola elocución que no fuera en realidad un gancho, una polea, una palanca, un sacacorchos, un arnés, que no tuviera por función persuadirme, retenerme, sojuzgarme, retrasar la partida, adivina adivinador: ¿quién era?

La edad adulta no es gris. Lo gris es la infancia envejecida. La edad adulta no produce monstruos. La infancia envejecida produce monstruos. Todo intento de prolongar la infancia, de remediar lo irremediable, de resucitar a los muertos, asume la apariencia caricatural de una adultez desabrida. Y aunque uno se las ingenie para no percatarse de la ironía, y aunque su capacidad de persuadir sea lo bastante potente para que por años los otros no la vean tampoco, es justo en esa parodia de adultez donde la infancia asoma a todas horas, quiero decir la infancia en lo que tiene de más tiránico: ¡mirame! ¡Amame por mis esfuerzos! ¡Mirame! ¡Esperame en nuestra cama mientras salgo a jugar con mis amigos! ¡No dejes de mirarme! ¡Amame por mis logros, pero no me dejes solo nunca! Una infancia depravada, porque sobrevive a expensas de aquellos en cuya persona los muertos han resucitado.

Los muertos están siempre a punto de resucitar. Siempre están a punto, pero nunca resucitan. Y por eso es necesario seguir persuadiendo, arengando, sojuzgando, reteniendo.

Debe haber sido a mediados de noviembre —yo todavía no había renunciado al Instituto— cuando se produjo el cambio. Nos habíamos metido en la cama, con la laptop de Cora abierta entre los dos para ver una película. Hacía tiempo, quizá meses, que no hacíamos el amor. Creo que la película era *Pulp Fiction*. Cada palabra sarcástica de Uma Thurman me mortificaba. Cada gesto varonil de Samuel Jackson me hundía en la ignominia. ¿Ella había apartado su mano, cuando la rocé con la mía? ¿Me atrevía a preguntarle por qué? ¿Me atrevía a expresar el furor desgarrado que esa frialdad me causaba? ¿No sabías acaso que sin amor no se puede estar, pedazo de traidora, que por debajo de este puente fragilísimo pasaba la autopista del horror? Pero no, porque ahora ella misma me había tomado la mano. ¿Y ahora había aflojado la presión de su mano, por qué? ¿Era un preludio, era la expresión involuntaria de un deseo de soltarme? Cuando la película terminó, Cora dormía. Me quedé ahí despierto, con la computadora calentándome las piernas. ¿Qué me impedía hacer un clic y mirar sus correos?

Me levanté y anduve dando vueltas un rato antes de decidirme.

Como hacía siempre que estaba nervioso, fui a mi escritorio y miré los papeles en la mesa. Boletas del gas, una nota escrita a mano por mí. El último libro de Bojanic, todavía con la faja roja, que no me había molestado en abrir. También en estos casos sacaba en forma maquinal algún libro de la biblioteca, en general uno de esos que siempre planeaba leer y no leía nunca, como la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo, pero esta vez me abstuve. Según Cora, desde abril pasado no había visto a Alberto más que una o dos veces, y entonces sólo para tomar un café. Ayer mismo habían ido juntos a una fiesta, pero había vuelto temprano. Demasiado temprano, pensé y empecé a sonreír, hasta para un polvo de parados. Me sentí tan astuto que podría haber hecho un paso de claqué. Volví a la cama, abrí el correo de Cora y leí un mensaje para Alberto que decía: "Lindo, ayer la pasé muy bien con vos, menos mal que llegué con tiempo a tu casa antes de la fiesta..."

Y entonces fue cuando pasó. Me acuerdo muy bien cómo se produjo el cambio. Ya los pensamientos que se me ocurrieron sonaron diferentes en mi cabeza, como si otro me los leyera en voz alta: no tiene importancia, cuántas veces le dije yo una mentira así, éste es el juego que elegimos ("Dos libertinos, Gonzalo... Podemos ofrecernos eso el uno al otro... ¿Qué te parece?"). No hagas una historia por algo sin consecuencias. Se me ocurrió que sería conveniente meterme en el baño y masturbarme. Me recliné y me apoyé con una mano en el armario del botiquín, que estaba encima del inodoro, mientras con la otra me deprendía el botón. Pero cuando volví a erguirme, la sensación del yo había cambiado por completo. No era más yo, era él.

Él, entonces, volvió al dormitorio y sacudió a Cora para decirle que salía ahora mismo a comprar tranquilizantes. O Cora no lo había entendido, o no le creía, o estaba demasiado adormilada para darse cuenta, pero se dio vuelta y siguió durmiendo. O amagó. Después de dudar un momento, él la despertó de nuevo y le preguntó si, en caso de conocerlo hoy, se volvería a casar con él. Cora, con los ojos chiquitos de sueño, asintió con la cabeza, desolada. Él se echó y se acurrucó contra ella. Presionó con la cabeza para que ella le acariciara el pelo, la odió porque no se levantaba aterrada, porque no le

suplicaba que no se fuera, porque no le tomaba la cara entre las manos y le decía: te necesito, mi salvador, mi chiquito, no vuelvas a asustarme así, no ves que si te vas me muero, que todo fue tu imaginación, un error, un mal sueño. Antes, él le había rogado que le dijera de una buena vez si estaba loco, si era verdad o no que había dejado de quererlo. Ella le había dicho que por supuesto que estaba loco.

Cuatro meses más sin tocarse. Seis meses solo en el frío. Cada vez que la mira, mientras le corta las raíces a los puerros o escurre las lechugas para sacarles el agua, le da a entender que comprende. Que no hay nadie más paciente que él. Porque quién sino él, mi amor, comprende que ella necesita un tiempo. Con cada sonrisa la fulmina, la entierra, guarda luto por ella y vuelve a resucitarla para que lo consuele. En la cocina, otra tarde, deja el plato que está secando, engancha el trapo en la manija del armarito y se viene abajo. Se desliza hasta llegar al piso y llora. Sin contenerse, con aullidos, y sin importarle que los chicos anden por ahí. No hay nada de qué preocuparse. Papá está lleno de planes. Planes de felicidad, proyectos para llevarlos a todos a una felicidad tan grande, que cuando esos días lleguen nadie podrá creerlo.

Otra tarde, Cora acaba de salir para tomar su clase de conducción. Él está solo en su escritorio y trata de escribir. En vez de eso, relee un mail viejo. Ella se lo escribió el año que llegaron a Chile. Apenas empieza a leer, le sale un borbotón de llanto. *Cómo me gustaría ser chiquita, mi amor, y que me hubieras llevado escondida en tu bolso a ese congreso…* A cada palabra dulce, lanza otro aullido. Tiene que salir, hay un peligro muy real en quedarse ahí. Sale disparado con el auto a buscar a Cora. ¿Pero Cora dónde está? ¿Dónde se toman esas putas clases de manejo? Por el camino, marca su número y aúlla. No contesta. Estará con las manos en el volante. Cuando por fin ella atiende, le dice que la espere en una esquina. Contento, él llama a anular su clase y se prepara para recibir la reprimenda. Si Cora le diera una bofetada y se lo llevara de la oreja a casa, él se sentiría feliz. Se esfuerza en aumentar la angustia, que ha decrecido un poco, para estar a la altura de las circunstancias. Cora aparece con aire

descontento y cruzan al café de enfrente. Se piden una tabla de quesos y dos cervezas.

De golpe, cualquiera que los viera pensaría que el mundo les pertenece. Son jóvenes. Los jóvenes a veces pelean. Los jóvenes charlan. No, no está enamorada de Alberto. Sí, todavía lo quiere a él. “Y lo peor”, dice ella de repente, torciendo la boca de enojo, “es que el día que nos separemos todos van a decir qué mala que soy, y vos vas a conseguir otra mujer a los tres días.” Vuelven riendo y alquilan una película por el camino. Esa noche él le hace el amor con brusquedad mientras le dice: “¿Y ahora quién te coge mejor, decime?” Al día siguiente se toma un avión a Buenos Aires.

Viejo Palermo querido. Calles con luces amarillas. Un kiosko. Después de comprar una revista, que lleva enrollada en el puño derecho, da unos pasos más y la tira. Llama por teléfono a una joven poetisa. Van a bailar y terminan comiendo facturas a las seis de la mañana. Vuelve. Intenta distraerse, charlar con sus amigos.

—Pero entonces, ¿qué queda?

No es Cora la que dice esto. Es otra amiga, una más entre los que no hubo ocasión de presentar en el relato, pero que por esos días emergía del trasfondo nebuloso que era su vida social para dejar su marca. Para no comprometerla, llamémosla Marta; para simplificar, digamos que entre él y Marta, como pasa con tantos expatriados en Santiago, la amistad empezó por el común rechazo a la ciudad; después, porque él la escuchaba con simpatía cuando hablaba de su marido. Ella de Bahía Blanca, ama de casa; él de Rosario, ingeniero civil. Los dos gordos. A él le gusta la ciudad. Le parece moderna, limpia, un lugar donde se puede trabajar con la gente. A ella le parece fea y cada vez que puede se va a Algarrobo. “A mí me gusta tomar sol”, dice Marta. “Tirarme en la playa, jugar a la generala. Pero el Carlos nunca viene. No le gustan las mismas cosas que a mí.” Él la escucha y asiente y sonríe. Su cara se puede caer en cualquier momento. Su cara está pegada con alfileres, o directamente sólo apoyada, y cada cosa que Marta dice amenaza con hacerla caer del todo. “No me gusta mentirle”, se lamenta Marta. “Con Genaro me encuentro en su departamento. A veces le digo al Carlos

que salgo a comprar un escobillón y voy, aunque sea por media hora. Con el Carlos pocas veces tengo ganas de coger. ¿Qué es lo que no me gusta? Que se me suba encima y me mire con amor. Eso, que me mire con amor. Pero Genaro, puta madre, me puede hacer hacer *cualquier cosa*."

Y él la escucha decir estas cosas, y su cara está a punto de caerse, la máscara está a punto de caerse, pero también pasa algo distinto: algo inexplicable, un dolor que también es una alegría que lo rompe en pedazos, algo más grande que él, y que empuja desde adentro, y ayudar a que eso que está adentro haga eclosión, a que lo rompa en pedazos, es tan hermoso que él se aguanta apenas las ganas de llorar a gritos mientras piensa: dejalo, Marta. Dejalo, andate con el otro o andate sola. Gorda hermosa, tu cara es única, tus orejas fueron cinceladas una sola vez, el dibujo de tu papada no puede repetirse, así que andate. Y amorosamente, hablando en serio: "Puede ser que tu marido no te haya conocido, Marta. Puede ser, como decís, que simplemente quiera tener una mujer". Pero te lo prometo, él también quiere que lo quiebres, también quiere que te atrevas a irte, que salgas volando como dos mil globos que sueltan para inaugurar un puente, para poder ver por fin tu cara, gorda hermosa, para conocerte, para que por fin la gratitud lo deslumbre por haberte conocido: tu cara cuando dormías, tu cara cuando estabas seria, las veces que te reíste de algún chiste pavo que él había hecho y era como si sacudieras los cimientos del Palacio de Obras Sanitarias, y las veces que pensaste en otra cosa, haceme caso, gorda, andate: hay algo más grande que la historia que un hombre se cuenta a sí mismo para conjurar el miedo, es justo eso que no entró en la historia, pero que él también todo este tiempo supo, creeme, que era lo que importaba de veras. ¿Pero entonces, qué queda? Esto queda, gorda hermosa, eso que el amor no tocó, porque era demasiado precioso, demasiado importante para dejar que una cosa tan arrasadora como el amor lo tocara. Y la gorda Marta asiente, no del todo convencida, y caza con los dedos otro pedazo de sushi, y él vuelve para continuar su batalla perdedora con Cora.

Lo mejor, porque es cuando todavía le parece tener algún efecto sobre ella, pero también lo peor, porque sabe que es un oso polar varado en un témpano de hielo que se hace cada día más chico, y sabe que el hielo se hace más chico más rápido cada vez que ocurre, son las peleas. Tan elocuentes. Tan llenas de revelaciones instructivas.

—Y nunca me dejabas respirar, Gonzalo.

—¿Cómo que nunca te dejaba respirar? ¿Quién te alentó en todo, quién te repetía que eras buena en lo que hacías, que valías, que no desistieras? ¿Quién le mostraba a todo el mundo tus cuadros, te decía que tus traducciones eran excelentes cuando vos querías tirarlas, se sentó cada vez a mirar tus esbozos, revisó con vos cada apunte que escribiste, se mató para ayudar a que se publicaran?

—A eso me refiero justamente: a tu forma de discutirme todo, de insistir hasta que yo reconozca que tenés razón.

—Seguí hablando.

—Vos no te dabas cuenta. Nunca entendiste lo que es una persona con mi historia. ¿Pensabas que entendías? Me alentabas en todo, hacías todo por mí, salvo lo único que me habría servido de veras.

—Sigo sin discutirte.

—Y esa forma de mirarme, como ahora. Burlona. ¿No es burlona? No importa, yo siempre sentí que en el fondo me despreciabas. Sí, que me despreciabas por estar triste. Por acordarme del daño que me hicieron.

—¿Y lo que te habría servido de verdad, perdón, qué es?

—Y yo te creía. Pensaba él tiene razón, no tengo que pensar en el pasado, tengo que ser valiente. Pero ¿sabés qué? Vos nunca *entendiste* lo que me hicieron. Entonces, ¿cómo podés saber si está mal que yo piense en eso?

—Cora, yo te quiero.

—Querer. ¿Qué es querer, si lo que es importante para mí para vos no es nada? Ya sé que me querés, Gonzalo, pero me querés como me imaginaste. Oh sí, te gustan cositas de mí. Te gusta que hable de películas, de libros. Muy bien, deberíamos hablar de películas y libros...

Y la canción se repite, muchas veces. Afuera, como suele decirse, el

sol sigue saliendo, aunque sea un sol de color más bien marrón.

En otras ocasiones el que habla es él, y el juego consiste en recordarle lo felices que han sido juntos. ¿No te acordás? ¿No te acordás? ¿No te acordás? Cada imagen feliz debería derrotarla, y sin embargo Cora sigue en pie. ¿No te acordás, cuando nació Miguel? ¿No te acordás cómo te abrazaba, cuando esos pelotudos te hicieron desnudar en la camilla, y les grité que sacaran de ahí esa jeringa que no habías pedido o los demandaba? ¿No te acordás de esa noche, en Gerona, cuando fuimos a comprar comida tailandesa y la llevamos al parque y ahí nos dimos cuenta de que no teníamos cubiertos y nos sentamos en la parecita y comimos con los dedos mientras Miguel corría y corría? ¿Te acordás cuando nos agarramos esa gripe, también en Gerona, y cuando por fin nos bajó la fiebre bajamos a la calle por primera vez en diez días, y caminamos tomados del brazo, muy despacio? ¿Te acordás qué despacio caminamos? ¿Que bajamos hasta el río, bajamos otro poco por la ribera, doblamos en Maragall, fuimos hasta la plaza del mercado, que estaba vacía, y volvimos a casa, y con lo que nos quedaba de fuerza nos reíamos porque dar esa vueltita había sido como ganar los juegos olímpicos? ¿Y esa otra vez, te acordás, cuando yo estaba escribiendo, todavía en París, y vos te subiste a la cama y empezaste a zapatear sobre el colchón y yo me di vuelta sorprendido y vos dijiste que no ibas a parar hasta que yo dejara esa computadora y te hiciera el amor?

Y Cora a veces dice que sí, a veces dice que no, pero lo que indica con su cara, con su forma de apagar el cigarrillo, es que hablar de esas cosas ahora es *to miss the point.*

Con algo hay que llenar el tiempo, sin embargo. Y como se trata de dejar el Instituto, él da un curso de formación para periodistas y arma otro taller y entre una cosa y otra tienen para aguantar unos diez meses, suficiente para que él termine su libro y se puedan largar de Chile. Un plan es un plan. Otra fuga es otra fuga. Si todos los regalos que le hace no surten el menor efecto, queda ofrecerle lo que siempre le ha ofrecido. No quiere matarse, lo que quiere es resucitar. Algunas veces, cuando está solo, se golpea la cabeza contra el vidrio. Una tarde que Cora ha salido, no está muy seguro adónde, sólo para probar se

inclina desde el escalón más alto, espera unos segundos y se deja caer, con actitud tentativa, como si quisiera tirarse a una pileta pero supiera que el agua está fría, escaleras abajo. No le duele demasiado. Por lo menos, no tanto como para ir al hospital. Cora se ha comprado una falda y unos zapatos nuevos.

La situación no podía seguir por mucho tiempo, y por eso una tarde, hartos de tanta miseria y tanto llanto de opereta, presa de un súbito acceso de energía nos sentamos en el comedor, con papel y lápiz, y nos pusimos a planear el traslado en serio. Iba a ser un traslado a Buenos Aires: ésa parecía la opción más evidente. Desde allá, mi padrastro me había hecho saber que podíamos contar con su ayuda. La casa de mi madre, donde él había seguido viviendo, ahora con Patricia y las nenas, tenía espacio más que suficiente para que nos quedáramos hasta encontrar un lugar propio. Incluso había conseguido algo de información sobre colegios para los chicos. Fantástico, pensé. Cora pensaba que podía conseguir trabajo en la Alianza Francesa. Algo temporal, por supuesto, hasta que pudiera vender sus diseños. En cuanto a mí, podía terminar mi libro allá, si para julio no lo tenía listo, y apenas lo publicara se iba a abrir todo un abanico de posibilidades para ganar dinero. Ese día yo me había duchado tarde, justamente porque había estado escribiendo hasta la madrugada, y tenía todavía el pelo mojado. Cora me echó hacia atrás un mechón y me dijo:

—¿Estás bien ahora, entonces? ¿Te sentís con fuerzas para ir adelante con esto?

—Sí, estoy totalmente recuperado. Es como si hubiera transpirado todo lo que necesitaba y me hubiera sacado algo tóxico del cuerpo.

Como pasa siempre en estos casos, de todas partes surgieron posibilidades nuevas. Personas que se ofrecían a ayudarnos en esto o aquello, un amigo de un amigo que tenía una empresa de mudanzas que podía llevar todo por un costo modesto. Allá en Buenos Aires, en la revista *Zeta*, pensaban que podían tomarme en la redacción. A mi padre no le hizo mucha gracia que hubiéramos esperado casi hasta último momento para decirle que nos íbamos, algo que yo había

pospuesto, era verdad, porque temía que le pareciera mala idea, y no quería ninguna clase de viento en contra; pero cuando le expliqué lo importante que era dejar atrás el período difícil que habíamos tenido en Santiago, empezar una vida nueva, y que además le iba a dar la excusa perfecta para venir de visita y salir a comer en lugares diferentes, como hacíamos antes, esta vez en la Costanera o en Palermo, prometió ayudar también en lo que pudiera.

A veces, medio en broma, yo le preguntaba a Cora si había vuelto a ver a Alberto. No, eso también había pasado, ahora eran sólo amigos. ¿Y aquel otro tipo, el guitarrista, con el que se había enganchado en septiembre? ¿Y el mozo aquel al que le había dado el teléfono y que la había llevado a pasear por los pastizales que rodean el Estadio Nacional? No, esas cosas también habían durado lo que tenían que durar, ella también había transpirado lo suyo (y cómo transpiraste, le decía yo riendo) y ahora estaba lista para empezar algo nuevo. Ni ella ni yo íbamos a salir con otros, al menos por un tiempo.

En cuanto a nuestros planes, como siempre barajamos muchos, como siempre declaramos muchas veces que habíamos dado con la opción perfecta y después nos echamos atrás, y como siempre también al final nos decidimos por el más complicado. Íbamos a cruzar los Andes en auto, con una parada en Mendoza, y seguir desde ahí hasta Buenos Aires. Una vez que llegáramos, yo iba a volver para supervisar a los tipos de la mudanza. Una vez que el plan quedó fijado, todo pasó muy rápido. No nos molestamos en despedirnos de nuestros amigos, en parte porque nunca nos habían gustado las despedidas formales, pero sobre todo porque siempre podíamos volver de visita. Como partíamos muy temprano el viernes, el jueves vinieron mi padre, Celia y Martina a despedirse. Nos dimos largos abrazos en la puerta y prometimos llamarlos apenas llegáramos a Mendoza. A la noche yo me quedé preparando sandwiches para el camino. Puse los panes de abajo en hilera sobre la mesada. Después puse queso en los tres primeros, jamón en los tres siguientes. Puse paté en los últimos tres y armé uno de yapa con corned beef que sabía que salvo a mí no le gustaba a nadie. Después puse tomate sobre todo lo anterior. Unté seis panes más con manteca y otros cuatro con mayonesa, y los puse, uno

por uno, encima del tomate. Envolví todo en papel de aluminio. La bolsa que contenía todos esos sandwiches era bastante grande.

Si uno sale bien temprano de Santiago, sobre todo en invierno, puede tener por un momento la ilusión de que sale a la llanura. La cordillera está tapada por la contaminación y las lucecitas que trepan por la falda de los cerros pueden confundirse con estrellas. Recién pasando el puente de Vitacura, al bajar hacia Huechuraba, cuando empieza a clarear un poco, aparece el contorno de la cordillera y uno se da cuenta de que viaja hacia un paredón que parece llegar hasta el cielo. Más o menos hasta la primera estación de servicio los chicos viajaron dormidos. Yo había temido que hubiera demasiados camiones en el último trecho antes de Portillo, cuando la ruta de repente se pone muy empinada, pero sólo nos cruzamos con unos pocos. A los lados de la ruta, la nieve cortada por las topadoras como a cuchillo tenía un metro y medio de alto. Ya empezaba a oscurecer cuando pasamos el puesto de frontera. Al otro lado, el valle se abre de un modo vertiginoso y el color de las montañas se vuelve más claro y también más seco. Más abajo debía haber habido un accidente, porque nos hicieron parar, pero no por mucho tiempo.

4

Cuando Cora y yo nos separamos, como pasa siempre, hubo una profusión de versiones del hecho que llegaron hasta nosotros. Había sorpresa, cosa interesante, porque nadie parecía haberse percatado hasta entonces de que Cora y yo nos habíamos estado moviendo, como le gustaba decir a mi padre, *con el olor de la nafta*. Había indignación de parte de algunos amigos míos, que consideraban que Cora se había comportado en forma abusiva conmigo. Hubo, de parte de la madre de Cora, que me llamó quebrada desde París, mucho llanto y muchos recuerdos tiernos (mucha risa y mucho olvido, habría dicho mi amigo Arturo, que no estuvo localizable por esos días para hablar del tema). Hubo una perplejidad sincera en parientes como la prima Claudine, que en un mail que espié durante una de mis visitas a la casa, cuando ya me había ido, le preguntaba a Cora cómo había podido pasarle esto "a dos que se burlan juntos del mundo entero". Sobre todo hubo alarma por la cosa parecida a una bolsa de basura vacía, la especie de feto calcinado que la gente encontraba cuando venía a verme. La imagen es truculenta, pero también es precisa: en un separado reciente pueden verse, además de los efectos físicos del desastre, los rasgos de una identidad que al consumirse parece haber retrocedido hasta el principio.

En esos últimos tiempos, que requieren imágenes grotescas para resultar soportables en el recuerdo, realmente es el feto quien se mueve o es movido por la escena. Es el feto, por ejemplo, el que lleva el volante durante ese viaje en auto que debía llegar hasta Buenos Aires, pero que finalmente encontró el límite en Mendoza, desde donde tuvimos que volvernos porque la situación era insostenible. Al

pasar por un trecho especialmente hermoso del paso a través de los Andes, donde la ruta se volvía una cornisa suspendida sobre ese apocalipsis mineral, y muy lejos abajo se distinguían las vías ahora en desuso de la trochita que en una época había asegurado el tránsito entre Argentina y Chile, Cora había tenido la idea de contarme el argumento de una película para chicos: era de un director que a los dos nos gustaba mucho, el japonés que hizo *El viaje de Chihiro*, y como en todas sus películas había una profusión de ternura que parece recordada de un sueño, un sueño que en secreto ha estado movido por la tristeza, combinación con la que el director, a diferencia de tanto charlatán y tanto cursi de los estudios Disney, consigue captar el tono verdadero de la infancia. Había seres grises y amigables, que dormitaban al fondo de una hondonada, y sobre cuya panza inmensa la niña podía dormirse sin miedo. Alguien se perdía en un bosque, aunque también puede haber sido simplemente un campo, una zona rural donde el padre, porque la madre está enferma y debe pasar un tiempo en el hospital, ha llevado a las niñas a pasar las vacaciones. La niña menor, la que se pierde, puede caerse en cualquier momento al río, y la mayor sabe que sólo el ser amigable y gris de la hondonada, porque ahora que me acuerdo es uno solo, puede ayudarla, aunque no sepa cómo. Y de nuevo pienso en cómo la verdad resulta insoportable sólo cuando se la contempla desde el extravío; porque la verdad que en ese punto, a mitad del relato de Cora, empezó a quemarme debajo de la piel, la verdad de que Cora y yo nunca nos habíamos hecho felices, vista desde cierto lugar se traduce en un espectáculo bastante hermoso: del personaje que tiene las manos al volante, como si un ventarrón se las arrancase, empiezan a volarse plumas, pelos, pedazos de piel, que también son cenizas, fragmentos de cartas o papeles, abrigos de invierno que se usaron hace tiempo y que también están ardiendo en la hoguera, fotos que ya no quieren conservarse, fragmentos de caras apenas reconocibles que el ventarrón se lleva, revoloteando y terminando de consumirse en el viento, y que dejan una estela negruzca detrás del auto. Más o menos a la altura de Uspallata, lo que quedaba era el feto calcinado. Pero ahora veo que detrás del llanto y las recriminaciones y los gemidos desvalidos hay

también otra cosa, detrás de las frases disparatadas y terminales que se dicen en casos como éste, para asegurarse de que no haya vuelta atrás, que cuando volvamos a casa la tortura por fin termine, hay una cara diferente, que no está quemada ni rodeada de humo, y en cambio está intacta y además está serena. Yo conozco esa cara. Es la misma de una foto que me traje, junto con otras que rescaté durante el viaje que hice a Buenos Aires, hace ahora un mes, con mis hijos. Ahí se ve a un chico de unos seis años, que mira a la cámara subido a una bicicleta. Tiene rulos, está serio. Soy yo, frente a la casa donde viví con mi madre. La casa tiene un portón bajo de listones barnizados y una parecita de piedra que sube y hace una curva hacia la puerta de entrada, que está más arriba. La foto tiene esos colores medio planos, que tienden a la gama del naranja, que me permiten reconocer siempre una foto tomada a fines de los años setenta.

Esto sería una forma de decirlo; si quisiera ajustarme con más fidelidad a la realidad exasperante del cansancio y la repetición que acaban por separar a dos personas, tendría que escribir algo parecido a esto:

—Porque no quiero que sea obligatorio, porque quiero saber que si no quiero, no lo tengo que hacer.

—Por supuesto que si no querés no lo *tenés* que hacer.

—Pero vos me hacés sentir que lo *tengo* que hacer.

—Cora, necesito que me ayudes con el final de este cuento.

—¿Querés que lo volvamos a leer desde el principio?

—Yo creo que el primer párrafo está más o menos bien. Lo que no me funciona es el tractor en el medio.

—¿Vos querés que se entienda que el personaje muere?

—Tiene que parecer un accidente, si no caemos en una alegoría política berreta.

—Mirá las flechas que te marqué. El párrafo que está subrayado es el que para mí tendría que ir al comienzo.

—Porque si no, parece gratuito.

—Porque si no, parece gratuito.

—Está bien. Lo anoto. Me parece bien.

—Mi amor, mirá qué lindo día, ya no llueve.

—¿No te cansás, a veces, de vivir en este barrio?

—Cuando era chica mi padre me llevó a cruzar el Atlántico en barco.

—Me contaste. Y se hundieron.

—"Pero qué es este barco de mierda, qué es este motor que anda de cualquier manera." La forma que tenía papá de arreglar cualquier problema.

—¿Eso fue antes o después de que consiguieras el trabajo en la isla?

—Qué cagada, hoy está nublado de nuevo.

—Cora, creo que ya no me querés.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo!

—Me siento mal, siento que tuvimos un paraíso pero lo perdimos, que antes me querías mucho pero ya no tanto, a lo mejor soy yo, por ahí te pido demasiado, ¿será que te pido demasiado?

—Los compré en el mercado. Este lugar es perfecto.

—Es tan difícil hacerlo comer, que cuando terminamos no me queda fuerza para comer yo.

—Me levanto y te preparo algo, aprovechemos que duerme.

—¿Y si te saco unas fotos? ¿Si te acostás ahí como una odalisca? ¿Si te dejás hacer y me dejás hacerte todo?

—Mi amor...

—Qué pasa, era sólo una idea, no me mires con pena, lo que más me jode es que me mires con pena.

—Por unos días, al menos.

—¿Por cuántos días?

—Ya me estás preguntando, ya querés garantías. ¿No entendés que no hay garantías?

—¿Entonces, te parece bien? ¿Te parece que puedo mandarlo así como está escrito?

—Leémelo otra vez, desde el principio.

—¿Así como qué?

—Como libre.

—Estuviste increíble.

—¿Te gustó? ¿En serio?

—Increíble. Me mataste. Ves, vos dirás lo que quieras, pero...

—Lo siento, lo siento muchísimo.

—No lo sientas, pero explicame cuál es el problema.

—Toda mi vida acepté que me impongan la casa donde tengo que vivir.

—Cora, creo que ya no me querés.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo!

—¿Lo decís de verdad? ¿Pero cómo puede ser cierto?

—¡Las once!

—No me burlo, no te insulto, lo que quiero es que me expliques.

—¿Qué te puedo explicar? Ya me amargaste el día.

—Cora, creo que ya no me querés.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo!

—No es eso, ya sé que cuidás a los chicos todo el día, lo que quiero decirte es...

—En Guadalupe, en el camino costero, el que tomamos para volver del pueblo donde era la fiesta de vuelta al hotel.

—¿Y volviste a verlo?

—Mi amor...

—Cora, creo que ya no me querés.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo!

—Unos sesenta kilómetros, deberíamos tener suficiente para llegar.

—No lo perdiste, no me estás escuchando, abrí los ojos y mirá lo que tenés.

—No hace falta, puedo seguir otro poco, ya no me duele el cuello.

—Que nos vayamos de acá, que termines tu libro. No se me ocurre otra cosa. No puedo prometerte nada. Pero cuando esas cosas pasen, tal vez.

—Cora, creo que ya no me querés.

—¡Te quiero más que a nadie en el mundo!

—Antes, hace mucho tiempo, pero ahora no.

—No me estás escuchando: abrí los ojos.

—Cora, creo que ya no me querés.

—Es verdad, ya no te quiero.

5

Y ya está, ya lo conté. Por lo demás, creo que no habría empezado a pensar en esa cuestión de la amistad en la literatura si no hubiera sido por otra esperanza que, imagino, también es muy propia de los separados recientes. Pensándolo bien, hay en la literatura del último par de décadas, aunque creo que también se encuentra algún ejemplo anterior, algo que, si siguiéramos la lógica de la progresión histórica por la que la identidad en la literatura pasó de establecerse en el diálogo entre amigos a hacerlo en la persecución amorosa, parecería de forma natural el paso siguiente. Lo que queda después del amor, cuando la segadora del amor ha pasado: en eso que para el escritor de la persecución no es siquiera imaginable, porque está más allá del lenguaje de la persecución y por fuera del lenguaje sólo está la muerte, otros encuentran un nuevo comienzo.

En *Las amistades peligrosas*, Choderlos de Laclos esboza una relación que amaga con explorar la forma en que se entienden el uno al otro dos antiguos amantes. Valmont y Merteuil están de vuelta de la pasión que los consumió en otro tiempo y ahora se conocen las mañas, se burlan amablemente el uno de las vanidades del otro. Su complicidad, que es admirable, se apoya en un hecho: si antes se persiguieron el uno al otro, ahora cada uno persigue a nuevos amantes, y cada uno contempla al otro *en el acto* de la persecución: cada uno, a su manera, conoce y ama al otro no como imagen estática, sino como identidad en movimiento, como la suma de todos los deseos y todas las máscaras que el otro ha sido y seguirá siendo, y cada uno es contemplado y amado por el otro de la misma manera. Por desgracia, Laclos no cree en ese equilibrio: la amistad de Merteuil y Valmont degenera en

rivalidad, y de ahí en enfrentamiento. Me parece que más cerca de un más allá posible del amor está *Corazón tan blanco*, de Javier Marías. El protagonista, Juan, tiene una amiga, Berta. Hace tiempo vivieron juntos. Cuando Juan la visita, en Nueva York, se aloja con ella; y la amistad entre ellos es de una clase imposible de imaginar, para algunos de nosotros al menos, si no hubiera pasado por ahí el vendaval de un amor insatisfecho. Aunque ya no duermen juntos, y justo por eso, la vida erótica de Berta, sus deseos, la continuación de su proyectarse hacia adelante en busca de la propia identidad —lo que Juan llama “no haber desistido todavía”— pueden por fin ser aceptados. En cierto momento, Berta, que está afiliada a un club de encuentros, necesita enviar un video de sí misma desnuda, y le pide a Juan que la filme. Entonces, detrás del ojo de la cámara, Juan la ve al mismo tiempo como el enigma a develar que ella alguna vez ha sido, y como la mujer, sin más, que es ahora, y en esa doble mirada se cifra la amistad entre los que han sido amantes.

Es atractiva esa imagen para algunos de nosotros, sea porque la separación duele tanto que nos aferramos a todo lo que represente una persistencia de los lazos, bajo la forma que sea, o bien porque incluso antes, en los años de la persecución, hubo momentos en que entrevimos una amistad que corría como un río subterráneo por debajo de eso que llamábamos matrimonio. Pero si la imagen es atractiva es justamente porque, al menos hasta hoy, no es cierta.

Cuando viajo a ver a los chicos en Saint Nazaire, me alojo en la casa de Cora. Lo que ella ve en mí durante esas visitas, no lo sé con seguridad, pero supongo que debe participar del mismo carácter fragmentario, incierto, de lo que yo veo en ella. A veces veo a una mujer más bien severa, de treintaitantos años, que ocupa una parte considerable de su energía en enojarse contra esto o aquello: los implementos de cocina diseñados con ínfulas de elegancia, la persistente mezquindad de la Iglesia católica contra los homosexuales, la falta de reconocimiento social a la maternidad como trabajo a tiempo completo, la gráfica de una revista. Habla de ideales de justicia, de una ética de la discreción, de la importacia de tomar lo que los otros te den y no reclamar nunca nada, que no entiendo, o que

me resisto a entender porque sé que esos principios contienen un reproche. En otros momentos es una Cora más familiar: la que se asusta y llora por tener que hacer una llamada telefónica, y a la que abrazo igual que antes, o la que se compadece porque yo, con quien sin embargo le queda todavía mucho enojo, estoy triste, y entonces me abraza ella. Hay escenas que son como fragmentos escapados del pasado: una noche, cuando los chicos ya dormían, nos pusimos a parlotear de esa misma manera divagatoria con la que pasábamos los días de lluvia a los veintidós o veintitrés años. Hablamos de los nombres absurdos de las estrellas de rock francesas, de la etimología de la palabra caballo, inventamos siglas para partidos políticos inexistentes, discutimos cuál es el auto más feo del mundo, nos amenazamos mutuamente con hablar de Napoleón —yo— o de diseño industrial —ella—. A la mañana siguiente, nos pusimos a hablar de la pensión que le mando y nos peleamos como dos resentidos que se acercan a la mediana edad.

El miedo, lo mismo que la identidad que percibo en Cora, o la que ella percibirá en mí, parece ahora algo provisorio, indefinido. A veces me digo que toda idea de amistad entre Cora y yo es algo que, suponiendo que sea posible, no puede comenzar mientras perdure el lenguaje en el que se contó nuestra historia. Y sin embargo, alguna vez también hay un gesto de Cora, como ese que tuvo la última vez que nos vimos, que me hace ver las cosas de un modo diferente. Yo me volvía a Barcelona. Para matar las horas que quedaban, fuimos a ver el mar. Los chicos jugaban en la arena, Cora se sacó los zapatos y se acercó al agua. De repente una ola avanzó más que las otras y le mojó los pies. Cora entonces se levantó un poco el pelo con las manos, como si el agua pudiera salpicarla hasta ahí, y se le escapó una risa nerviosa, pero no retrocedió y dejó que la siguiente ola la mojara otra vez. Era la misma risa y el mismo gesto que tuvo cuando nació Miguel, y nos dejaron solos a los tres en la habitación, y entonces ella y yo pudimos mirarnos por fin las caras. Ahora, por un momento, me pareció que yo conocía a esa mujer, que por debajo de los años y las máscaras del miedo la había conocido de verdad, y sentí que si algo malo le pasara no podría soportarlo, y que el solo hecho de conocerla

me causaba una alegría que no entendía del todo, pero que nada podía borrar. Fue nada más que un momento, y después pensé que lo que ese momento había esbozado algún día podía convertirse en certeza. Pero en este momento todavía no encuentro esa certeza, y tengo miedo.

Cubierta
Portada
Dedicatoria
Epígrafe
Primera parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Interludio
Segunda parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5

Créditos
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Garcés, Gonzalo
El miedo. - 1a ed. - Buenos Aires :
Mondadori, 2012
(Literatura Mondadori)
EBook.

ISBN 978-987-658-137-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: marzo de 2012

Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

ISBN 978-987-658-137-0

Conversión a formato digital: libresque

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

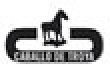
Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:
Travessera de Gràcia, 47–49
08021 BARCELONA
España
Tel.: +34 93 366 03 00
Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:
Humberto Primo 555, BUENOS AIRES
Teléfono: 5235-4400
E-mail: info@rhm.com.ar
www.megustaleer.com.ar









DEBOLSILLO

Electa Grijalbo Lumen



Montena





Editorial Sudamericana

[image]